
GILLIAN LARKIN
Un asesino secreto

Un asesino secreto

Gillian Larkin

Un asesino secreto

Un misterio de Julia Blake (Libro 4)

Por

Gillian Larkin

Copyright 2025 por Gillian Larkin

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin permiso de la autora.

Se trata de una obra de ficción. Cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

Esta versión ha sido traducida del inglés original utilizando AI.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 1

«¿Cuántos cadáveres has visto realmente?»

«Unos cuantos», respondió Julia Blake. «¿Puede contarme algo más sobre su experiencia en la limpieza, señora Donnington?».

Se oyó una risita de la corpulenta señora sentada en el sofá. «Por favor, llámame Val, será mejor que nos tuteemos si vamos a trabajar juntas». Su mano regordeta cogió otro trozo de tarta. Volvió a mirar a Julia y dijo: «Soy esclava de mi apetito. Continúa, me estabas hablando de los cadáveres que has descubierto». Agitó la tarta hacia Julia, sin reparar en las migas que caían sobre la alfombra.

Julia miró a su padre. Él captó su mirada y bajó rápidamente la vista hacia la tableta que tenía sobre la rodilla. Julia entrecerró los ojos al ver cómo se le movía la comisura de los labios. Todo había sido idea suya. Ella estaba convencida de que no necesitaba que nadie la ayudara con su negocio de limpieza, podía arreglárselas sola. Aunque eso significara trabajar los fines de semana. Pero no, papá insistió en que contratara a alguien. Insistió en poner el anuncio y en ayudarla con el proceso de entrevistas. No es que le estuviera ayudando mucho en ese momento.

Julia volvió a intentarlo. «Sra. Donnington, ¿puede hablarme de su último trabajo? En el formulario pone que trabajó para una familia. ¿Qué tipo de trabajo hizo para ellos?».

La Sra. Donnington se lamió el pulgar. Dejó el plato y miró a Julia con severidad. «¡Hice de todo para esa familia! ¡Esperaban que les sacara brillo, limpiara el retrete y pasara la aspiradora! ¡Pah! A una criada la tratarían mejor. Me alegro de no tener ese tipo de trabajo. ¿Hay alguna posibilidad de tomar otra taza de té? Tengo la garganta seca después de esa tarta tan rica».

La última petición iba dirigida al padre de Julia. Éste sonrió a la Sra. Donnington y asintió con la cabeza. «Será un placer».

El pecho de la Sra. Donnington pareció agrandarse mientras le miraba de arriba abajo. «¿Cómo has dicho que te llamas?».

Con un rubor en las mejillas, respondió: «Ray. ¿Otra vez tres azucarillos?».

La Sra. Donnington soltó una risita y dijo: «Ray, como un rayo de sol. ¿Hay una Sra. Ray?».

Julia dejó de poner los ojos en blanco. Miró el reloj. Tenía que ponerse al día con el papeleo. Con voz más firme, dijo: «El trabajo que acabas de mencionar, eso es exactamente lo que implicará este empleo. ¿Estás segura de que quieres solicitarlo?».

La Sra. Donnington batió las pestañas mientras se tomaba una nueva taza de té. Sin mirar a

Julia, dijo: «Este trabajo bastará. No puedo los miércoles, jueves ni viernes por la mañana. Nada de agacharse ni arrodillarse, ni de estirarse demasiado. Órdenes del médico».

Julia se levantó, sonrió amablemente y dijo: «Gracias por venir a vernos hoy. Estaremos en contacto».

Las cejas de la señora Donnington se alzaron al mirar a Julia. «¡Oh! ¿Es eso? Hemos tenido una charla encantadora. ¿Cuándo quieres que empiece? No puedo la semana que viene, y necesitaré tres semanas libres en mayo».

Julia mantuvo la sonrisa. «Como te he dicho, estaremos en contacto. Gracias de nuevo».

La Sra. Donnington dejó la taza de mala gana. Volvió a centrar su atención en papá y dijo: «¿Te importaría ayudarme a levantarme, Ray?».

Papá se levantó de un salto y extendió las manos. «Por supuesto. Deja que te acompañe a la puerta».

A Julia empezaban a dolerle las mejillas de tanto mantener la sonrisa. Por fin la soltó mientras su padre acompañaba a la señora Donnington fuera de su habitación. Se hundió en la silla y suspiró. ¡Estaba tardando tanto! Sacó el teléfono y echó un vistazo a sus correos electrónicos. Más preguntas sobre su trabajo de limpieza. Era bueno, claro que sí, se alegraba de estar tan ocupada. Quizá papá tuviera razón, necesitaba que alguien la ayudara. Pero no la Sra. Donnington.

Papá volvió con una sonrisa en la cara. «Qué mujer tan encantadora. Totalmente inapropiada para el trabajo, por supuesto, pero una mujer encantadora».

«Que mamá no te oiga decir esas cosas».

Papá se acarició la barriga ligeramente redondeada y dijo: «Tu madre sabe lo buen partido que soy. Sabe que a menudo las mujeres se me echan encima». Dio un suspiro dramático y luego guiñó un ojo. «Es una maldición ser tan guapo, pero estoy contento de vivir con ello. ¿Quién es el siguiente de la lista?»

Julia consultó su lista de entrevistados. «Alguien llamado Tigre Lilly Thomas».

«Qué exótico. ¿Crees que el té le sentará bien? ¿O debería abrir el zumo de piña?».

Tiger Lilly entró en la habitación de Julia unos minutos después. Era una naranja de aspecto exótico. ¿Qué les pasaba a las jovencitas con los bronceados falsos?

La adolescente rechazó cualquier oferta de refresco. Julia tuvo que ignorar la mirada dolida de papá. Julia empezó a hacer su primera pregunta. La interrumpió un pitido. Sin disculparse, Tiger Lilly sacó el teléfono y leyó el mensaje que le había llegado. Frunció el ceño y maldijo, y empezó a teclear furiosamente en el teléfono.

Julia habló en voz alta: «¿Estás lista para empezar nuestra entrevista? ¿O tienes asuntos importantes que atender?».

Tiger Lilly levantó la vista, mientras seguía tecleando. «¿Qué?

Julia insistió: «Necesito hacerte preguntas sobre el trabajo, para ver si eres adecuada».

Azucena Tigre dejó de teclear. Apuntó a Julia con el teléfono y dijo: «Quiero preguntarte algo. ¿Cuántos cadáveres has visto? ¿Estaban descompuestos? ¿Hiciste alguna foto?».

Julia no pudo contener el suspiro. Papá se levantó y dijo con firmeza a Tiger Lilly: «Éste no es el trabajo para ti, jovencita. Creo que será mejor que te vayas. Te acompañaré a la puerta, vamos».

En un destello naranja, la adolescente fue escoltada rápidamente fuera de la habitación.

Cuando papá regresó, Julia dijo: «Gracias por eso. No creo que encontremos a nadie, sólo les interesan los muertos que he visto».

Papá levantó una mano: «¡No seamos derrotistas! Cuando venga el próximo candidato, dile sin

rodeos que no hablarás de esos cadáveres tuyos».

Julia asintió. «Buena idea, pero no eran exactamente 'mis' cadáveres. Simplemente estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. ¿Quién es el siguiente?»

«Un hombre joven. Es interesante, es el único hombre que se ha presentado. Oigo a alguien en la puerta. Recuerda, dile enseguida que no se hablará de cadáveres».

Eso fue exactamente lo que Julia le dijo al joven sentado frente a ella un minuto después.

No estaba preparada para su respuesta.

Capítulo 2

«Bien. He visto suficientes cadáveres para toda la vida».

Julia parpadeó un par de veces y luego dijo: «¿Perdón?». Miró el formulario de solicitud. «No veo ningún detalle de experiencia previa». Frunció el ceño y miró a papá, como preguntándole por qué habían entrevistado a aquel joven.

Papá le devolvió la sonrisa, ajeno a su mirada inquisitiva.

El joven habló: «No, no tengo experiencia en ningún tipo de trabajo oficial. Me sorprendió bastante que me hicieran esta entrevista».

Julia apretó los labios, ella también estaba bastante sorprendida. Tendría unas palabras con papá más tarde. Volvió a centrar su atención en el joven, Cain Andrews. Ella lo situaba en torno a los veinte años, era delgado, con el pelo castaño claro y los ojos marrones. Era muy pálido. Iba vestido informalmente con vaqueros y una camisa elegante. Julia dijo: «¿Puedes hablarme de ti y de por qué crees que serías adecuado para este trabajo?».

Cain le dedicó una sonrisa irónica. «Esta podría ser la parte en la que me pides que me vaya, tengo una historia que contar, es un poco prolija. ¿Seguro que queréis oírla?».

«¡Claro que sí!» intervino papá. «Eres nuestra última candidata y tenemos tiempo de sobra, ¿verdad, Julia?».

Julia miró la cara de impaciencia de papá. ¿Cómo iba a negarse? Y había una parte de ella, la parte cotilla, a la que le encantaría escuchar la historia de Caín. Ya estaba impresionada por lo bien que hablaba. «Claro que tenemos tiempo. ¿Quieres una taza de té? ¿Un trozo de tarta? Queda un poco».

Caín sonrió. «Gracias, tiene un aspecto delicioso. ¿Lo has hecho tú?»

«Lo he hecho yo», papá avanzó con una sonrisa orgullosa en la cara. «He estado yendo a clases de cocina». Puso un trozo de tarta en un plato y se lo dio a Caín. «Desde que me jubilé he ido a todo tipo de clases, incluso de punto. ¿Ves la rebeca que llevo? Lo he tejido yo misma».

«¿En serio?» Caín cogió el plato y lo colocó con cuidado sobre su rodilla.

«¡Sí! Fue un poco complicado, no estoy contenta con los ojales, pero tendrán que valer. Hice una bufanda para Julia, pero aún no se la ha puesto». Le tendió a Caín una taza llena de té.

La estima que Julia tenía de Caín aumentó ligeramente cuando éste colocó la taza con cuidado sobre un posavasos. Subió aún más cuando Caín dijo: «Creo que has hecho un trabajo excelente, yo nunca podría hacer algo así».

Papá sonrió. Miró rápidamente a Caín de arriba abajo. «Podría tejerte uno, me queda bastante lana».

«Eres muy amable, pero no puedo esperar que lo hagas, acabamos de conocernos. Y -Cain hizo una pausa y miró su pastel aún sin tocar- aún no has oído mi historia».

Papá se sentó y compartió una mirada con Julia. Julia le dijo a Caín: «Por favor, cuéntanosla, no te juzgaremos».

«¡Y no te olvides de comerte la tarta!» insistió papá.

Caín puso la tarta sobre la mesa. «Quizá dentro de un momento, gracias. También puedo decirlo abiertamente: he estado en la cárcel los últimos doce años. Por eso no tengo experiencia laboral. Trabajé todo el tiempo en la cárcel, pero no cuenta como trabajo oficial». Miró más de cerca a Julia. «No pareces escandalizada. ¿Quieres que me vaya?»

«Por supuesto que no. ¿Por qué estuviste en la cárcel?» Ella se rió. «¡Si dices asesinato, quizá tenga que echarte!».

Caín dijo en voz baja: «Fue homicidio involuntario». Hubo una pausa. «¿Me voy ya?»

Julia negó con la cabeza. Había algo en Caín que le intrigaba, quería saber más de él. También había algo que le llamaba la atención en sus ojos. A pesar de su actitud alegre, había una gran tristeza en sus ojos, como si hubiera visto cosas que no quería ver. Ella le dijo: «Por favor, continúa. Empieza por el principio, es un buen punto de partida. ¡Casi me pongo a cantar! ¿Alguna vez te pasa, Cain, que dices la letra de una canción y luego sientes que tienes que cantarla?».

Caín le dirigió una mirada inquisitiva. «La verdad es que no».

«Entonces debo de ser yo sola», dijo Julia con una sonrisa. «Bien, empieza otra vez».

Caín dio un sorbo a su té. «¿Has oído hablar de la finca Clover? ¿La que está al otro lado de la ciudad?».

Papá dijo: «Desde luego que sí, los autobuses se niegan a pasar por allí cuando oscurece».

«No les culpo», dijo Caín. «Bueno, allí es donde crecí. Yo era el menor de cinco chicos, y mamá, digamos que mamá tenía algunos problemas. Ahora sé que lo hacía lo mejor que podía, pero en aquella época no podía verlo. Tenía tres trabajos y se gastaba el dinero en drogas y bebida. Supongo que tenía que arreglárselas de alguna manera. Yo no la veía mucho, tenía que valerme por mí misma. Mis hermanos me cuidaban de vez en cuando, pero la mayor parte del tiempo era libre de salir cuando y donde quisiera. Casi nunca iba a la escuela, no le veía sentido. Y cuando iba, los otros niños se burlaban de mí, decían que apestaba. Así era, y estaba sucia, casi nunca me lavaba».

«Pobrecito, cómete un poco de tarta. Te haré un bocadillo si quieres», le ofreció papá.

Caín sonrió. «Gracias, eres muy amable. No sientas pena por mí, ocurrió hace mucho tiempo. Las cosas cambiaron para mí, pero empeoraron antes de mejorar».

Papá avanzó en su silla: «¿Fue cuando mataste a alguien? Puedes contárnoslo todo».

«¡Papá!» espetó Julia. «Caín no tiene por qué contárnoslo. Dijo que estaba en la cárcel por homicidio involuntario, no por asesinato».

Papá frunció el ceño. «La verdad es que no entiendo la diferencia. Murió alguien que no debería haber muerto, es cierto, ¿no?».

Caín asintió. «Así es. Mi historia es aún peor, aún no te he dicho quién era la víctima».

Capítulo 3

Cain continuó: «Me metí en el grupo equivocado, intenté hacer cosas que me convirtieran en parte de la banda, como robar en tiendas, ese tipo de cosas. No se me daba muy bien y a menudo me pillaban. La policía pronto supo mi nombre. Mamá me daba una buena paliza cada vez que tenía que recogerme de la comisaría. Aun así, sobrevivía, más o menos.

«Las cosas cambiaron cuando apareció mi padre. Mamá siempre me había dicho que estaba muerto, así que puedes imaginarte la sorpresa que me llevé cuando apareció. No voy a entrar en detalles, pero huelga decir que hubo muchos gritos entre papá y mamá. Ni siquiera sabía que yo existía. Cuando me vio por primera vez, parecía decepcionado. Recuerdo sus palabras: «¿Estás seguro de que es mío? Mamá se empeñó en que fuera mi padre, dijo que no quería nada de él y que quería que se fuera antes de que hubiera problemas».

Caín sonrió y sacudió un poco la cabeza. «Lo siento, se supone que debo ser breve. ¿Estás segura de que quieres escuchar?»

Julia asintió. «Por favor, continúa. Has dicho que las cosas te fueron mejor. ¿Te sacó tu padre de la finca? ¿Pasabas más tiempo en la escuela?

Caín le dedicó una pequeña sonrisa. «No, parece que mi padre no era bienvenido en la finca. Es lo que se llama un 'soplón'. Había testificado muchas veces ante la policía a cambio de dinero, había mucha gente tras él, la mayoría de la finca. Parece que mi padre no era muy listo. Había vuelto para ver a mamá y sacarle información sobre lo que ocurría en la finca. Necesitaba dinero y quería información para vendérsela a la policía. Al parecer, la noticia de que tenía un hijo no le impidió seguir adelante con sus planes. Enseguida se supo que había vuelto, mucha gente tenía cuentas pendientes con él». Hubo una pausa. Caín cogió un poco de pelusa de los pantalones y se la metió con cuidado en el bolsillo. Miró directamente a Julia y dijo: «Lo mataron, dos horas después de reunirse conmigo. Le dispararon mientras caminaba por la finca. No hubo testigos, por supuesto, ¿quién iba a decir algo sobre su asesinato? Se tenía la sensación de que se había hecho justicia».

«¿Se enfadó tu madre?» preguntó Julia.

Cain se encogió de hombros. «No le importaba. Estaba más preocupada por mí. Nadie sabía quién era mi verdadero padre, ella lo había mantenido en secreto. Sabía cómo era mi padre, conocía su reputación, y no quería que nadie supiera que yo era su hijo. Pero, como un mal olor, la noticia se filtró por la finca. Las cosas empeoraron mucho para mí. Me acostumbré a las

palizas, es curioso cómo lo haces. Pero lo que más me dolía era que mis hermanos se volvieran contra mí, me llamaban de todo. Me trataban peor que a un perro. Cuando miro atrás, no sé cómo sobreviví a aquellos días. Mamá no parecía preocuparse en absoluto por mí».

Julia enjugó una lágrima. Miró a papá, que apretó los labios y negó con la cabeza ante la lamentable historia.

Cain se levantó. «Te he disgustado. Sabía que no debía haber dicho nada. Me voy».

Con voz ronca, papá dijo: «Quédate donde estás. Quiero saber qué ha pasado después. Pareces limpio y hablas bien, así que supongo que ha pasado algo».

Caín volvió a sentarse. Sonrió y dijo: «Mi abuela, eso es lo que pasó. No sabía que tenía un nieto. Había oído hablar de mí a través de unos amigos. Mi padre se había portado fatal con ella durante su infancia, robándole muchas veces. Ella sabía que era una mala persona, pero nunca se rindió con él. Fue a su funeral, fue la única. Aparte de mí. Me escondí detrás de un árbol, pero aquella mujer con ojos de águila me encontró. Me acompañó al piso. Echó un vistazo al lugar, me cogió de la mano y me sacó de allí. Me dijo que me iba a vivir con ella».

«¿Tu madre no intentó encontrarte? preguntó Julia.

«No. La abuela habló con ella más tarde y lo arregló todo. La abuela dijo que mamá se pondría en contacto conmigo para verme pronto, pero nunca lo hizo». Frunció el ceño. «No pasa nada, no estés tan triste. Entiendo por qué mamá no quería verme. De todos modos, la abuela cuidó de mí. Me limpiaba, me daba de comer y me hacía ir a la escuela. Cambió mi vida a mejor, me decía todos los días lo maravillosa que era, lo querida que me quería. Al cabo de un tiempo, empecé a creérmelo. Lo que me lleva a ti y a este trabajo. La abuela tenía un trabajo de limpieza, yo la ayudaba siempre que podía. Me encantaban los ratos que pasábamos juntas. Creo que asocio la limpieza con el amor. Sé que es extraño, pero así es como me siento. Soy una buena trabajadora, la abuela me enseñó a limpiar cosas sin utilizar productos químicos».

«Parece encantadora», dijo Julia. «Pareces una persona presentable, y me encantaría darte el trabajo, pero...». Sus palabras se interrumpieron.

«Es lo del homicidio involuntario, ¿no? Bien, estos son los detalles breves. Cuando tenía dieciocho años, vi cómo asaltaban a una amiga de la abuela en la puerta de una tienda. Corrí a ayudarla, ella debió de pensar que yo era uno de los asaltantes porque arremetió contra mí. Perdió el equilibrio, cayó al suelo y se rompió la cabeza. Me quedé con ella y llamé a una ambulancia, pero murió de camino al hospital. La policía me estaba esperando. Me conocían de mi pasado, estaban dispuestos a acusarme allí mismo».

Julia dijo: «Les dijiste la verdad, ¿no?».

Caín negó con la cabeza. «No pude. Sabía quiénes eran los atracadores. No era un chivato, no era como mi padre. Había testigos de la finca Clover, mintieron y dijeron que la había atacado a propósito. Supongo que se vengaban aún más de lo que les había hecho mi padre. Fui a la cárcel. A la abuela se le rompió el corazón. Sabía que era inocente, me suplicó que dijera la verdad. Dijo que no tenía por qué pagar por los pecados de mi padre». Suspiró. «Cumplí mi condena, vi cosas que no quería ver, incluidos muchos cadáveres. Me soltaron hace seis meses».

Julia tuvo un mal presentimiento sobre su siguiente pregunta, pero tenía que hacerla. «¿Cómo se lo tomó tu abuela?»

«Murió tres meses antes de que yo saliera». Caín miró hacia la ventana y se tomó un momento para serenarse. Puso una sonrisa radiante en su rostro y se volvió hacia Julia. «¡Bueno, ésa es mi historia! Puedes investigarme, puedes hablar con la gente de la prisión. No te culparía si me dijeras que me fuera».

«¿Por qué quieres este trabajo?» preguntó Julia.

«Me encanta limpiar, y siento que estaría más cerca de la abuela. La echo de menos. También me permitiría ahorrar para ir a la universidad y continuar con mis estudios, nunca pude presentarme a los exámenes. Le prometí a la Abuela que lo haría. Si crees que podrías arriesgarte conmigo, estaría dispuesta a trabajar gratis durante una semana. Así podrías ver si estoy a la altura».

Estaba claro que Caín intentaba ocultar la desesperación en su voz. ¿Qué iba a hacer Julia? ¿Le creía? ¿Debía darle una oportunidad? Miró a papá, que tenía una mirada suave, como si estuviera considerando la posibilidad de adoptar al joven.

Julia pensó en sus hijos, que estaban en la universidad. Si algo iba mal en sus vidas, esperaba que les dieran una segunda oportunidad.

Sonrió a Caín y le dijo: «¿Te parece bien el lunes? Es mi día más ocupado, me vendría bien tu ayuda».

Caín rompió a llorar. Papá también.

Julia les tendió un pañuelo a los dos. Se dirigió a Caín: «Te prometo que no veremos ningún cadáver».

Pronto rompió esa promesa.

Capítulo 4

«Lo siento, Julia, no he sido de mucha utilidad. Ya puedes llevarme a casa».

Julia se volvió para mirar a Caín. «Ésa es una actitud derrotista para un lunes por la mañana. ¿Qué crees que has hecho mal?».

Caín suspiró y miró por la ventanilla del coche. «Lo único que hice fue charlar, bueno, escuchar a la señora Samson. Tú hiciste todo el trabajo de limpieza, yo no serví para nada».

Julia le dio un codazo en el brazo, Caín volvió la cabeza y la miró. Julia sonrió y dijo: «Me has ayudado mucho. Como acabas de descubrir, a Ivy, por cierto no hace falta que la llames señora Samson, le gusta hablar. Se siente sola, ya no sale tanto como antes. No me importa escucharla, pero suele ralentizar mi trabajo de limpieza. Así que el hecho de que te sentaras en su sofá, escuchando educadamente cómo le había ido la semana, me permitió seguir adelante con mi trabajo. Tengo bastantes clientes como Ivy, que en realidad no me contratan para limpiar, ¡y algunos incluso limpian sus propias casas antes de que yo llegue! Les gusta tener a alguien con quien hablar».

Caín frunció el ceño. «¿Pero no están malgastando su dinero al contratarte?».

Julia le dedicó una sonrisa irónica. «No les cobro el importe total. Como pronto verás, tengo muchos clientes ricos que compensan con creces mis precios rebajados. No se lo digas nunca a Ivy. Insistirá en pagar el precio completo. Creo que le gustas a Ivy, sabes escuchar».

Caín asintió. «Me ha gustado escucharla, me recuerda un poco a la abuela. ¿Me vas a llevar a casa?»

«Ni hablar», dijo Julia. Giró la llave en el contacto. «Nuestro próximo cliente tiene una casa enorme, ¡será mejor que te pongas las pilas!».

Julia miró por el retrovisor y se dispuso a marcharse. Dio un respingo cuando alguien llamó a la ventanilla del conductor. El rostro arrugado de Ivy Samson la miró fijamente. Julia bajó la ventanilla y dijo: «Ivy, ¿pasa algo? ¿Me he olvidado de algo?».

Ivy miró rápidamente a Caín y luego de nuevo a Julia. Dijo con voz demasiado alegre: «No es nada, Julia, ¿podemos hablar un momento?».

«Por supuesto», respondió Julia.

Hubo otra mirada hacia Caín y de nuevo hacia Julia. Ivy enarcó las cejas y dijo: «¿Podrías salir del coche, por favor?».

Julia entendió el significado de Ivy: quería decir algo en privado. Julia apagó el motor y salió

del coche. Ivy puso la mano en el brazo de Julia y la condujo hasta la acera. Julia vio la expresión de preocupación en la cara de Caín, que los miraba a través de la ventanilla del copiloto.

Ivy volvió la espalda hacia el coche y dijo: «Perdona, no quería que el joven Caín me oyera».

«No pasa nada. ¿Qué ocurre?»

Ivy jugueteó con su collar. «Conozco a Caín y a su familia. Espero no estar hablando fuera de lugar, pero ¿sabes que ha estado en la cárcel?».

«Sí. A Julia se le encogió el corazón. ¿Ivy iba a decirle que no volviera a traer a Caín a su casa? ¿Harían lo mismo otros clientes?

Ivy continuó. «Viene de mala familia, el pobre, no es culpa suya. Sabía que su abuela, Doreen, una mujer encantadora, haría cualquier cosa por cualquiera. Se le rompió el corazón al ver a Cain en la cárcel. Intentó una y otra vez sacarlo de allí. Incluso se gastó sus ahorros en abogados de lujo. Le quitaron el dinero y le dijeron que no podían hacer nada a menos que Caín cambiara su historia sobre la pobre Celia Smith. Ésa es la mujer que murió». Sacudió la cabeza. «No quiso decir la verdad. Entiendo por qué, pero si supiera cómo estaba afectando a su abuela, quizá habría cambiado de opinión. No sé por qué protegía a esos cabrones que atacaron a Celia Smith».

«¿Sabe quién intentó robarla?» preguntó Julia.

Ivy frunció los labios y asintió. Luego dijo: «Nunca digas que lo sabes, pero fueron los hermanos de Caín quienes la atacaron. Luego los cobardes huyeron y dejaron que Caín cargara con la culpa. Pobre muchacho. Me alegro de que le hayas dado trabajo, se merece un poco de buena suerte. Será bienvenido en mi casa cuando quiera».

Julia no sabía qué decir. Miró hacia su coche. Caín miraba hacia delante y movía ligeramente la cabeza. Julia esperaba que estuviera escuchando música.

Ivy apretó el brazo de Julia y dijo: «Eres una buena mujer, Julia Blake. Te veré la semana que viene, no olvides traer a Caín contigo, le haré una tarta».

El rostro de Ivy se arrugó aún más mientras sonreía a Julia y luego se alejaba.

Julia no estaba segura de cómo se sentía. Había hecho averiguaciones sobre Caín, con su asistente social y en la cárcel. Todos le dieron buenos informes. No estaba contenta con su pasado, ¿volvería para atormentarle? ¿Sus hermanos intentarían localizarlo?

Julia apretó los labios. Si lo hacían, ella se encargaría de ellos. Aún no conocía bien a Caín, pero tenía un buen presentimiento sobre él.

Volvió al coche y sonrió a Caín. Le dijo: «Tal como sospechaba, tienes una admiradora en Ivy. Te tendrá preparada una tarta la semana que viene».

Cain bajó el volumen de la radio. «¿De verdad? ¿Quiere que vuelva?»

«Sí que quiere, pero antes necesito ver cómo trabajas, ver cómo son tus habilidades de limpieza. Vamos a nuestro próximo trabajo». Julia se apartó del bordillo. «Supongo que en la cárcel veías la tele».

«Sí, sólo programas apropiados. ¿Por qué?

Julia giró a la izquierda en un cruce. «¿Viste alguna vez Los secretos de Summersdale?»

«¡Sí! Me encanta ese programa». Hubo una pausa. «¿Por qué lo preguntas?

Julia sonrió mientras conducía por una carretera sinuosa. «Ya lo verás. Prepárate para asombrarte».

«¡Oh! ¡Dímelo ahora! Odio los secretos!» suplicó Caín.

«No, ten paciencia». Julia subió el volumen de la radio y sonrió para sí. Era bueno tener compañía.

Seguía sonriendo cuando entró en el camino de grava que conducía a la casa de su próximo

cliente. Apagó el motor y se volvió triunfante hacia Caín. «¡Secretos Summersdale!», declaró mientras señalaba el impresionante edificio de piedra que tenían delante. Quedó totalmente satisfecha con la expresión de asombro de Caín.

«Es... es...» balbuceó Caín.

«Sí, es Summersdale Hall. Bueno, en realidad no, se llama Barnes Hall. Pero es la casa donde lo graban».

Caín miró más de cerca y se le cayó un poco la cara. «No es tan grande como parece en la tele».

Julia se rió. «No, utilizan gráficos por ordenador para que parezca más grande, añaden más habitaciones. Pertenece a uno de mis clientes, Hugo Barnes. Ahora está fuera, la casa está vacía».

Caín frunció el ceño y señaló la casa. «Si está vacía, ¿quién es el de la ventana?».

Capítulo 5

Julia miró hacia donde señalaba Caín. «¡Es el despacho de Hugo! Debe de haber un ladrón dentro. Vamos».

«¿No vas a llamar a la policía?» preguntó Caín.

Julia ya había salido del coche. Subió en silencio los escalones de piedra y probó el picaporte de la puerta. La puerta se abrió. Caín la alcanzó y susurró: «¿Qué haces? Ese ladrón podría estar armado».

Julia susurró por encima del hombro: «Yo también voy armada. No tiene sentido llamar a la policía, el ladrón estará a kilómetros de distancia para cuando lleguen. Shh, voy a entrar».

Julia oyó a Caín tragar saliva mientras ella entraba en casa de Hugo. No iba a dejar que un ladrón inútil entrara en casa de Hugo y se saliera con la suya. Se volvió hacia el despacho y pudo oír la respiración acelerada de Caín detrás de ella. ¿Tenía que respirar tan fuerte? Empujó la puerta del despacho, vio la espalda del intruso y gritó: «¡Alto ahí! Voy armada».

El intruso se dio la vuelta. Soltó una sonora carcajada. «¡Julia! ¿De verdad? ¿Qué vas a hacer con ese spray limpiador? ¿Pulirme las gafas?»

Julia bajó el frasco de limpiador perfumado con limón. Lo había utilizado antes con un delincuente y había resultado bastante eficaz. Se dirigió al «ladrón». «¡Hugo! ¿Qué haces aquí? Creía que no volverías hasta dentro de unos días».

Hugo se quitó las gafas y se las limpió en la camisa. Volvió a ponérselas y sonrió a Julia. «¡He tenido una visita productiva a América! Averigüé mucho más de lo que esperaba. No tenía sentido quedarme allí, pensé en volver a casa y seguir con mis investigaciones. ¿Quién es ese joven? No es tu hijo, ¿verdad? Creía que tu Sam estaba en la universidad».

Julia se volvió hacia Caín. «Oh, perdona, éste es Cain Andrews. Ahora trabaja conmigo. Es su primer día».

Hugo dio un paso adelante, con los ojos entrecerrados. «¿Te encuentras bien? Estás muy pálido. ¿Necesitas sentarte?»

Caín negó con la cabeza. En voz baja, dijo: «Julia, quiero decir la señorita Blake, ¡acaba de entrar!». Alzó la voz. «Creyó que había un ladrón aquí y entró sin más».

Hugo se rió. «¡Ella es así! Sabes lo de los asesinatos en los que ayudó a la policía, ¿verdad?».

Caín asintió. «Algo había oído».

Hugo prosiguió: «De no ser por Julia, esos policías torpes nunca habrían atrapado a los

asesinos. Si alguna vez me matan, ¡espero que Julia encuentre a mi asesino! Es el tipo de persona que quieres de tu lado, valiente y entrometida, ¡no se le escapa nada!».

Julia tosió. «Creo que entrometida no es la palabra adecuada, curiosa suena mejor».

Hugo le hizo un gesto con la mano. «¡Palabras! Todas significan lo mismo. Si vas a actuar como un detective privado aficionado, deberías conseguir mejores armas».

Julia miró su spray, Hugo no tenía ni idea de su acidez. Centró su atención en Caín. «¿Estás bien? No quería asustarte».

Caín le dedicó una sonrisa inestable. «Creo que estoy bien. ¿Puedes decirme si piensas meterte en más situaciones peligrosas? Si esperas que te apoye, me temo que no seré de mucha utilidad, no soy de los que luchan».

«¡Me alegro de oírlo!» exclamó Hugo. Recogió algo y se lo lanzó a Caín. «¡Excelente atrapada! Me gustan las personas con buenos reflejos. ¿Qué te parece ese pisapapeles? ¿Crees que será un buen regalo?».

Caín miró más de cerca el objeto. «Me gusta, la Estatua de la Libertad queda bien». Lo dejó sobre la mesa, delante de él.

Hugo asintió. «Fue un regalo de última hora, tendrá que servir. A pesar de lo agradable que es veros, ¿qué hacéis aquí?».

Julia dijo: «Es tu día de limpieza».

Hugo se llevó la mano a la frente. «¡Maldita sea! ¡Se me había olvidado limpiar! Con todo este asunto americano, estoy por todas partes». Se oyó un pitido. Hugo maldijo en voz baja y se sacó el teléfono del bolsillo. Una expresión de enfado se dibujó en su rostro al leer un mensaje. Pulsó una respuesta y volvió a meterse el teléfono en el bolsillo.

«Hoy no tenemos que limpiar», dijo Julia. «Veo que estás ocupado. Y probablemente te vendría bien dormir».

La boca de Hugo se crispó. «¿Qué intenta decir, Sra. Blake?».

«Pareces agotado». Julia resopló. «Y una ducha no te vendría mal. ¿Cuánto tiempo llevas esa ropa?».

Ignoró el grito ahogado de Caín.

Hugo soltó una sonora carcajada y le dijo a Caín: «Además de entrometida, tu nueva jefa dice lo que piensa. Eso me encanta de ella».

Julia se burló. «No soy entrometida. ¿Para qué te fuiste a América?

Hugo enarcó las cejas. «Sabes que no puedo decírtelo. Confidencialidad del cliente y todo eso. Digamos que descubrí algo interesante, algo que tendré que contarle al cliente». Suspiró. «No creo que le haga mucha gracia».

Caín dijo: «¿A qué te dedicas? Si no te importa que te pregunte».

Hugo miró de Caín a Julia. «¡Válgame Dios, mujer! ¿No le has dicho a qué me dedico? El pobre muchacho debe de estar esperando que alguien de ese espantoso espectáculo, Summersdale Secrets, salte de una puerta en cualquier momento». Se volvió hacia Caín. «Supongo que has visto ese programa.

Caín asintió.

Hugo negó con la cabeza. «Claro que sí, todo el mundo ha visto ese programa. Ojalá nunca hubiera aceptado que esa maldita empresa de televisión grabara aquí, no te imaginas los problemas que ha causado». Volvió a interrumpirle el pitido de su teléfono. Ignoró los pitidos. «Ahora bien, Caín, ven conmigo y te contaré exactamente lo que hago. Prepárate para asombrarte».

Julia dijo: «Hugo, podemos volver en otra ocasión. Puedo contarle a Caín lo que haces».

Hugo pasó el brazo por el hombro de Caín. Caín se hundió bajo el peso del hombre más alto. Hugo dijo: «¡No harás tal cosa, Julia Blake! Y vendrás con nosotros para volver a escuchar mi historia. Y no te atrevas a interrumpirme».

Julia sonrió. Sabía cuándo la vencían. Siguió a Hugo mientras conducía a Caín fuera de su despacho. Hugo parecía cansado. Pero había algo más, había preocupación en sus ojos. ¿Y quién enviaba los mensajes que tanto molestaban a Hugo? Era un hombre tan tranquilo que Julia nunca lo había visto reaccionar con tanta rabia como cuando leyó aquel mensaje de texto.

Algo le pasaba a Hugo Barnes. Y ella iba a averiguar de qué se trataba.

No estaba siendo entrometida, sólo se preocupaba por un amigo.

Capítulo 6

Hugo caminaba delante de Caín y Julia por el pasillo. Se volvió hacia un pasillo que había a su izquierda y exclamó: «Esta casa es como una madriguera de conejos. ¡He perdido a muchos visitantes por estos pasillos! Una vez perdí a Julia, ¿no?

Caín se quedó boquiabierto mientras seguía a Hugo y Julia hasta la cocina. «¡Vaya! Es como si hubiéramos retrocedido en el tiempo. Es igual que en la serie de televisión».

Hugo asintió complacido. «La empresa de la tele me pidió que lo mantuviera así. Ésta es la única parte del interior de la casa que está filmada». Señaló hacia la puerta trasera. «Y reconocerás esta puerta de la secuencia inicial del programa. ¿Quién la abre? ¿Una de las criadas? ¡Ja! Debo admitir que no veo mucho el programa, no me interesa. Ven aquí, jovencito, abriré la puerta y así podrás recrear tú mismo esa escena. Por alguna razón, todos los visitantes de esta casa quieren atravesar esa puerta».

Julia vio que la mano de Caín se crispaba, como si ya estuviera tendiendo la mano hacia el picaporte de hierro. Bendito sea, no lo había visto tan excitado desde que se conocieron, le quitaba años de encima. Dijo: «Adelante, Caín, tenemos tiempo».

Hugo saltó hacia la puerta trasera y la desbloqueó. Se puso a un lado e hizo un gesto de barrido hacia la puerta de aspecto viejo. Caín tragó saliva y extendió una mano temblorosa, agarró el picaporte y tiró. Sus ojos parecían a punto de salírsele de la cabeza. «El jardín está igual que en la tele. No me lo puedo creer. Es impresionante».

Hugo compartió una sonrisa con Julia. Dejaron que Caín paseara de un lado a otro por la famosa puerta unas cuantas veces más y luego Hugo dijo: «¡Ya basta! Vas a desgastar la puerta. Déjame cerrarla, siempre se me olvida hacerlo. Sentaos. Nos prepararé una taza de té». Estudió a Caín un momento. «Tengo un poco de tarta de frutas en la alacena, puedes comerte un trozo o dos. Pareces medio muerto de hambre. ¿Has estado mal? ¿O encerrado en algún sitio?»

«Algo así», murmuró Caín. Se sentó a la larga mesa de madera. Julia se sentó frente a él. Tendría que contarle a Hugo el pasado de Caín. Era justo, no todo el mundo querría a un ex presidiario en su casa.

Hugo canturreó para sí mientras abría varias puertas de armarios. Dejó un trozo de tarta del tamaño de un ladrillo delante de Caín. Delante de Julia colocó otra más pequeña. A Julia le dio un vuelco el corazón cuando Caín la miró interrogante, como pidiéndole permiso para comerse la tarta. Ella sonrió y le hizo un gesto con la cabeza, preguntándose por enésima vez desde que lo

conoció por lo que había pasado aquel joven.

Hugo trajo una bandeja y la colocó con cuidado sobre la mesa. Julia suspiró al verla. «Este juego no, Hugo, es demasiado delicado. Debería guardarse en un lugar seguro».

«Tonterías. Forma parte de mi historia. Lo necesito como atrezzo». Sonrió a Caín. «Veo que te gusta ese pastel, hay muchos más. Julia, no me ofendas, tú también tienes un poco. Con la boca llena de tarta no podrás interrumpirme». Le guiñó un ojo a Caín. «Bien, déjame empezar. Aquí tienes el té, hay azúcar en ese pequeño cuenco y leche en esa jarrita».

Las manos de Caín parecían enormes cuando cogió la jarra de leche. «Es un juego de té precioso. ¿De dónde lo has sacado?»

Hugo se rió y le dio una palmada en la espalda a Caín. De la boca de Caín salieron disparadas migas de tarta. Hugo dijo: «Me gustas, haces las preguntas adecuadas. Este juego de té es una reliquia familiar. Esta casa ha pertenecido a nuestra familia durante generaciones, se construyó hace más de cuatrocientos años. Mi familia era propietaria de las tierras de los alrededores, en un tiempo hubo arrendatarios en nuestras tierras. Todo eso ha cambiado, por supuesto. Hoy en día no se oye hablar de terratenientes ricos. Mi padre fue el último en tener arrendatarios. Tuvo problemas económicos con el paso de los años y tuvo que vender nuestras tierras a un promotor inmobiliario. Si miras por encima del seto al fondo de mi jardín, verás la nueva urbanización que construyó el promotor. Casas de aspecto lamentable, todas iguales, ventanas diminutas, excusas para los jardines». Sacudió la cabeza. «Papá hizo lo que tenía que hacer. Cuando murió no creí que pudiera conservar la casa. La puse a la venta y luego emprendí la gigantesca tarea de limpiar nuestras pertenencias».

«Aquello debió de ser triste para ti», dijo Caín. Julia se dio cuenta de que su tarta había desaparecido. Debía de tener hambre. ¿Tenía dinero? Apenas sabía nada de él.

Hugo miró el juego de té. «Ordenar las pertenencias de la familia ha sido lo mejor que me ha pasado. Esta vieja casa tiene varios desvanes y un largo sótano. En el sótano encontré mucho vino viejo, pero ésa es otra historia. En el desván encontré todo tipo de papeles y documentos relacionados con esta casa y sus alrededores, toda su historia. Me pareció fascinante y pensé que a otras personas también les gustaría. Empecé un blog sobre lo que había encontrado. Al principio no estaba segura de que nadie lo leyera, pero así fue. Empezó a nivel local y luego creció. Parecía que a la gente le gustaba mi estilo de escritura. Puse fotos en mi página de las cosas que había encontrado, como este juego de té».

Caín dejó la taza con cuidado. «¿Es antiguo?»

Hugo hizo un gesto despectivo con la mano. «Unos doscientos años. ¡No dejes de beber el té! Este juego de té es para usarlo, no para mirarlo. Aún conservo todas las piezas, es más resistente de lo que parece».

Caín cruzó las manos sobre el regazo. Julia sonrió, había sentido lo mismo la primera vez que Hugo le había preparado una taza de té.

«En fin, una empresa de televisión se puso en contacto. Les gustaron todas las fotos que había colgado en Internet, las de la casa y los jardines. Dijeron que estaban haciendo un nuevo drama de época y que mi casa sería ideal. Al principio les dije que no, que no quería que un montón de desconocidos se pasearan por mi casa. Pero me dijeron que la casa y el jardín sólo se utilizarían para tomas exteriores, y sólo durante seis meses al año. Seguí sin convencerme hasta que me dijeron cuánto me iban a pagar». Hugo se pasó la mano por el pelo. «Casi me desmayo. ¡Tanto dinero! Significaría que podría conservar la casa y dedicarme a mi afición».

«No es sólo una afición, se ha convertido en tu modo de vida», intervino Julia.

Hugo la señaló. «Esta es mi historia, cómete la tarta».

Julia sonrió y clavó un tenedor en la tarta de frutas. Aunque nunca decía nada, estaba claro que a Hugo le encantaba tener compañía. Trabajaba solo la mayor parte del tiempo, así que para él era un placer tener público. Miró el reloj. ¿Tenía que tardar tanto?

Hugo se cruzó de brazos y se reclinó en la silla. Dirigió a Caín una mirada directa y dijo: «¿Querías saber a qué me dedico? Descubro esqueletos, no de los que están enterrados en la tierra. No, de los que la gente entierra en sus armarios».

Capítulo 7

Julia sacudió la cabeza ante la expresión confusa de Caín. «Hugo, ¿tienes que ser tan dramático?».

«¡No! Pero quiero ser tan dramático, es divertido». Hugo captó la expresión de Caín. «Ah, creo que he ido demasiado lejos. En realidad no encuentro esqueletos físicos en los armarios, sólo metafóricos. Soy genealogista. Alguien que busca los antepasados de la gente».

La comprensión apareció en el rostro de Caín. «Como esos programas de televisión. En los que elaboras árboles genealógicos. Me encantan esos programas».

«A mí también. Es muy divertido descubrir la historia de la gente. Te sorprendería lo que he descubierto. Y no siempre cosas buenas. A menudo tengo que presentar información desagradable a mis clientes, que luego pueden decidir lo que quieren hacer con esa información. Muchas veces he tenido que dejar fuera a ciertas ovejas negras del árbol genealógico. De hecho, tengo... ¡no! ¡Casi se me escapa entonces! Digamos que tengo un par de situaciones complicadas en este momento, no estoy segura de cómo va a reaccionar el cliente».

«¿Es un trabajo peligroso?» preguntó Caín.

«En realidad no, puedo lidiar con clientes iracundos». Hugo se llevó la mano a la boca mientras intentaba reprimir un bostezo. «Perdona, estoy sufriendo terriblemente el desfase horario. Me lo he pasado muy bien en América, es un lugar increíble. La gente de allí ha venido de todas partes del mundo. Lo que me recuerda, Julia, que tengo algo que decirte, podría afectar a las horas que trabajas para mí». El ruido del teléfono de Hugo atravesó el aire. «¡Maldita sea! Ojalá me dejaran en paz».

Julia frunció el ceño. «Hugo, es evidente que estás ocupado. Mira, tengo una cancelación para mañana por la mañana, podríamos volver entonces».

Hugo le dedicó una sonrisa de agradecimiento. Entonces apareció un brillo en sus ojos. Se volvió hacia Caín y le dijo: «Mañana sí que tendrás trabajo. Esta casa tiene seis habitaciones y siete cuartos de baño. Tardarás una eternidad en limpiarlos todos».

Caín tragó saliva. «No me importa el trabajo duro».

Hugo soltó una carcajada. Julia sacudió la cabeza y dijo: «Está bromeando. No sobre el número de habitaciones, sino sobre cuántas tendremos que limpiar. Tiene la mayoría de las habitaciones cerradas porque no las utiliza». Se levantó. «Mañana lo revisaré todo contigo. Tenemos que ponernos en marcha, llegaremos tarde a nuestro próximo cliente».

Caín se levantó y Hugo también. Hugo dijo: «Encantado de conocerte. Quizá pueda hacer tu árbol genealógico alguna vez, ¡tengo tarifas para todos los bolsillos!».

Caín miró la mesa y murmuró: «No, gracias».

Julia miró su rostro abatido. Pronto tendría que explicarle a Hugo su pasado.

«Te acompaño fuera», se ofreció Hugo.

Julia levantó la mano. «Conozco la salida. ¿Quieres contestar al teléfono? Me está volviendo loca. Nos vemos mañana».

Mientras Julia sacaba a Caín de la cocina, oyeron que Hugo contestaba al teléfono. «Ahora mira», empezó Hugo. «Ya te lo he dicho, no me interesan tus planes para ganar dinero».

Julia cerró la puerta de la cocina tras ellos y le dijo a Caín: «A veces me meto en la vida de la gente más de lo que me gustaría. Siento lo de Hugo, normalmente no es tan ruidoso. Probablemente esté cansado».

Caín se encogió de hombros. «No pasa nada. He visto cosas peores. Cuando volvamos mañana, ¿crees que podríamos... si no es mucha molestia?

Julia sonrió. «¿Te gustaría echar un vistazo a la casa? Sí, claro. También daremos un paseo por los jardines».

Julia y Caín volvieron al coche de ella. Julia bajó por el camino y salió por la puerta. Tuvo que frenar en seco cuando un coche azul atravesó las puertas. El conductor la fulminó con la mirada. Estaba claro que no iba a moverse, así que Julia dio marcha atrás para dejarle espacio suficiente para que pasara. El conductor pasó sin siquiera reconocer sus buenos modales.

Cain dijo: «Qué grosero. Casi te atropella».

Julia miró el coche por el retrovisor. «Ese hombre me resultaba vagamente familiar. ¿Dónde lo he visto antes?».

En tono esperanzado, Cain dijo: «¿Crees que era un actor? ¿Uno de los Secretos de Summersdale?».

Julia frunció el ceño. «No lo creo. Eso me va a molestar ahora. Ya me molestará más tarde».

Aquel día tenían que visitar a tres clientes más. Dos de ellos estaban fuera para que Julia pudiera explicarle a Caín exactamente lo que requería cada cliente. «A veces dejan un montón de ropa planchada, o incluso la lista de la compra. ¡No caigas en la trampa! Tengo una lista de trabajos específicos para cada cliente y nunca incluye planchar o hacer la compra. Algunas personas se toman libertades».

El último cliente era un anciano con problemas de movilidad. Insistió en contarle a Caín todo sobre sus días de juventud. Caín escuchó y asintió mientras Cyril charlaba, al tiempo que limpiaba a fondo las ventanas. Julia inspeccionó las ventanas a escondidas más tarde y quedó impresionada: no había ni una mancha a la vista.

Eran casi las seis cuando llevó a Caín a casa. Insistió en que lo dejara en la esquina de su calle. Julia insistió en lo contrario. Caín había estado esperando delante de su casa esta mañana para ir a trabajar, pero ella quería saber dónde vivía, quería asegurarse de que tenía un techo decente. Las mejillas de Caín se colorearon cuando se detuvieron frente a un pequeño bungalow que había vivido tiempos mejores. Es la casa de la abuela, me la dejó. Necesita algunas reformas».

«Es preciosa. Mi padre tiene un montón de pintura de sobra, estará encantado de darte un par de botes».

Caín levantó la barbilla. «Los pagaré yo, no espero caridad».

Julia le dedicó una sonrisa amable. «No es caridad, llámalo una ventaja del trabajo».

Una sonrisa iluminó el rostro de Cain. «¡Un trabajo! ¿Quieres decir que me das un trabajo? ¿Estás seguro? ¿No quieres ver cómo me va en los próximos días?».

«Estoy seguro. Eres una buena trabajadora. Y sabes escuchar. Creo que por ahora trabajaremos bien en equipo y terminaremos antes los trabajos de limpieza. Pero en el futuro, si sigues queriendo trabajar para mí, tendrás que organizar tu propio transporte para que podamos ir a distintos clientes.»

«Tengo una bicicleta», añadió Caín con ayuda.

«Un coche sería mejor. Una cosa cada vez. Vete, te recogeré mañana a las nueve».

Caín se puso serio. «Gracias, muchas gracias, Sra. Blake».

Julia levantó un dedo. «No me llames así, soy Julia».

Caín sonrió y asintió. Se despidió, saltó del coche y casi corrió por el sendero cubierto de maleza que llevaba al bungalow.

Julia suspiró al verlo marchar. Le recordaba a un cachorro maltratado. Tan deseoso de complacer, pero también tan cauteloso, como si esperara que le dieran una patada en cualquier momento. No había mentido al decir que era un buen trabajador.

Asintió para sus adentros. Había tomado la decisión correcta al contratar a Cain Andrews.

Pero no tardó en dudar de sí misma.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, en el trabajo, Julia miró la alfombra y dejó escapar un sincero suspiro. Cain estaba a su lado, mirando en la misma dirección. «Bueno -dijo-, dijiste que no vería ningún cadáver. No es el mejor comienzo para un martes por la mañana».

«I ...» empezó Julia. No podía continuar, el corazón le pesaba demasiado.

Caín le tocó el brazo. «Creo que deberías sentarte, te has puesto muy blanca».

Julia apartó por fin la mirada del cuerpo que yacía en la alfombra del despacho de Hugo. Mis piernas no se mueven, están en estado de shock. ¡Ay, Caín! ¡Mírale ahí tirado! ¿Quién le haría eso a Hugo? Es una de las personas más amables que puedas conocer».

Caín miró más de cerca el cuerpo de Hugo. «Es obvio que lo han asesinado. Apenas se golpearía en la nuca con ese pisapapeles. Es el mismo que me tiró ayer». Sacudió la cabeza. «Siempre me sorprende que haya tanta sangre en un cuerpo humano».

A Julia se le escapó un sollozo. Dio un paso atrás y se apartó del cuerpo de Hugo.

Cain dijo: «Perdona, sé que parezco insensible, pero, como te dije en la entrevista, he visto muchos muertos. Al cabo de un tiempo, te vuelves indiferente. No pretendía disgustarte».

Julia miró por encima del hombro. «He visto gente que ha muerto antes, es sólo que Hugo estaba tan lleno de vida, y ahora está ahí tirado, todo indigno. Nunca volveré a oír su estruendosa risa». Sacó un pañuelo del bolsillo y se secó los ojos. «Llamaré a la policía. Me vendría bien una taza de té fuerte, pero no podemos entrar en la cocina, podríamos contaminar cualquier prueba».

Caín se acercó a su lado. Cogió el teléfono de las temblorosas manos de Julia y dijo: «Yo lo haré. Supongo que sigue siendo el 999».

Julia dijo: «Mira los nombres, hay un tal detective Clarke. Ya he tratado con él antes».

Caín enarcó las cejas, pero no dijo nada. No tardó en hablar con alguien por teléfono.

Julia se estremeció mentalmente. Recordó que Hugo bromeaba diciendo que si alguna vez lo asesinaban, le gustaría que Julia lo investigara. Estaba segura de que no sería necesario, la policía no tardaría en encontrar a su asesino.

Sin embargo, ella siempre podía ayudarles un poco, señalarles cosas de las que tal vez no se percataran. Se guardó el pañuelo. Caín terminó su llamada y le devolvió el teléfono a Julia. Dijo: «La policía está de camino. ¿Esperamos en el coche? Podríamos estar contaminando la escena ahora».

«Creo que ya lo hemos hecho», señaló Julia. Echó un vistazo a la habitación. «La puerta

principal estaba abierta cuando entramos, no hay señales de que forzaran la entrada. No veo que ninguna de las ventanas haya sido dañada. Me pregunto si el asesino entró por la puerta trasera. Ojalá pudiéramos echarle un vistazo rápido».

Caín dijo: «Puede que dejara la puerta trasera sin cerrar. Recuerda lo que nos dijo ayer, que le gustaba enseñar a los visitantes la puerta trasera del programa de televisión».

Los ojos de Julia se entrecerraron. «Eso es verdad. ¿Crees que ayer tuvo visita después de que nos fuéramos?».

«Vimos llegar a ese hombre en coche justo cuando salíamos, el que reconociste. Podría haber estado visitando a Hugo, podría haber sido un nuevo cliente. Supongo que Hugo invitaría a todos sus nuevos clientes a una visita guiada por la cocina».

Los labios de Julia se levantaron brevemente. «Sí, le encantaba enseñar la cocina. Y lo más probable es que preparara a su visitante una taza de té con ese juego antiguo. Quizá si me quitara los zapatos podría echar un vistazo rápido a la cocina. Nadie lo sabría».

«Yo lo sabría», dijo una voz con frialdad.

Julia se puso rígida. Conocía aquella voz. Le había hablado con ese tono frío muchas veces. De hecho, no estaba convencida de que supiera transmitir ninguna otra emoción. Se volvió hacia el dueño de la voz. «Hola, detective inspector Clarke. ¿Qué tal estás? Hacía tiempo que no te veía».

El hombre alto y delgado que tenía delante la miró directamente a los ojos. «Eso es bueno, ya que parece que siempre nos encontramos ante un cadáver. ¿Qué has hecho esta vez?».

Julia le dedicó una sonrisa temblorosa. «¡Sólo haciendo mi trabajo! Hugo Barnes, el hombre de la alfombra, es uno de mis clientes. Iba a limpiar su casa».

La mirada de la inspectora Clarke no vaciló. «Recuérdame que nunca te contrate como limpiadora, parece que pierdes muchos clientes de forma desafortunada. Espero que no lo menciones cuando anuncies tus servicios».

Julia no estaba segura de si el inspector intentaba hacer una broma. «Lo encontramos hace cinco minutos, no hemos tocado nada». Hizo una pausa y se marchitó un poco bajo la intensa mirada que el inspector Clarke seguía imponiéndole. «¡Sinceramente! Entramos por la puerta principal, que estaba abierta, y fuimos directos al despacho de Hugo. Vimos su cuerpo y te llamamos».

El inspector Clarke dirigió su atención a Cain. Julia vio que Caín se estremecía. El inspector Clarke dijo: «¿Y tú quién eres? ¿Y qué relación tienes con la Sra. Blake?».

Cain tosió y dijo en voz baja: «Trabajo para ella».

«Hmm», respondió el inspector. Se volvió bruscamente hacia el cuerpo de Hugo. Avanzó y se arrodilló junto a Hugo.

Julia se acercó. «¿Cuánto tiempo crees que lleva muerto? Por el color de su piel, creo que lo asesinaron anoche».

La inspectora Clarke no levantó la vista. «¿Has vuelto a ver CSI? No voy a hacer suposiciones sobre la hora de la muerte. Y desde luego no puedo decir si fue asesinado».

Julia apretó los labios. ¡Claro que Hugo fue asesinado! Era evidente. Sabía que debía callarse, pero sus palabras tenían que salir. «¡Pero mira la habitación! Hugo guardaba todos sus archivos en ese archivador, ahora están por todas partes. Es como si alguien hubiera estado buscando algo. Y mira su ordenador. Tiene líquido, alguien ha intentado estropearlo. ¿Crees que aún puede funcionar? ¿Lo enciendo? Sé dónde guarda las contraseñas».

El inspector suspiró. Se enderezó y se dio la vuelta. «Señora Blake, déjeme el trabajo policial a mí. En breve os tomaremos declaración a los dos».

Se oyó un ruido procedente de donde estaba la puerta principal. Entró un hombre grueso, con un cuaderno abierto en una mano y un lápiz en la otra. Se dirigió al inspector: «Siento llegar tarde, señor, me he quedado atascado en el tráfico. ¿Quién es el cadáver?»

«¡No es un cadáver! Tiene nombre». soltó Julia.

El hombre rechoncho miró a Julia de arriba abajo. La apuntó con un lápiz y le dijo: «¿Quién demonios eres?».

«¡Sargento!» gritó el inspector Clarke. En voz más baja dijo: «Ésta es Julia Blake, limpia para Hugo Barnes, el hombre que yace a mi lado. Por favor, tómale declaración. Y, por favor, recuerda tus modales».

«Sí, señor», dijo el hombre, con una nota de contrición en la voz.

El inspector Clarke dijo: «Sra. Blake, éste es el sargento Pendleton, me ayudará en esta investigación. Por favor, diríjale sus preguntas mientras examino la escena del crimen».

Julia captó la mirada de suficiencia del sargento Pendleton. No le caía nada bien. Un pensamiento irracional teniendo en cuenta que acababa de conocerle, se daba cuenta, pero había algo en él que no le gustaba.

Su intuición se confirmó cuando el joven sargento apuntó a Caín con el lápiz y dijo en voz alta: «¡No me lo puedo creer! ¡Apestoso Caín! Podía haber sabido que estarías en la mira de un asesino. ¡Señor! ¿Sabías que este hombre de aquí es un asesino convicto?».

Capítulo 9

El inspector Clarke dirigió su penetrante mirada a Caín y le dijo: «¿Ah, sí? Quizá deberías decirme tu nombre completo».

Julia notó que en la frente de Caín aparecía un ligero brillo. Sintió deseos de hablar en su nombre, pero sabía que el inspector no se lo permitiría.

La barbilla de Caín se alzó y dijo: «Es cierto que he estado en la cárcel, pero no fue por asesinato, sino por homicidio involuntario y cumplí toda la condena.»

«¿Y tu nombre?» preguntó la inspectora Clarke.

Julia frunció el ceño al oír al sargento Pendleton murmurar en voz baja: «Apestoso Cain».

«Me llamo Cain Andrews. ¿Quieres también mi fecha de nacimiento? Puedo decirte a qué prisión fui».

«No hace falta, puedo comprobarlo yo mismo. Es obvio que mi sargento te conoce».

El sargento Pendleton resopló. «¡Sí! Fuimos juntos al colegio. ¡Nunca olvidaré lo mucho que olía! ¡Le olías antes de verle! Creo que ni siquiera sabía cómo era un baño».

Los ojos de la inspectora Clarke se entrecerraron. «Ya basta, sargento Pendleton». Volvió a centrarse en Caín. «Dime, ¿cuándo empezaste a trabajar para la señorita Blake?».

«Ayer -intervino Julia.

El inspector Clarke levantó un dedo hacia Julia y dijo: «Estoy seguro de que tu empleada puede hablar por sí misma».

Cain dijo: «Julia tiene razón. Fue ayer. Vinimos a ver al Sr. Barnes ayer, pero acababa de regresar de un viaje y Julia sugirió que volviéramos hoy».

El inspector Clarke asintió y se volvió hacia Julia. «¿Desde cuándo conoces al Sr. Andrews?»

«Desde el sábado. Le entrevisté en casa y luego decidí hacerle un juicio. Fue sincero desde el principio, me habló de la acusación de homicidio involuntario. Incluso lo investigué». Julia dedicó a Caín una sonrisa de disculpa. Luego añadió: «Es un buen trabajador».

«Eso no lo discuto», dijo el inspector Clarke. Volvió a asentir como si estuviera sopesando algo. «Así pues, el Sr. Andrews se presenta a una entrevista el sábado, empieza a trabajar para usted el lunes. En ese momento conoce a la víctima. Y el martes se entera de que su cliente ha fallecido. Interesante».

Nadie habló durante un momento mientras pensaban en lo que había dicho el inspector.

El sargento Pendleton rompió el silencio. «¿Lo detengo ahora, señor?».

Julia se erizó. «¿Con qué motivo? ¿Cuál sería su motivo? ¿Dónde están las pruebas?

«Tiene forma», dijo el DS Pendleton. «Una vez delincuente apestoso, siempre delincuente apestoso».

«Sargento, ya es suficiente por su parte. No sé qué te pasa hoy, así no es como nos comportamos. Pero la Sra. Blake tiene razón, no podemos detener al Sr. Andrews basándonos en que es un ex convicto. Tomaremos declaración a ambos. Y llevaremos a cabo nuestras pesquisas como es debido. Confío en que hayas llamado a los departamentos pertinentes».

El sargento Pendleton asintió, con una expresión de decepción en el rostro.

Julia dijo: «Si vamos a declarar ahora, ¿podría llamar a mi próximo cliente para avisarle de que llegaremos tarde?».

«No hace falta, podéis venir más tarde a la comisaría a declarar», dijo el inspector Clarke.

«¡Pero, señor! Podría salir corriendo».

«Estoy seguro de que la señorita Blake le vigilará. Es lo bastante grande como para mantenerlo a raya».

Julia parpadeó. ¿Qué acababa de decir? ¿La estaba insultando? ¿Y había un brillo en sus ojos fríos? No, el inspector Clarke no era de los que centellean.

Se oyó un pitido, el inspector se metió la mano en el bolsillo y sacó el teléfono. «Sí, soy yo. ¿Ahora? Vale». Suspiró y guardó el teléfono. «DS Pendleton, tendrás que terminar aquí, yo tengo que estar en un sitio».

El sargento Pendleton sonrió a Caín con suficiencia. «Sí, señor, me ocuparé de todo aquí».

El DI Clarke se acercó a su sargento y le dirigió una mirada severa. «Es evidente que existe una historia entre tú y el señor Andrews, pero eso no debe afectar en modo alguno a tus investigaciones. ¿Está claro?»

La sonrisa de suficiencia desapareció. «Sí, señor».

El inspector Clarke se volvió hacia Julia y le dijo: «Si tienes algún motivo para quejarte de la actitud de mi sargento, cosa que espero que no hagas, por supuesto, llámame directamente». A pesar de las apariencias hasta ahora, el sargento Pendleton es bueno en su trabajo».

Julia no estaba convencida, pero asintió con la cabeza.

El inspector Clarke se dirigió hacia la puerta principal. Se detuvo y volvió a mirar a Julia. «No interfiera, señora Blake. ¿Lo ha entendido?

«Sí, señor. Quiero decir, inspector Clarke. Ni se me ocurriría», dijo Julia.

El inspector salió por la puerta. El sargento Pendleton dio unos golpecitos con el lápiz en su cuaderno y dijo: «Creo que ahora debería tomaros declaración. Empecemos por ti, Stinky».

La furia se apoderó de Julia. Manteniendo la voz firme, dijo: «El inspector dijo que podríamos declarar más tarde. Y, por favor, no te refieras aquí a Caín como Apestoso. Me parece lo bastante ofensivo como para presentar una queja».

«Como quieras», respondió el sargento. «El inspector me ha dejado al mando. Bien, ¿dónde estuviste anoche, Apestoso?».

Julia sintió que apretaba los puños. Un grito desgarrador a su lado le impidió cometer un delito grave.

Todos se sobresaltaron y miraron hacia el lugar de donde procedía el ruido.

Una mujer mayor y bien vestida estaba allí, con las manos temblorosas tapándole la boca y un gran bolso colgando del codo. Murmuró: «¡Un cadáver! Un cadáver de verdad. Oh!»

Caín lanzó a Julia una mirada interrogativa. Ella se encogió de hombros. No tenía ni idea de quién era aquella mujer.

«¡Mamá! ¿Qué haces aquí? ¿Te ha visto entrar el inspector?».

¿Mamá?

Julia y Caín se miraron con la boca abierta.

La mujer bajó las manos y se acercó el bolso al pecho. «Lo siento, Jason. Te fuiste sin comer. Iba hacia la comisaría cuando vi tu coche fuera. ¿De verdad es un cadáver? ¿Quién es? ¡Dios mío! Mira toda esa sangre. Qué desastre!»

Julia vio el rubor en las mejillas del sargento. Ahora no parecía tan engreído. Sintió una sorprendente punzada de compasión por él. Menos mal que la inspectora Clarke no estaba aquí para presenciar esta escena. Parece que el sargento Pendleton también pensaba lo mismo.

Se metió el cuaderno y el lápiz en el bolsillo, se volvió hacia Julia y Cain y dijo: «Podéis iros. Venid luego a comisaría».

Julia sonrió a la madre del sargento cuando pasaron junto a ella. Ella le devolvió una sonrisa temblorosa. Mientras Julia seguía a Cain fuera de la casa, oyó que el sargento Pendleton siseaba: «¡Mamá, no puedes entrar aquí sin más! ¡Has contaminado la escena de un crimen! Dame la comida y vete. Luego hablamos».

Cualquier simpatía que Julia sintiera por el sargento se evaporó. ¡Qué manera de hablarle a su madre!

Julia abrió el coche y Caín subió al lado del copiloto. Julia estaba a punto de entrar en el lado del conductor cuando oyó a la madre del sargento decir: «Lo siento mucho. Creía que se alegraría».

Julia se dio la vuelta. La madre del sargento jugueteaba con su collar de perlas. ¿Era de verdad? Probablemente, a juzgar por su ropa cara y su bolso. Julia dijo: «Seguro que estará bien. Has sido muy considerada al traerle la comida».

La mujer asintió. «Necesita que lo cuiden, trabaja mucho. Está intentando conseguir un ascenso. Estoy segura de que lo conseguirá. Mi Jason es un hombre decidido, nada se interpone en su camino».

Julia sonrió y asintió cortésmente.

La mujer prosiguió. «¡No esperaba ver un cadáver! Mira, aún me tiemblan las manos. No creo que pueda volver a ponerme los guantes de conducir».

Julia miró los guantes de conducir marrón pálido que sostenía la mujer. Qué lujo. Los únicos guantes que le importaban a Julia eran los de goma.

La mujer renunció a los guantes y los guardó en el bolso. Saludó a Julia con un gesto inestable y se alejó por el camino hacia la carretera principal.

Julia subió al coche y dijo: «¿Debería ir tras ella? ¿Me aseguro de que puede conducir?».

«Creo que estará bien. No es tan delicada como parece», dijo Cain.

«¿Qué quieres decir? ¿La conoces?»

Cain asintió. «Sólo de estar en la puerta del colegio esperando a su precioso hijo, solía mirarme con la misma desaprobación que todo el mundo».

Julia captó la amargura en su voz.

Cain continuó: «Jason Pendleton fue quien me puso el apodo de Apestoso Cain. Se mudó de colegio después de unos años de atormentarme, por suerte. Su madre se casó con un hombre rico y Jason acabó en un colegio privado».

«¿Así que nunca vio cómo cambiaste cuando tu abuela te acogió?».

«No supondría ninguna diferencia para alguien como Jason Pendleton. Ten cuidado con él, he visto su mala leche».

Julia arrancó el coche. Deseaba que el inspector Clarke se ocupara de la investigación por su cuenta, no le gustaba la idea de tener que hablar con el sargento Pendleton. Si no tenía cuidado,

haría que detuvieran a Caín por el asesinato de Hugo.

Capítulo 10

Julia llevaba dos minutos conduciendo cuando Caín dijo: «¿No crees que tenemos que hablar del elefante del coche?».

Julia se rió. «¿Elefante? Espero que no te refieras a mí. Hago todo lo posible por vigilar mi dieta, pero ya sabes cómo es el chocolate: ¡imposible dejarlo!».

Caín suspiró. «Creo que sabes de lo que hablo».

Julia se apartó a un lado de la carretera y apagó el motor. Miró a Caín y le dijo: «Supongo que te refieres al discurso de la inspectora Clarke. ¿Aquel en el que decías que aparecías el sábado y unos días después encontraban asesinado a uno de mis clientes?

Caín asintió. «Tienes que admitir que suena sospechoso».

Julia se lo pensó. «Así es. Pero, ¿cuál sería tu motivo? ¿Habías conocido a Hugo antes? Quizá estaba descubriendo algún aspecto de tu familia que no querías que supiera».

Caín le dedicó una sonrisa irónica. «Toda mi historia está ahí fuera para que el mundo la vea. No tengo nada que ocultar».

Aparte de tus hermanos culpables, pensó Julia. Dijo: «No creo que tengas nada de qué preocuparte. Después haremos nuestras declaraciones a la policía».

Caín frunció el ceño. «Pero querrán saber qué estuve haciendo anoche. No tengo una coartada sólida, ¿así es como lo llaman? Estaba solo en casa viendo la tele». Alzó la voz. «¡No tengo a nadie que lo confirme!»

«Yo tampoco tengo una coartada sólida. Me estaba poniendo al día con el papeleo, y también estaba sola. La policía difícilmente puede detenernos por eso».

«No estoy tan segura, Jason Pendleton parece dispuesto a volver a meterme en la cárcel».

exclamó Julia. «¡No me gusta ese hombre! Le encanta hablarnos así. Más le vale que tenga cuidado, si vuelve a hablarme así, ¡le daré un rapapolvo!».

Caín le sonrió. «Creo que tú también lo harás. Ojalá pudiera defenderme como tú».

Julia miró al joven, su falta de confianza en sí mismo era tan evidente. Incluso la forma en que se sentaba en el asiento del copiloto decía mucho de él: los brazos cruzados y las rodillas juntas, como si intentara hacerse lo más pequeño posible.

Julia palmeó a Caín en el brazo y le dijo: «Ya nos ocuparemos de nuestras declaraciones más tarde. Ahora vamos a ver a la Sra. Boyce. Aquí tienes una oportunidad para defenderte, ¡ella se queja de todo!».

Pero la Sra. Boyce no tenía motivos para quejarse. De hecho, sonrió mientras Caín se ponía a trabajar en sus ventanas. Incluso se rió en un momento dado. Al principio, Julia se preguntó qué era aquel ruido extraño, pues la Sra. Boyce rara vez esbozaba una sonrisa.

«¡Qué brillo tan bonito!» declaró la señora Boyce mientras miraba por las ventanas. Dirigió una mirada hacia Julia y añadió: «Nunca había visto mis ventanas tan limpias».

Julia ignoró el insulto. «He aspirado arriba y he limpiado el baño. ¿A la misma hora la semana que viene?».

La Sra. Boyce sonrió a Caín y dijo: «¿Volverás la semana que viene? Mi cocina tiene que limpiarse la semana que viene, y apuesto a que tus manos mágicas harán que mi horno mejore mucho».

Caín miró hacia Julia. «Creo que vendré la semana que viene».

«¡Bien!» La Sra. Boyce dio una palmada. «Debes llevarte un poco de tarta. He hecho una tarta de limón. Pondré un poco en una lata para que te la lleves a casa. Trae la lata la semana que viene y te la volveré a llenar».

Julia negó con la cabeza. La Sra. Boyce sonreía y se reía, ¡y ahora regalaba tarta! Cain estaba teniendo un extraño efecto en sus clientes. Iba a empezar a traerle tarrinas de plástico para todo el pastel que estaba adquiriendo. Estaba segura de que a él no le importaría compartirlo con ella. Se fijó en su cuerpo delgado. Quizá sería mejor que se comiera el pastel él mismo.

La Sra. Boyce se quedó en la puerta, saludando alegremente mientras se alejaban.

Cain miró el molde metálico que tenía sobre el regazo. «¿Te importa si me como un trozo ahora? No he tenido tiempo de desayunar».

«Adelante», dijo Julia. Aferró el volante. Le encantaría entrar en su casa y ver cuánta comida, o no, tenía. Se le hizo la boca agua cuando el olor a limón llenó el coche.

«¿Quieres un poco? Hay bastante», le ofreció Caín.

«No, gracias, estoy llena», dijo Julia. Era una mentira a medias. Había desayunado, pero en su barriga siempre había sitio para la tarta.

«Te guardaré un poco -dijo Caín amablemente.

Se hizo el silencio durante un rato mientras Caín se comía la tarta. Julia se dio cuenta por el rabillo del ojo de que recogía todas las migas que se le caían y las ponía en el molde. Era tan limpio y ordenado.

Dijo: «Ojalá pudiera recordar quién era el hombre que vimos ayer, el que venía en coche cuando salíamos de casa de Hugo. Estoy segura de que tiene algo que ver con un programa de televisión, pero estoy igualmente segura de que no tiene nada que ver con Summersdale Secrets».

«Ya te llegará. Eso es lo que me decía la abuela». Caín cogió otro trozo de tarta y lo mordió.

«Me pregunto si aquel hombre era un cliente. Quizá Hugo había descubierto algo desagradable de su pasado y el hombre no quería que nadie lo supiera. Eso le daría un motivo para matar a Hugo».

«Pero si era un cliente, podría haberse limitado a cancelar sus negocios con Hugo y decirle que no terminara su árbol genealógico».

«Eso es cierto». Julia negoció un rodeo. «Quizá un pariente suyo le pidió a Hugo que investigara su árbol genealógico, y Hugo se acercó al hombre en el coche. El hombre se enteró y supo que pronto se revelaría un terrible secreto. Entonces Hugo podría haber dicho que no podía hablar del caso porque el hombre no era su cliente. Eso podría empujarle al asesinato».

«Buena observación. Será mejor que le ponga la tapa a esta lata o me comeré otro trozo». Caín puso la tapa y tamborileó con los dedos sobre ella. «Cuando estuvimos ayer en la casa, Hugo se

refirió a una clienta, dijo que 'no estaría contenta'».

«Tenemos que averiguar quiénes eran sus clientes. Y conozco a la persona indicada para preguntar».

Cain dijo: «¿Crees que deberíamos interferir en asuntos policiales? Ese agente de policía, el de los ojos que dan miedo...».

¿«DI Clarke»? Sí, tiene unos ojos que dan miedo. Es como si te clavaran el alma. Creo que practica esa mirada en el espejo».

Caín se estremeció. «No creo que le haga gracia que nos interpongamos en su investigación. ¿No te dijo que no lo hicieras?».

Julia suspiró. «Supongo que tienes razón. Dejaremos que sigan con ello». Se volvió hacia la izquierda y añadió: «Por ahora».

Capítulo 11

Pasaron el resto del día haciendo trabajos de limpieza. Alrededor del cincuenta por ciento de sus clientes estaban en casa durante su visita, principalmente la generación de más edad. Parecía que se había corrido la voz sobre Caín. Julia se sintió aliviada al ver que nadie se oponía a tener a un ex convicto en sus casas. Los que no estaban eran los que trabajaban todo el día. Tendría que hablarles de Caín y ver si les parecía bien tenerlo en casa. Sabía que algunos se opondrían, pero ya se ocuparía de eso más tarde.

Cuando dejaron a su último cliente, Julia dijo: «Supongo que será mejor que vayamos a la comisaría a declarar. Espero que no tarden mucho».

Cain dijo: «Yo no estaría tan seguro de eso. Creo que el sargento Pendleton me hará muchas preguntas».

Julia se acaloró al pensar en el sargento Pendleton. Le hubiera gustado estar al lado de Cain cuando declarara, pero sabía que eso no era posible. ¿Por qué no podía estar al mando la inspectora Clarke?

Cuando llegaron a la comisaría, la mujer uniformada de la recepción les dijo que el detective Pendleton estaba ocupado. La esperanza se encendió en Julia y dijo: «Entonces, ¿podemos prestarle declaración?».

La mujer negó con la cabeza y dijo: «Lo siento mucho, el DS Pendleton ha dejado instrucciones estrictas de que sea él quien os interrogue». La mujer parecía arrepentida. Julia llegó a la conclusión de que la mujer conocía la verdadera naturaleza del sargento Pendleton. La mujer volvió a hablar: «Por favor, siéntate, avisaré al sargento Pendleton de que estás aquí. Allí hay una máquina expendedora. No es fantástica, pero el té y el café son fuertes. Me temo que sólo hay bebidas, no hay nada para comer».

Cain levantó una tarrina de plástico, sonrió a la mujer y dijo: «Tenemos tarta de chocolate. Hay bastante, puedes comerte un trozo si quieres».

La mujer le devolvió la sonrisa. «Gracias, pero no se nos permite aceptar comida ni bebida del público, por si hay veneno en ellas».

A Caín se le borró la sonrisa. Apartó la bañera de la mujer. «¡Lo siento mucho! No se me había ocurrido».

Julia llevó a Caín hasta unas sillas de metal y lo sentó. «Traeré algo de beber. Estaré encantada de compartir ese pastel contigo. Dios sabe cuánto tiempo estaremos aquí. Y esos asientos no

parecen nada cómodos».

Tuvieron que esperar treinta minutos antes de que el sargento Pendleton les honrara con su presencia. Tenía una sonrisa de suficiencia mientras miraba a Caín de arriba abajo. Olfateó y dijo en voz alta: «Creía que estabas aquí, Apestoso, podía olerte».

Julia se levantó de un salto. «¡Ya basta! Si vuelves a hacer eso, presentaré una queja oficial».

«Haz lo que quieras», replicó el sargento Pendleton. «La inspectora Clarke me lo ha contado todo sobre ti y tus intromisiones. Nadie se tomará en serio ninguna queja tuya».

«Eso ya lo veremos», dijo Julia. Se dirigió a la mujer del mostrador de recepción y anunció: «¿Cómo presento una queja oficial?».

La mujer ya tenía preparados un formulario y un folleto. Lanzó una mirada de disgusto al DS Pendleton y luego le dijo a Julia: «Rellénalo. Tráemelo directamente, me aseguraré de que llegue al departamento adecuado».

Julia le dedicó una sonrisa de agradecimiento y guardó los papeles en el bolso. Se volvió hacia el sargento Pendleton. «Puedes atender primero al señor Andrews, no me importa esperar».

El sargento Pendleton la miró con desprecio. «Yo decidiré quién va primero». Su labio se curvó con disgusto al añadir: «El Sr. Andrews puede esperar».

Julia fue conducida a una habitación mal ventilada para prestar declaración. ¿Así trataban a los ciudadanos? ¿Era realmente necesario que estuviera en una sala así?

Estuvo en la sala veinte minutos. Luego tuvo que esperar una hora a que Cain declarara. Su frustración y su ira aumentaban por igual cuanto más esperaba. ¿Por qué tardaban tanto? ¿Qué le decía el sargento Pendleton a Caín? Deseó poder irrumpir en la habitación.

Caín parecía agotado cuando salió. Lanzó a Julia una mirada de sorpresa. «No tenías que esperar, podía haber cogido el autobús a casa».

«Claro que te he esperado. ¿Te encuentras bien? ¿Qué te ha dicho?»

Caín bajó los hombros. «Prefiero no decirlo».

Julia apretó los labios con fuerza. Su opinión sobre el sargento Pendleton tendría que quedarse en su cabeza por el momento. Llevó a Caín a casa y le dijo que lo recogería por la mañana. «¡No dejes toda esa tarta en el asiento trasero!», le gritó mientras salía del coche.

Caín buscó en el asiento trasero los distintos recipientes que los clientes de Julia le habían dado a lo largo del día. «La gente ha sido muy amable conmigo. Y tú también, Julia. ¿Estás segura de que quieres que siga trabajando para ti?».

«Por supuesto. Es estupendo tener compañía. Y los trabajos de limpieza se hacen más rápido. Hasta mañana».

Mantuvo una sonrisa radiante mientras Caín se alejaba. No necesitaba saber lo que el sargento Pendleton había dicho durante el tiempo que pasó con Caín, podía imaginarse las acusaciones que le había lanzado al joven.

Papá la estaba esperando cuando llegó a casa. No se dio cuenta del hambre que tenía hasta que él le puso delante una cazuela de pollo.

Se sentó a su lado y le dijo: «Come, pareces agotada. ¡No hables! Puedes contarme todo sobre tu último cliente muerto cuando hayas terminado».

«¿Cómo sabes lo de Hugo?»

Papá se dio un golpecito en un lado de la nariz. «Se corre la voz. ¡Empieza a comer! He averiguado algunos detalles más sobre el joven Caín y su condena. ¿Sabías que había asumido la culpa en nombre de sus hermanos?».

Julia asintió, con la boca llena de pollo caliente.

Papá sacudió la cabeza. «Será mejor que tengas cuidado con esos hermanos suyos, la gente de

por aquí cree que podrían venir a buscar a Caín, para asegurarse de que puede mantener la boca cerrada».

Papá habló un poco más de las cosas que había averiguado sobre Caín, todas cosas buenas. Cuando terminó de comer, le habló de Hugo y del horrible DS Pendleton. Dijo: «No tomó ninguna nota cuando le conté lo del hombre que entró en el coche de Hugo el lunes. No me preguntó nada sobre los asuntos de Hugo. Siguió hablando de Cain, diciendo que era malo y que debería despedirle. Estoy muy enfadada. Creo que ni siquiera le importa el asesino de Hugo, está convencido de que fue Caín».

Papá palmeó el hombro de Julia. «No dejes que te altere. Sospecho que Caín es más fuerte de lo que parece, puede vérselas con el DS Pendleton». Se levantó. «Bien, será mejor que me vaya. Tú intenta dormir bien. Deja que la policía haga lo que tenga que hacer».

«¡Humph!», fue la respuesta de Julia. Se levantó y acompañó a papá a la puerta. La abrazó y subió al coche. Julia lo vio alejarse. Sus ojos captaron un movimiento al lado de una farola en la carretera. Entrecerró los ojos. ¡Sí! Sin duda había alguien allí. Era difícil distinguir la figura en la oscuridad, pero había un hombre junto al poste, con un cigarrillo encendido en la mano. Julia se estremeció cuando el hombre la miró directamente. Levantó una mano y se alejó.

¿Era uno de los hermanos de Caín? ¿O era alguien relacionado con la muerte de Hugo?

Capítulo 12

Caín esperaba fuera de su casa cuando Julia llegó a la mañana siguiente. Por la expresión de su cara, había tenido la misma mala calidad de sueño que ella. Caín bostezó al subir al asiento del copiloto.

Julia dijo: «Sé cómo te sientes, yo tampoco he dormido bien. No dejaba de pensar en el sargento Pendleton, tengo ganas de presentar una queja a la inspectora Clarke, pero creo que no llegaría a ninguna parte».

Cain dijo: «¿Ya has recibido noticias de la policía?».

«No, quizá les llame más tarde. Ojalá pudiera recordar dónde había visto antes a ese hombre, el del coche azul».

Julia miró un coche aparcado mientras se alejaba.

«¿Adónde vamos hoy?» preguntó Caín.

«A unos apartamentos junto al canal, en Leeds. Unos apartamentos muy lujosos. Tengo unos cuantos clientes que viven allí, me gusta hacerlas todas el mismo día. Mis clientes no estarán, todos trabajan durante el día, así que hoy no hay tarta ni galletas para ti».

Caín se rió y se palmeó la barriga. «Creo que ayer tuve más que suficiente. Nunca he estado en esos apartamentos, aunque he visto los precios que cobran por ellos».

Julia miró por el retrovisor antes de girar. «Son preciosos, los han reconvertido de las antiguas fábricas de lana».

Caín no habló durante un momento. Luego dijo: «¿Te espero en el coche?».

«¿Cuándo?»

«Cuando entres en los apartamentos para limpiar. Los clientes que hemos conocido hasta ahora han sido encantadores, pero no creo que todos quieran a un ex presidiario en sus casas de lujo.»

Julia soltó un pequeño suspiro. Estaba expresando las mismas preocupaciones que ella. Tomó una decisión. «Puedes venir conmigo, yo responderé por ti. Luego llamaré a mis clientes y les explicaré la situación. Ellos pueden decidir si quieren que vuelvas. No es que te deje sola. Aunque me encantaría dejarte con alguno de mis clientes de ayer». Volvió a mirar por el retrovisor y continuó. «Siempre que te repartas el botín conmigo».

«¿Botín?»

Julia se dirigió por la carretera principal hacia Leeds. Sonrió: «¡Los productos horneados! Tendrás el tamaño de una casa si sigues comiéndote todos esos regalos».

Cain sonrió. «No sé por qué la gente sigue dándome comida. No es que me queje».

Julia estuvo tentada de decirle que era porque parecía medio muerto de hambre, pero se lo pensó mejor. No conocía bien a Caín, pero sospechaba que sería de los que rechazan la comida gratis si cree que la gente se compadece de él.

Entró en el aparcamiento de un bloque de apartamentos. El sol aprovechó el momento para salir de entre las nubes y brillar sobre el canal que discurría junto a los apartamentos. Julia aparcó y se volvió hacia Caín, que tenía la boca abierta.

«Vaya», dijo. «Parece algo de América, no del centro de Yorkshire».

«Espera a ver el interior. El primer apartamento al que vamos está en el último piso, hay una magnífica vista de Leeds».

Julia lanzó una mirada tras ella mientras cerraba el coche y se dirigía al bloque de apartamentos más cercano. Caín estaba como un niño pequeño cuando entraron en el ascensor. «¡Tiene música! Nunca había estado en un ascensor con música!».

Julia sonrió y recordó todos los buenos ratos que había pasado con sus hijos cuando eran pequeños, viéndolo todo maravilloso. Más le valía tener cuidado, pronto estaría señalando un avión y gritando: «¡Mira eso!».

Caín entró por la puerta del piso superior y se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos. Julia le dio un pequeño empujón y le dijo: «Anda, echa un vistazo. Cuando hayas terminado puedes ayudarme con las ventanas».

«¿Seguro que a tu cliente no le importará?».

«Roger es estupendo, le encanta enseñar su piso».

Caín se tomó unos minutos para deambular por el enorme apartamento. Julia le oyó murmurar varias versiones de «¡Vaya!».

Se acercó a la ventana que daba al aparcamiento y miró hacia abajo. Soltó una carcajada.

Caín volvió a su lado, aún sonriente. Julia dijo: «¿Estás lista para limpiar?».

Él sonrió. «Qué sitio más bonito. Estoy lista para limpiarla de arriba abajo».

«Hoy sólo limpiaremos las ventanas, el baño y la cocina», le dijo Julia. «Aunque me alegro de que estés tan entusiasmado, algunos de mis clientes son mucho más desordenados que Roger».

Caín se puso manos a la obra con gusto y la limpieza terminó en un santiamén. Su entusiasmo no decayó mientras visitaban tres apartamentos más.

Volvieron al aparcamiento al cabo de dos horas. Julia dijo: «Normalmente tardo tres horas en limpiar esos pisos. Gracias, Caín, has sido de gran ayuda».

«Lo he disfrutado. A la abuela le habrían encantado estos apartamentos. ¿Adónde vamos ahora?»

«No estoy seguro. Entra tú. Voy a hablar con la gente del coche marrón de allí». Julia abrió el coche y metió el material de limpieza en el maletero. Marchó hacia el coche marrón con una mirada decidida. Los dos hombres que iban dentro la vieron acercarse y apartaron rápidamente la mirada. Julia golpeó la ventanilla del conductor. La bajaron y un hombre bien afeitado la miró y dijo: «¿Sí? ¿Puedo ayudarle?».

Julia se puso las manos en las caderas. «¡Claro que puedes! Puedes decirme por qué nos has estado siguiendo toda la mañana».

Capítulo 13

El hombre tuvo la delicadeza de parecer incómodo. Murmuró: «Son órdenes, tenemos que hacerlo».

«¿Órdenes de quién?» preguntó Julia, con las manos aún en las caderas.

El hombre tosió y dijo: «Órdenes del DS Pendleton. Trabajamos en su equipo».

Julia bajó los brazos. Entrecerró los ojos. «Ya veo. Así que el DS Pendleton os ha dicho que nos acoséis, ¿no es así?».

«No os acosamos, sólo os vigilamos. Bueno, no a ti exactamente, a ese joven que está contigo». Bajó la mirada hacia un bloc de notas que tenía sobre la rodilla. «Apestoso Caín, así se llama».

Algo en Julia se quebró. «¡No se llama así! Ya estoy harta. No tienes ningún motivo para seguirnos». Cogió el teléfono y se lo mostró al hombre. «Voy a llamar al inspector Clarke, tengo buenas relaciones con él». Una pequeña mentira, pero Julia continuó. «Veremos qué opina de esto».

El otro hombre del coche soltó: «¡Te dije que era un error! Dije que no deberíamos recibir órdenes de Jason, ya sabes que tiene problemas con la autoridad. Esto va a quedar registrado».

Julia se inclinó para ver mejor al otro hombre. Pudo ver las gotas de sudor en su frente. Era evidente que no le hacía ninguna gracia seguirles. ¿Qué clase de policía era el sargento Pendleton? Dijo en un tono más suave: «Mira, no llamaré al inspector. No sé qué le pasa al sargento Pendleton, pero tiene algún problema con Cain Andrews. ¿Cómo llevas la investigación del asesinato?».

Ambos se encogieron de hombros.

Julia dijo: «¿La investigación del asesinato? ¿Hugo Barnes? ¿No es por eso por lo que sigues a Caín?».

El hombre más cercano habló: «No sé nada de eso. El sargento Pendleton sólo nos dijo que te siguiéramos y tomáramos notas».

Julia se enderezó. «Ahora salimos del aparcamiento. ¿Volverá a seguirnos? ¿Tengo que llamar al inspector?».

Las mejillas del hombre enrojecieron. «No, no os seguiremos. Siento haberte causado molestias».

Subió la ventanilla y el coche se puso en marcha. Julia se hizo a un lado mientras el coche se

alejaba. Necesitaba hablar con la inspectora Clarke sobre Hugo. ¿Qué progresos se habían hecho? ¿Habían investigado su lista de clientes? También quería hablarle del hombre que la había estado vigilando la noche anterior. Puede que no fuera nada, pero se sentiría mejor si se lo contaba.

Decidió telefonearle más tarde. También decidió que iba a investigar por su cuenta la muerte de Hugo. Y sabía por dónde empezar.

Condujo hasta el centro de Leeds y aparcó en un aparcamiento de varias plantas. Le dijo a Caín que podía disponer de una hora para almorzar. «Nos encontraremos aquí».

Caín no salió del coche. Sus ojos se entrecerraron y dijo: «¿Qué vas a hacer? Espero que no te importe que te lo diga, pero tienes una mirada extraña, una mirada calculadora, como si estuvieras sopesando algo».

Julia asintió. «Estoy sopesando algo. Pero no quiero que te involucres».

«¿Tiene algo que ver con el asesinato de Hugo?

«Sí, pero cuanto menos sepas, mejor. Vete».

Caín se cruzó de brazos. «No voy a ir a ninguna parte. Si vas a hacer tus propias investigaciones, quiero ayudarte».

Julia negó con la cabeza. «No, ya tienes al sargento Pendleton respirándote en la nuca».

«Razón de más para averiguar quién mató a Hugo. Parecía un buen hombre y, de momento, el asesino anda suelto. Y por lo que oí en el aparcamiento de los apartamentos, la policía no parece llegar a ninguna parte con sus pesquisas».

«¿Me oíste hablar con esos policías?».

Caín levantó la boca. «Tienes un vozarrón cuando te enfadas».

Julia se rió. «Mi padre se ha referido a mí muchas veces como una sirena de niebla. Bien, puedes venir conmigo. Vamos a la biblioteca».

A Caín se le borró la sonrisa. «¿A la biblioteca? ¿Vamos a buscar algo?»

«No, vamos a hablar con alguien que estuvo cerca de Hugo. Alguien que estaba enamorada de él». Julia hizo una pausa y miró por la ventana. «Debe de estar destrozada por su muerte».

«¿Quién?»

«Vamos, te lo explicaré por el camino».

Salieron del aparcamiento y se dirigieron a la biblioteca. Caín sonrió en señal de agradecimiento. «Había olvidado lo bonito que es este edificio».

«Date prisa, no tenemos todo el día. Te diré con quién vamos a reunirnos. Hoy debería estar trabajando». Julia se detuvo. «¡Oh! ¡A no ser que se haya cogido una excedencia voluntaria! No lo había pensado. Debe de estar angustiada por haber perdido a Hugo».

«¿Quién? Me parece que estás hablando con acertijos».

«Perdona». Julia empezó a andar de nuevo. «Me refiero a la ayudante de Hugo, Dinah Wells. Trabaja para él los jueves y los viernes. El resto de la semana trabaja en la biblioteca. Trabaja para él desde hace un año. Me dijo que tenía que venir a menudo a buscar registros para los árboles genealógicos que estaba recopilando. Fue a Dinah a quien pidió ayuda. Al parecer, estaba tan harta de que viniera a la biblioteca a pedirle ayuda que se ofreció voluntaria para buscar cosas en su nombre, para ahorrarle el viaje a la biblioteca. A Hugo le encantó la idea, pero insistió en contratar a Dinah como ayudante. Pasa la mayor parte del tiempo aquí, pero luego también va a casa de Hugo con todos los datos que ha recopilado».

Caín asintió. «¿Por qué tiene que ir a su casa? ¿No puede enviarle un correo electrónico? ¿O llamarle por teléfono?

Julia se quejó como si fuera evidente. «Porque está enamorada de él. Es un poco más joven

que él y bastante atractiva. Tiene un pelo increíble, siempre tan brillante, no sé cómo se las arregla para tenerlo así. En fin, sólo la he visto unas pocas veces, pero cuando Hugo está delante de ella, se le ilumina toda la cara. Se pone a coquetear, ya sabes, moviendo los ojos, jugueteando con su pelo, aprovechando cualquier oportunidad para tocarle en el brazo o en el hombro».

«¿Le gustaba a Hugo?» preguntó Caín cuando llegaron a las puertas de la biblioteca.

Julia soltó otro tut. «¡No sabía que estaba enamorada de él! Estaba demasiado absorto en su trabajo para darse cuenta de algo así. Le lancé algunas indirectas, pero... bueno, es un hombre». Julia se detuvo a medio paso. En voz más baja, añadió: «Era un hombre. Debo dejar de hablar de él como si siguiera vivo».

Atravesaron las puertas. Julia dijo: «Trabaja en el primer piso. No sé si la encontraremos, pero podemos intentarlo. Quizá pueda hablarnos de los clientes de Hugo, incluso de los casos en los que trabajaba. Entonces podremos... ¡argh!».

Julia agarró a Caín y lo arrastró detrás de una pantalla.

Caín se agachó instintivamente. Siseó: «¿Qué pasa? ¿Nos están siguiendo otra vez?»

Julia susurró: «No, es Dinah, viene hacia nosotros por el pasillo».

Caín frunció el ceño. «¿Por qué nos escondemos? Creía que querías verla».

«Está con alguien. He visto a ese hombre antes, es una especie de agente de libros. ¡Shh! Se están acercando».

Caín se asomó por encima de la vitrina. Susurró: «No parece destrozada, está sonriendo».

«Podría estar poniendo cara de valiente. ¡Silencio! Quiero oír lo que dicen».

Julia contuvo la respiración mientras la pareja pasaba junto a la vitrina.

Dinah dijo con voz alegre: «Claro que me interesa. Bajemos a la cafetería y sigamos hablando de ello».

Julia dejó escapar el aliento mientras la pareja se alejaba. Caín salió de detrás de la vitrina y observó cómo Dinah Wells y su acompañante se dirigían hacia las escaleras que llevaban al piso de abajo. Dijo: «Es atractiva. Veo lo que dices de su pelo, es muy brillante».

Julia se puso a su lado. «Me pregunto de qué estaban hablando».

Caín la miró directamente. «¿Quieres que les siga?».

Julia le hizo un gesto con la mano. No puedo pedirte que hagas eso. Por lo que sabemos, podrían estar hablando de un libro que él quiere que le prestes». Incluso para los oídos de Julia, aquello sonaba poco convincente.

Caín dijo: «No puedes seguirlos, Dinah sabe cómo eres. ¿Y no dijiste que ese hombre era un agente de libros?».

«Sí, vino varias veces a casa de Hugo mientras yo estaba allí. Insistió a Hugo para que escribiera un libro sobre todos los casos de los que se había ocupado, dijo que la gente compraría cualquier cosa que estuviera indirectamente relacionada con los Secretos de Summersdale. Hugo se negó, dijo que la confidencialidad de sus clientes era de suma importancia, y que no tenía intención de publicar sus datos privados.»

Cain señaló hacia las escaleras. «Voy a seguirlos. Por lo que sabemos, Dinah podría haber matado a Hugo».

«Yo también lo había pensado. Ella podría haberle declarado finalmente su amor, él podría haberla decepcionado suavemente y entonces, ¡zas! Ella podría haberle golpeado en la cabeza. ¿Seguro que quieres seguirles?».

Había un brillo en los ojos de Caín. «¡Intenta detenerme! Hacía años que no me divertía tanto».

Julia tenía reparos en involucrar a Caín, pero realmente quería saber qué tramaba Dinah. Le

dijo: «Te esperaré fuera. Ten cuidado».

Capítulo 14

Cinco minutos después, Caín se sentó al lado de Julia. «Qué rápido», dijo ella.

Caín no la miró. Murmuró: «Me han pedido que me vaya».

«¿Por qué?

Sin dejar de mirar hacia abajo, dijo: «No pude pedir nada. No tenía dinero, así que me pidieron que me fuera».

Julia miró al joven, con el corazón retorcido. ¿Tenía dinero? ¿No podía permitirse comprar comida? ¿Por eso estaba tan delgado?

Metió la mano en el bolso y no tardó en darle un billete de veinte libras. Le agarró la mano y le metió el billete. Él intentó devolvérselo. «¡No! No puedo aceptarlo. No estaba soltando indirectas».

Ella le apartó la mano. «Considéralo un anticipo de tu salario. Quédatelo».

Caín sacudió la cabeza con vehemencia. «No, estoy en juicio, no deberías pagarme si estoy en juicio».

Julia levantó la mano. «Yo decidiré si debo pagarte o no. Hasta ahora has hecho un trabajo magnífico y tengo la intención de pagarte el sueldo completo al final de esta semana. Ni se te ocurra discutir conmigo».

Caín bajó la mirada hacia la nota. La enderezó y luego la levantó. «Nunca me habían dado un billete de veinte libras. Supongo que hoy en día no vale tanto».

«Todavía vale algo. ¿Necesitas más?»

Caín dobló cuidadosamente el billete y se lo metió en el bolsillo. «No, gracias, esto me durará un tiempo».

Julia lo dudaba, pero dejó reposar el asunto. Dijo: «¿Has conseguido averiguar qué pasaba con Dinah y ese agente de libros?».

Caín asintió. «Me senté en la mesa detrás de ellos. Era el agente quien más hablaba. Dijo que el contrato del libro podía seguir adelante, preguntó si Dinah tenía material de sobra para al menos otros tres libros. Ella dijo que tenía mucho y que había estado tomando notas. Entonces el agente dijo que una empresa de televisión estaba interesada y preguntó si podían tener acceso a la casa de Hugo. Dijo que el libro llevaría un enlace con Summersdale Secrets y eso haría que las ventas se dispararan. Dinah dijo que conocía al nuevo propietario y que no habría ningún problema. Vi cómo le daba un fajo de papeles de aspecto legal y ella los metía en su bolso».

Hizo una pausa. «Fue entonces cuando la camarera se acercó para tomar mi pedido. Y fue entonces cuando tuve que marcharme. Lo siento».

«No pasa nada. Tienes mucha información». Julia se dio un golpecito en la barbilla. «Me pregunto qué estará tramando Dinah. Y yo me pregunto de qué tratará su libro».

«Hay algo más», dijo Caín. «Dijiste que Dinah estaba enamorada de Hugo porque se dedicaba a coquetear».

«¿Sí?»

«Ella hacía lo mismo con ese agente».

Julia dejó que aquella información calara hondo. «Podría haberlo hecho para conseguir un trato mejor».

«No estoy segura. Cuando me iba, el agente mencionó que lamentaba la muerte de Hugo. Dinah soltó una risita, una risita, no una carcajada, y luego dijo que no hay mal que por bien no venga. Había una dureza en su voz que me produjo un escalofrío».

«Eres un hombre muy sensible, ¿verdad?».

Caín apartó la mirada de Julia. «En la cárcel tuve que aprender rápidamente a leer el estado de ánimo de la gente. Hubo momentos en los que necesité alejarme de ciertas personas con bastante rapidez».

Vaya. Julia no creía que pudiera sentir más simpatía por Caín, pero una nueva oleada la invadió. Con voz ronca, dijo: «Vamos, déjame invitarte a cenar. ¿Qué te parece una hamburguesa con patatas fritas?

«Estupendo. Gracias».

Después de comer en la hamburguesería más cercana, Julia llevó a Caín a su siguiente trabajo. Más limpieza de pisos, pero esta vez al otro lado del canal.

Caín bostezó mientras volvían a casa. «¿Mañana a la misma hora? dijo Julia al detenerse delante de su casa. «Puedes tomarte el día libre si quieres, no me importa».

Caín le dedicó una sonrisa cansada. «No, es un buen tipo de cansancio. Me gusta. Hasta mañana».

Unos minutos más tarde, Julia conducía por su calle. Redujo la velocidad al ver a un hombre junto a una farola. Anoche no había visto bien al hombre porque estaba oscuro, pero parecía de la misma complexión. Y estaba fumando. Miraba hacia la casa de Julia. ¿Era otro de los hombres del sargento Pendleton? Julia se aseguró de que las puertas del coche estaban cerradas y condujo lentamente hacia donde estaba el hombre. Vio que se le paralizaba la mano al llevarse el cigarrillo a la boca; debía de haber notado que se acercaba. Julia preparó su teléfono, iba a hacerle una foto y, si era un policía, podría adjuntarla a su formulario de denuncia.

No tuvo ocasión. Sin darse la vuelta, el hombre tiró el cigarrillo al suelo y echó a correr calle abajo. Saltó una valla que rodeaba un parque cercano. Julia sólo pudo ver su pelo canoso. Una parte de ella sintió deseos de correr tras él, pero sabía que era una tontería. Sólo podía hacer una cosa. Detuvo el coche cerca de la farola y se bajó. Había unas seis colillas en el suelo. Sacó un pañuelo del bolsillo y las recogió. No tenía ni idea de qué iba a hacer con ellas. Pero aun así, era una prueba.

Cuando entró en casa, descubrió que papá le había dejado una nota en la que le decía que había hecho una lasaña y que sólo había que calentarla. A Julia le escocían los ojos. Era tan bueno con ella. No se lo agradecía lo suficiente.

Dio un respingo cuando sonó su teléfono. Era la inspectora Clarke.

«Me alegro de tener noticias suyas», empezó Julia.

El inspector la interrumpió. «No se trata de una llamada social. El DS Pendleton me ha

informado de que has estado obstaculizando su investigación, ¿es cierto?».

«¡No! Yo...»

«Tienes que dejar que se ponga a ello. Admito que es como un toro en una cacharrería, pero hace su trabajo».

«Pero yo...»

«No tengo tiempo para charlar. Si tienes alguna pregunta, habla con él directamente. Voy a salir de la ciudad unos días».

Julia sintió que se le escapaba la oportunidad. «¿Cuándo puedo volver a casa de Hugo?».

«¿Por qué querrías hacerlo?»

«Me ha pagado para que limpie su casa durante el próximo mes. Me gustaría hacerlo».

Hubo una pausa. Julia casi podía oírle pensar. Por fin, dijo: «El equipo de la escena del crimen ha terminado, pero la dejaremos unos días más por si necesitan volver. No hace falta que limpies, enviaremos a nuestro propio equipo para que limpie el polvo de las huellas».

«Pero me gustaría hacerlo. Siento que se lo debo».

Hubo un suspiro. «Eres muy graciosa. Vale. Te avisaré cuando puedas entrar. Probablemente no te dejen entrar en su despacho, así que no vayas fisgoneando».

«Yo no fisgoneo», dijo Julia.

Se hizo un gran silencio. El inspector Clarke lo rompió diciendo: «Los dos sabemos que estás mintiendo. Dirige cualquier otra pregunta al sargento Pendleton». Se marchó sin decir nada más.

Julia agarró el teléfono con frustración. Quería hablarle de Dinah Wells. Y del hombre humeante que la había estado vigilando. No podía hablar con el sargento Pendleton de nada de esto.

Sus ojos empezaron a temblar de nuevo al pensar en su último encuentro con Hugo. Se enjugó una lágrima y dijo: «Vale, Hugo, si me escuchas, averiguaré quién te asesinó. Pero si acabo en la cárcel será por tu culpa».

Capítulo 15

Julia le contó a Caín su conversación con la inspectora Clarke cuando lo recogió a la mañana siguiente. También le habló del hombre que había estado merodeando por su casa, al que se refirió como el Hombre Fumador.

La cara de Caín se arrugó de preocupación. «Deberías hablar de él a la policía. Dales las colillas, quizá puedan sacar algo de ellas. Pero no te acerques a él, hay gente muy rara por ahí».

Julia se guardó el siguiente pensamiento. Aún cabía la posibilidad de que el Hombre Fumador estuviera relacionado con Caín, tal vez uno de sus hermanos.

Terminaron sus tareas de limpieza en un santiamén. Julia dijo: «¡Será mejor que vayas más despacio, me estás haciendo quedar mal!».

Caín sonrió mientras limpiaba una encimera de la cocina. «Lo siento, no puedo evitarlo. Me siento bien cuando limpio. ¿Adónde vamos ahora?

Julia recogió sus cosas de limpieza y dijo: «A ningún sitio. Hemos terminado por esta mañana». Miró el reloj. «Y sólo son las diez y media. Si quieres, te llevo a casa y almorzamos juntos».

Sonó su teléfono. Sonrió al leer el mensaje. Señaló a Caín con el teléfono y dijo: «O puedes venir conmigo a casa de Hugo. El mensaje era del inspector Clarke. Dice que podemos volver a casa de Hugo con la estricta condición de que no entremos en la oficina. Dice que su equipo podría tener que volver a mirar allí».

Caín asintió. «¿Y por qué vamos a volver? ¿Es sólo para limpiar, o...?».

Julia terminó su frase. «¿Buscar pistas, algo que la policía haya pasado por alto? Sí, Caín, me parece una gran idea la tuya. Vamos».

«Pero yo... no fue idea mía...».

Julia le sonrió. «Sólo estoy bromeando. Yo también quiero echar un buen vistazo. Quizá descubra algo fuera de lugar, algo que la policía no haya detectado».

Hizo una pausa mientras se acercaba a la puerta. «Oh, Caín, no lo había pensado. Quizá no quieras venir conmigo, teniendo en cuenta que acabas de salir de la cárcel. No quisiera que te metieras en ningún lío».

Las cejas de Caín se alzaron. «¿Qué piensas hacer? ¿Algo ilegal? Si es así, he aprendido muchos trucos del oficio dentro».

Fue el turno de Caín de sonreír al captar la expresión de sorpresa de Julia. «Estoy de broma.

Más o menos».

Julia archivó aquella información. No es que fuera a hacer nada ilegal. Claro que no.

Pronto llegaron a casa de Hugo. Julia abrió la puerta principal y entró. Una tristeza la heló, la casa se sentía vacía sin la presencia de Hugo. Miró hacia su despacho, la puerta estaba cerrada. Se alegró de ello, pues no estaba segura de poder mirar en el despacho sin recordar a Hugo tumbado en la alfombra.

Caín dijo en voz baja: «¿Estás segura de que quieres estar aquí? El lugar parece bastante limpio». Olfateó. «La policía debe de haber limpiado, puedo oler los productos químicos».

Julia arrugó la nariz. «A mí también. Podríamos volver a limpiar las superficies con mi propio líquido limpiador, es totalmente natural. A Hugo le encantaba el olor de los limones y el...». Se detuvo y apartó rápidamente la mirada.

Caín se rió. «Entonces casi me cuentas tu ingrediente secreto. Creo que sé cuál es».

Julia levantó la cabeza dramáticamente y declaró: «¡Nunca revelaré mi ingrediente secreto!».

Caín volvió a reírse. Julia sonrió. Era agradable verle más relajado y a gusto. Dijo: «Venga, vamos a la cocina».

«¿Puedo entrar por la puerta de atrás una vez más?» preguntó Caín con impaciencia.

«Por supuesto.

El olor químico de la cocina era casi irresistible. Julia soltó un grito de disgusto. La policía debía de haber buscado huellas por todas partes si habían tenido que limpiar tanto. ¿Qué habían descubierto en la cocina?

Caín corrió hacia la puerta trasera, con una gran sonrisa en la cara.

Julia gritó: «¡Espera! Necesitas la llave».

«No hace falta, está abierta».

Caín tiró de la puerta hacia él y la atravesó reverentemente, saliendo al jardín. Al volver a atravesarla, dijo: «¿Qué buscas?».

«Algo», respondió Julia mientras abría la puerta de un armario. «Lo habrá puesto en algún sitio. Sé que el otro día estaba cansado, pero siempre lo guarda».

Caín llegó a su lado. «¿Qué? ¿Qué buscas? ¿Puedo ayudarte?»

Julia levantó una mano, con el dedo índice apuntando hacia arriba. «¡Puede que esta vez lo haya colgado de verdad! Puede que por fin me haya escuchado».

«¿Qué? dijo Caín, con la voz más alta de lo que Julia había oído antes.

«Su chaqueta de viaje, la llevaba en todos sus viajes de negocios», explicó Julia. «Siempre que volvía de viaje tiraba ese abrigo en cualquier sitio. Una vez lo encontré dentro de la nevera. Siempre le decía que lo colgara en el armario. Venga, vamos arriba».

Caín siguió a Julia fuera de la cocina. «¿Pero por qué es tan importante?»

«Ya lo verás», dijo Julia por encima del hombro. Subió las escaleras y entró en el dormitorio de Hugo.

Olfateó. «La policía no ha estado aquí».

Había algunas prendas esparcidas por la habitación. Julia dijo: «Es de color caqui. Debe de estar por aquí».

«¿Es esto?» dijo Caín. Estaba de pie junto al armario y señalaba una chaqueta que colgaba ordenadamente.

«¡Es ésta! ¿Ves todos los bolsillos? Solía guardar notas en todos esos bolsillos. Decía que era como un archivo móvil. Podría haber información sobre su último cliente».

Caín sacó la chaqueta de la percha. «Hay una nota prendida en el cuello». Le entregó la chaqueta a Julia.

Ella leyó la nota: «Queridísima Julia, verás que por fin he seguido tu consejo y he colgado la chaqueta en el lugar apropiado. Y, querida señora, ¡he vaciado los bolsillos! ¡Ja! ¡Seguro que nunca esperaste que fuera tan pulcro y ordenado! Tu amigo, Hugo».

La nota cayó al suelo. Caín le tendió a Julia un pañuelo de papel de una caja cercana y le dijo: «Por favor, no llores».

Julia cogió el pañuelo y se secó los ojos. «Lo siento, fue una combinación de ver su letra y luego descubrir que el muy idiota podía haber destruido cualquier pista que pudiera habernos llevado hasta su asesino».

Cain cogió la nota y le dio la vuelta. «Hay algo en el reverso, unos garabatos». Se la pasó a Julia.

¿Papeles de divorcio? ¿Certificado de defunción? ¿Pecados de los padres?

Julia frunció el ceño. «No sé lo que significa, pero es mejor que nada». Se quedó paralizada. «¿Qué ha sido ese ruido? ¿Lo has oído?»

Caín asintió. Susurró: «Creo que era la puerta principal abriéndose». Ladeó la cabeza. «Oigo voces».

¿Era la policía? ¿O alguien más? Julia dobló la nota y se la metió en el bolsillo. Dijo: «Vamos, averigüemos quién es».

Capítulo 16

A pesar de su intención de enfrentarse a los intrusos, Julia decidió hacer el menor ruido posible al bajar las escaleras. Caín la siguió y se escabulló a su lado.

Al final de la escalera, Julia señaló con la cabeza la puerta del despacho, que ahora estaba entreabierta. Un zumbido provenía del interior. Caín apretó los labios y asintió. Se pusieron de puntillas hacia la puerta. Julia se asomó por una rendija. Miró a Caín y dijo: «Dinah Wells». Los labios de Caín casi desaparecieron al apretarlos aún más.

La sonora carcajada de Dinah los hizo saltar a los dos. «¡Fue tan fácil! Era masilla en mis manos», dijo Dinah.

Se oyó una risita masculina y una voz dijo: «Ojalá pudiera ser masilla en tus manos, imagínate las formas que podrías hacer conmigo».

La nariz de Julia se arrugó de asco. Movió la cabeza. No, no podía ver quién era el hombre. El tono de su voz le resultaba vagamente familiar.

Dinah volvió a hablar: «Más tarde, chico malo. De todos modos, el contrato ya está firmado. El pobre hombre pensaba que estaba haciendo un buen negocio. No sabe que ya he escrito el libro, ¡he tomado notas desde que empecé a trabajar para Hugo! Ese idiota de agente cree que me paso meses trabajando como una esclava con el portátil. Tendrías que haberle visto la cara cuando le pedí más dinero, era como si le diera pena que tuviera que esforzarme tanto».

El hombre volvió a reírse. «Eres demasiado lista, Dinah».

«No es culpa mía si la gente se deja engañar fácilmente. Te hablé del acuerdo televisivo, ¿no? ¿Lo has aclarado con ese director? ¿El que está a cargo de Summersdale? ¿No le importará que se ruede aquí otro programa de televisión?».

«No importa si le molesta o no, ahora es mi casa. Yo diré quién filma aquí. ¿Te puedes creer lo poco que les cobraba mi hermano?».

Julia jadeó. ¿Era el hermano de Hugo? Nunca había mencionado tener un hermano.

La puerta se abrió de golpe. Un hombre los fulminó con la mirada. «Me ha parecido oír algo. ¿Quién coño eres tú? ¿Y qué haces en mi casa?».

Dinah apareció. La expresión de enfado de su rostro se disolvió al mirar a Julia. «¡Julia! Qué alegría verte». Puso la mano en el brazo del hombre. «Gilbert, ésta es Julia Blake, hace trabajos de limpieza para Hugo. Nos hemos visto varias veces, ¿no?».

Julia asintió. No le había pasado desapercibido el cambio de tono en la voz de Dinah. Había

pasado de una arrogancia burlona a un tono excesivamente amistoso. Julia dijo: «Ya nos conocemos. Éste es mi colega, Caín. Perdona si parece que estábamos escuchando una conversación privada, pero la policía dijo que podíamos entrar en casa de Hugo».

«¿Por qué?» espetó Gilbert. «No es que ahora necesite hacer limpieza, ¿verdad? Y si esperas que pague, puedes pensártelo otra vez».

Dinah soltó una risita tintineante. «Oh, Gilbert, no seas tan brusco. Lo siento, Julia, es el hermano pequeño de Hugo. No suele ser tan malhumorado, sufre de pena».

«¿Ah, sí?» preguntó Gilbert.

La barbilla de Dinah se tambaleó y, justo a tiempo, una delicada lágrima rodó graciosamente por su mejilla empolvada.

Julia se cruzó de brazos. Estaba viendo una faceta totalmente nueva de Dinah. Julia dijo: «Hugo nunca mencionó un hermano menor».

Gilbert resopló. «¡No me sorprende! Soy un sucio secreto del que no le gusta hablar. Hubo una confusión de dinero cuando murieron papá y mamá. Hugo tenía la impresión de que yo había robado cosas que me pertenecían por derecho». Gilbert salió al vestíbulo, obligando a Julia y a Caín a retroceder unos pasos. Gilbert levantó la barbilla y dijo: «Ya no importa, todo esto me pertenece. Puedo hacer lo que quiera con esta casa. Ya no necesitaré tus servicios».

Julia no había terminado con sus preguntas. «¿Esta casa es oficialmente tuya?»

Gilbert bajó la barbilla. «Oficialmente no, el papeleo está en marcha. ¿Por qué?

«Si te peleaste con Hugo, ¿estás segura de que te dejó la casa a ti?».

Gilbert sonrió satisfecho. «Ah, sí, lo comprobé hace poco. Tuvimos nuestras diferencias, pero Hugo quería que la casa quedara en familia. Vete, puedes retirarte. ¿Supongo que ese montón de chatarra que hay fuera es tuyo? Creía que alguien había abandonado un coche robado en mi entrada».

«¡Gilbert! Por favor, no le hables así a Julia». dijo Dinah.

«¡Hablaré con ella como quiera! Está haciendo demasiadas preguntas. La próxima vez nos acusará de asesinar a Hugo. Nos preguntará dónde estábamos la noche que murió».

«¿Y bien?» preguntó Julia.

Gilbert se acercó a la puerta y la abrió de un tirón. «¡Fuera de mi casa!»

Dinah se llevó las manos al pecho. «¡Gilbert! Basta!» Se volvió hacia Julia y le dijo: «Lo siento mucho. No tenemos nada que ocultar. El lunes por la noche estuve trabajando hasta tarde en la biblioteca y luego me fui a casa. Gilbert estaba en Londres, vino en el tren de la tarde del martes, después de que la policía se pusiera en contacto con él».

Julia asintió. «Ya veo. Dinah, debes de estar muy disgustada por lo de Hugo, sé que estabais muy unidos».

Más lágrimas rodaron por las mejillas de Dinah. Murmuró: «Estábamos muy unidos. No le había visto desde que se marchó a América la semana pasada». Soltó una pequeña carcajada. «Esperaba que algún día pudiéramos llegar a ser algo más que amigos. Pero él parecía ajeno a mis sentimientos. Me traía regalos de sus viajes, imanes con imágenes del monstruo del Lago Ness, pisapapeles con la Estatua de la Libertad dentro, ese tipo de cosas. Gracias por preocuparte, Julia».

«¡Estoy esperando a que te vayas!» gritó Gilbert.

Julia se acercó a él y le dijo en voz baja: «Hasta que esta casa te pertenezca legalmente, sigo trabajando para Hugo. Me ha pagado para las próximas semanas, así que volveré cuando haya ido. La policía sabe que estoy aquí. ¿Saben que estáis aquí? Me dijeron que no entrara en la oficina. ¿Por qué estabas ahí? ¿Debo avisar a la policía de que habéis estado ahí?».

Gilbert se quedó mirando a Julia durante unos segundos. Caín se acercó a Julia y se colocó protectoramente a su lado. ¡Dios sabía lo que haría si Gilbert se lanzaba sobre los dos! Aun así, Julia agradeció el gesto.

Gilbert apartó la mirada. Dijo: «Dinah, es hora de que nos vayamos».

Dinah le sonrió y le dijo a Julia: «Gilbert ha sido muy buen amigo mío desde que falleció Hugo. Estoy segura de que no necesitas molestar a la policía por nuestra visita de hoy, sé que eres una mujer muy ocupada. Me alegro de volver a verte, Julia. Adiós».

Julia casi podía saborear la dulzura en el aire que desprendían las palabras recubiertas de azúcar de Dinah. Forzó una sonrisa amistosa y dijo: «Adiós, Dinah. Espero que superes pronto tu dolor».

La pareja se marchó. En cuanto se cerró la puerta, Caín dijo: «¡Vaya par de mentirosos! Está claro que son algo más que amigos».

«Ya lo sé. Y Dinah mentía sobre la última vez que vio a Hugo. Mencionó el pisapapeles, el que tiene la Estatua de la Libertad dentro. Hugo lo compró en su último viaje, ¿te acuerdas? Nos lo enseñó el lunes».

Caín asintió. «Lo que significa que Dinah vio a Hugo el lunes».

Ambos miraron hacia el despacho de Hugo. Cain dijo: «¿Crees que Dinah mató a Hugo? ¿Crees que fue Gilbert?»

Julia asintió. «Se han convertido en posibles sospechosos. Quiero saber más sobre Gilbert. ¿Y qué pasa con el libro del que hablaban?».

Capítulo 17

Julia no podía abandonar la casa de Hugo sin darle un rápido repaso. Con Caín a su lado, el trabajo se completó rápidamente.

Julia olfateó. «Sigue habiendo un aroma subyacente a productos químicos, pero ya no tanto». Miró el reloj. «Tenemos algo de tiempo libre. ¿Quieres venir a comer a mi casa? Podríamos fisgonear un poco en Internet sobre Gilbert y Dinah».

«Me parece bien», dijo Cain. «La comida y el fisgoneo. Debo admitir que me gustaría llegar al fondo de este misterio».

«A mí también», añadió Julia. Se dio cuenta de que la puerta del despacho seguía abierta. Tiró de ella hacia sí y envió un mensaje silencioso a Hugo para hacerle saber que no dejaría de «husmear» hasta encontrar a su asesino.

Cuando llegaron a la puerta de su casa, Julia señaló con la cabeza un coche aparcado en la entrada. «Papá está aquí otra vez. Se alegrará de verte».

«¿Se alegrará? dijo Caín mientras se soltaba el cinturón de seguridad.

«Sí, tiene una sorpresa para ti. No diré nada más».

Salieron del coche y caminaron hacia la casa. Con voz teñida de tristeza, Caín dijo: «Ojalá tuviera un padre que cuidara de mí. Debe de ser maravilloso tener a tu padre tanto tiempo cerca».

Julia asintió. «Lo es, tengo mucha suerte. Desde que se jubiló, papá me ayuda mucho. Siempre está haciendo pequeñas cosas en casa, coge los recados de los clientes e incluso me hace la comida. Y no sólo me cuida a mí, también pasa tiempo en casa de mi hermana. Se llama Anna, tendrás que conocerla algún día».

«¿A qué se dedica tu madre? ¿También se ha jubilado?»

Julia se rió. «¡No creo que se jubile nunca! Le gusta demasiado su trabajo. Trabaja en una escuela local con los niños más pequeños. Dice que la hacen sentirse joven. Papá quiere que se jubile para que puedan ir juntos de aventuras, según sus palabras. Pero mamá dice que ella puede meter suficientes aventuras en las vacaciones que tienen. A papá le gusta estar haciendo algo todo el tiempo».

«¿Hablas de mí?» Papá salió por la puerta de la cocina. Sonrió al ver a Caín. «¿Qué tal estás? ¿Cómo te trata mi hija? ¡Espero que no te haga hacer todo el trabajo! ¡Ja! Mi Julia es un poco mandona. ¡Y su carácter! No te pongas nunca en su contra».

«¡Papá! No soy tan mala. Tenemos algo de tiempo libre, así que voy a prepararnos algo de

comer. ¿Te preparo algo a ti también?»

Papá sonrió. «¡Siempre que no vuelvas a intoxicarme!». Le guiñó un ojo a Caín. «Una vez me hizo un bocadillo de pollo. A los diez minutos estaba corriendo al baño. Nunca he vuelto a sentir lo mismo por el pollo».

«Sólo tenía cinco años, no sabía que el pollo estaba pasado», dijo Julia. «¿Qué tal un bocadillo tostado de queso y jamón?».

Papá se palmeó la barriga. «Me encanta. ¿Pan blanco o integral? Dime que tienes pan blanco».

Julia apartó suavemente a papá. «Sabes que no tengo pan blanco, y sabes que no te lo permito».

Papá asintió con tristeza. «Sí, es verdad. La madre de Julia no deja de obligarme a comer sano. Es muy aburrido. Y ahora, Caín, no has dicho ni una palabra. ¿Cómo estás?»

Caín sonrió. «Estoy bien, gracias. Estoy disfrutando con mi trabajo».

Papá lo estudió un momento. «Tienes mejor aspecto. Cuando te conocimos el otro día parecía que tenías una tonelada de preocupaciones sobre los hombros».

La sonrisa de Caín creció. «La gente ha sido muy amable conmigo, no estoy acostumbrado. Los clientes de Julia no paran de darme tarta».

«¿Qué tipo de tarta? ¿De chocolate?» preguntó papá con una nota de nostalgia.

«De todo tipo. Tengo montones en casa. Puedes comer un poco si quieres».

Papá suspiró con tristeza. «Mejor no».

Julia asomó la cabeza por la puerta. «¿Vais a entrar o no? Los bocadillos estarán listos enseguida».

Unos minutos después estaban sentados a la mesa de la cocina. Julia se dio cuenta de que Caín saboreaba cada bocado de su bocadillo, casi como si fuera su última comida.

Papá le acercó un bocadillo a Julia y le dijo: «¿Le has contado a Caín mi sorpresa?».

«No, creo que se muere por saberlo, pero es demasiado educado para decir nada», dijo Julia.

Las mejillas de Caín enrojecieron. «No quería mencionar nada».

Papá dejó el bocadillo y se levantó: «En realidad tengo dos sorpresas». Metió la mano en una bolsa que había junto al frigorífico y sacó dos ovillos de lana. Los levantó. «¿Azul o verde?

«¿Cómo dices? respondió Caín.

«¿Cuál prefieres? Para tu jersey. Puedo empezar esta noche».

Caín tragó saliva. «¿Un jersey? ¿Para mí?»

«Por supuesto. Necesito practicar mis habilidades como tejedora. Esa Jean del grupo de punto se ha estado burlando de mis ojales. ¡Pah! Se cree mejor que yo tejiendo, sólo porque es una mujer».

Caín parpadeó rápidamente. «Me encantaría un jersey azul. Es muy amable por su parte, señor... ¡oh! ¡No sé cómo se llama!».

«Me llamo Ray, Ray Rosenthorpe. Llámame Ray». Devolvió la lana a su sitio y dijo: «¿Y qué colores quieres para tu casa? Julia dijo que había que pintarla. Tengo varios colores en el maletero del coche. Si quieres, puedo ayudarte a pintar. Podemos echar un vistazo a los colores cuando termines el bocadillo». Se acercó a Caín y bajó la voz: «Creo que le ha puesto demasiado queso, pero no se lo digas».

Julia dijo: «Te oigo. Si no te gusta el bocadillo, no te lo comas».

Papá se sentó y cogió su bocadillo. «Tengo que comérmelo, tu madre me va a dar una ensalada para merendar. Necesito algo decente en el estómago, o me marchitaré».

La mirada de Julia se desvió hacia la redondeada barriga de su padre. Le quedaba mucho para marchitarse. Miró a Caín. Estaba concentrado en su bocadillo, pero Julia pudo ver la humedad en

sus ojos. Parecía como si quisiera llorar.

«Caín, ¿estás bien?», le preguntó.

Él volvió a parpadear rápidamente. Su voz era ronca cuando dijo: «Es que todo el mundo está siendo tan amable conmigo. No sé qué decir».

«No tienes que decir nada», dijo papá. «Me hace sentir bien hacer algo útil, así que en realidad me estás haciendo un favor».

Julia dedicó a su padre una sonrisa de agradecimiento. Pensó en los trabajos que tenía preparados para esa tarde. Sólo había dos y podía arreglárselas sin Caín. Dijo: «Papá, ¿por qué no vas esta tarde a casa de Caín? Podrías empezar a pintar».

Caín dijo: «Pero yo creía que teníamos trabajos de limpieza pendientes. ¿Y no íbamos a fisgonear un poco?».

Papá se echó a reír. «¿Ahora te tiene haciendo de detective? Si dice que puedes tomarte la tarde libre, será mejor que vengas conmigo antes de que cambie de opinión».

Caín miró a Julia. «¿Estás seguro?»

Julia se levantó y recogió los platos vacíos. «Estoy segura. Vete. Te llamaré más tarde para hablarte de los trabajos que tenemos mañana».

Caín no se movió.

Papá se levantó y agarró al pobre chico por el brazo. Lo puso en pie de un tirón y gritó: «¡Rápido! Salgamos corriendo».

Julia se rió al ver la expresión de confusión en la cara de Caín. Debía de estar preguntándose en qué clase de familia se había metido.

Papá abrió la puerta de la cocina y empujó a Caín. Cogió su bolsa de lana, besó a Julia en la mejilla e hizo ademán de salir corriendo por la puerta.

Cuando estuvo segura de que se habían ido, Julia fue al salón y sacó el portátil.

Hora de fisgonear.

Capítulo 18

No era difícil encontrar información en Internet sobre Gilbert Barnes. De hecho, parecía tan famoso que a Julia le sorprendió no haber oído hablar de él antes. Hugo nunca había mencionado tener un hermano, y ahora sabía por qué.

A partir de varias fuentes de información, descubrió que Gilbert Barnes había recibido su parte de la fortuna de los Barnes tras la muerte de sus padres. También se contaba que había robado la mayor parte de los valiosos vinos almacenados en una bodega de Barnes Hall. Luego había vendido el vino con grandes beneficios cuando Secretos de Summersdale se convirtió en un éxito televisivo. Había vinculado descaradamente el vino al programa, y la gente había pagado más de lo debido. Al parecer, los productores del programa no estaban contentos y habían intentado llevar a Gilbert a los tribunales. Pero el vino ya se había vendido y Gilbert afirmaba que no había pruebas que lo relacionaran con nada.

Julia se preguntó cómo se habría tomado Hugo toda esta noticia en aquel momento. ¿Por eso estaba tan dispuesto a dejar que los productores de televisión grabaran el programa en su casa? Además, Gilbert había dicho en el despacho ese mismo día que Hugo podría haber conseguido más dinero de la empresa de televisión. Quizá la idea que Hugo tenía de una gran cantidad de dinero era muy distinta de la de Gilbert.

Julia siguió leyendo y descubrió que a Gilbert le encantaba la buena vida. Había muchas fotografías suyas disfrutando en diversos lugares exóticos. Una o dos mujeres atractivas solían estar a su lado. Sin embargo, no había fotos de él con Dinah. ¿Cuándo se conocieron?

No fue ninguna sorpresa descubrir que Gilbert pronto se quedó sin dinero. Hubo rumores sobre sus deudas, y también noticias de algunos negocios dudosos en los que estaba implicado.

Julia lo encontró mencionado en un sitio web de carácter social. El escritor había escrito «en confianza» que Gilbert Barnes se dirigía al norte, al páramo yermo conocido como Yorkshire, donde, según se rumoreaba, sus problemas de dinero se solucionarían de una vez por todas. La fuente informó además de que Gilbert cogería el tren de las nueve de la mañana del lunes a Leeds.

Julia asintió con la cabeza, satisfecha. Era el lunes en que habían matado a Hugo. Así pues, Gilbert había estado mintiendo sobre su paradero el lunes.

«¡Espera!» le dijo Julia a su portátil. «¡No fue Gilbert quien mintió sobre su paradero, fue Dinah! Ella habló por él».

Julia tecleó entonces el nombre de Dinah Wells. Lo único que apareció fue una foto de ella en la biblioteca, en un festival de literatura. Julia estaba a punto de hacer clic en la foto cuando algo la detuvo. Amplió la foto. Allí estaba el agente con el que había visto a Dinah en la biblioteca el martes. Bajó hasta los nombres de la lista: Toby Marshall, del Agente Literario Toby Marshall.

¿Cuándo se celebraba este festival? Miró la fecha: hacía diez meses. Julia pensó un momento. Era más o menos la época en que Hugo empezó a recibir llamadas de un agente. ¿Había conocido Dinah a Toby Marshall en aquel evento y luego le había sugerido que se pusiera en contacto con Hugo? ¿O había sido al revés? En cualquier caso, Hugo se había negado a tener nada que ver con el agente, incluso cuando éste se había presentado en su puerta. Hmmm. Así que ahora Dinah estaba en contacto con el agente. ¿Qué clase de libro estaba escribiendo? Julia esperaba que no tuviera nada que ver con los casos de Hugo, sobre todo los delicados que él le mencionaba a veces.

Julia buscó la empresa de Toby Marshall. Allí estaba. Y ¡mira! En «Noticias» se mencionaba un próximo libro: «¡Grandes noticias para todos los fans de Summersdale Secrets! Pronto saldrá a la venta un libro increíble... ¡y se habla de un programa de televisión! ¡Crucemos los dedos!

Julia entró entonces en un foro que Hugo le había enseñado antes. Estaba dirigido por fans acérrimos de Summersdale. Si se mencionaba algo nuevo sobre la serie, se enteraban al instante. Sí, allí estaba, un enlace al sitio de Toby Marshall y sus «Noticias». Había muchas especulaciones, y la mayoría de la gente suponía que el nuevo libro trataría sobre los miembros del reparto. Julia se desplazó hacia abajo. Era interesante. Un anónimo había publicado que el libro no era sobre la serie, sino sobre el hombre que vivía en la casa donde se rodó la serie. La persona continuó diciendo que el libro trataba de su trabajo y de los secretos que había descubierto durante sus investigaciones. El mensaje terminaba con una nota de disgusto, diciendo que no tenía nada que ver con Summersdale y que el agente y el escritor se estaban aprovechando del éxito de la serie.

Hubo muchos mensajes después de ése pidiendo más información, pero el escritor anónimo no respondió. Julia se preguntó si sería un empleado descontento que trabajaba para Toby Marshall.

Suspiró y cerró el portátil. No estaba mucho más cerca de averiguar quién había matado a Hugo. Sabía que Gilbert y Dinah mentían. Tendría que enfrentarse a ellos. Se le pasó brevemente por la cabeza que debía informar al sargento Pendleton de lo que había averiguado. A ese pensamiento le siguió el de informar al sargento de la nota de Hugo, que seguía en su bolsillo.

Julia volvió a suspirar. Empezaba a parecer una especie de instrumento de viento. Sí, tendría que decírselo al sargento.

Miró el reloj. No podía hacerlo ahora, tenía que visitar a un cliente.

Julia pasó el resto de la tarde limpiando. No podía dejar de pensar en Hugo. Había sido un buen jefe para Dinah, le había traído regalos de sus visitas. Julia les había oído hablar muchas veces de casos en su despacho. Ella siempre había parecido dispuesta a hacer su trabajo. ¿Por qué iba a matar a un jefe que la trataba así?

Una frase se alojó en el cerebro de Julia, algo relacionado con los buenos jefes. ¿De qué se trataba? Algo que había oído. Intentó fijar el pensamiento, pero se le escapó.

Cerró el portátil y se marchó. Ese mismo día, mientras conducía de vuelta a casa, se dio cuenta de que el Hombre Fumador no estaba bajo ninguna farola cerca de su casa. Quizá sólo fuera una coincidencia que hubiera estado allí. Podía tratarse de un hombre corriente, ocupado en sus asuntos.

Julia telefoneó a Caín cuando llegó a casa. Le dijo que habían empezado bien con el cuadro. Julia le habló de su búsqueda en Internet. Cain parecía un poco decepcionado de que ella hubiera

husmeado sin él. Julia le aseguró que le incluiría en su próxima misión de fisgoneo. Caín terminó la llamada dándole las gracias por ser una buena jefa.

¡Una buena jefa! El pensamiento que había empezado a florecer antes surgió ahora con toda su fuerza. Julia se despidió apresuradamente de Cain y colgó el teléfono. Abrió el portátil y no tardó en teclear.

¡Buen jefe! Eso era.

Y allí estaba.

El hombre del coche azul.

Capítulo 19

A la mañana siguiente, Caín subió al coche y dijo: «No puedo creer que ya sea viernes, esta semana ha pasado muy deprisa». Se detuvo al abrocharse el cinturón de seguridad y miró más de cerca a Julia. «¿Qué? ¿Qué te pasa? ¿Tengo algo entre los dientes?».

Julia negó con la cabeza. «No, te lo explicaré mientras conducimos. Anoche me recordaste algo cuando me dijiste que era un buen jefe».

«Pues lo eres», admitió Caín.

«Gracias de nuevo por eso», dijo Julia mientras se ponía en marcha. «Por fin recordé dónde había visto antes a ese hombre, ya sabes, el del coche azul».

«¿El de la casa de Hugo? Sí, ya me acuerdo. ¿Solías trabajar para él? ¿Era tu jefe?»

«No. Hay un programa de televisión que echan de vez en cuando. Trata de los buenos jefes y de cómo los empleados quieren darles las gracias. En cámara, claro, hoy en día todo el mundo quiere salir en cámara. En cualquier caso, las cámaras siguen en secreto al jefe en cuestión durante una semana y graban las buenas acciones que realiza. Al final de la semana, los empleados le cuentan el secreto al jefe. Suelen organizarle una gran fiesta y, normalmente, el jefe está encantado. ¿Quién no lo estaría?»

«Tengo la sensación de que me vas a decir que el hombre del coche azul era el jefe en un espectáculo, y que no estaba contento».

«Exacto», dijo Julia cuando se detuvo delante de una casa adosada. «El hombre, ahora sé su nombre, es William Roper, estaba furioso al principio. Intentaba ocultar su rostro a la cámara, pero al final su equipo le convenció para que sonriera. Pero se notaba que era una sonrisa forzada. Era un programa incómodo y todos parecían avergonzados. En aquel momento me pregunté por qué no le gustaba que le grabaran, así que me fijé más en su cara para ver si era alguien que había sido famoso o alguien que había aparecido en las noticias por razones equivocadas». Apagó el motor.

«¿Y?» preguntó Caín.

Julia se soltó el cinturón. «No le reconocí en absoluto. Pero recordaba su cara. Anoche volví a ver el programa. Sin duda era él, el del coche azul».

«¿Qué vais a hacer con él?»

«Vamos a visitarle cuando acabemos el próximo trabajo de limpieza. Sé dónde trabaja». Sonrió al ver la expresión de la cara de Caín. «A menos que no quieras venir conmigo. Estaré

encantada de fisgonear por mi cuenta. Aunque preferiría no llamarlo fisgonear, creo que hacer averiguaciones suena mejor».

Caín sonrió. «Me encantaría acompañarte mientras haces tus averiguaciones. ¿Qué le vas a decir?».

«Aún no tengo ni idea», respondió Julia con sinceridad.

Treinta minutos después, Julia se dirigía a un polígono industrial de las afueras de Leeds. Caín mordisqueaba un trozo de pan, el último regalo de un cliente preocupado.

Se detuvieron frente a Roper Chemicals y encontraron aparcamiento.

Su primer obstáculo fue la mujer de rostro severo de la recepción. Tenía los mismos labios fruncidos y los brazos cruzados que Julia había visto en muchas recepcionistas. ¿Aprendían eso como parte de su formación laboral?

Julia no se amilanó. Con voz firme, dijo: «Quisiera hablar con el señor William Roper, por favor».

La recepcionista arrugó la nariz como si Julia desprendiera un aroma poco agradable. Con voz nasal dijo: «¿Tiene cita?».

«No, pero es muy importante».

El lateral de la boca de la recepcionista se curvó como si hubiera esperado que Julia dijera eso. «Si no tienes cita, entonces no puedes verlo. Que tengas un buen día».

Julia forzó una sonrisa y continuó. «Tengo que hablar con el señor Roper, es de suma importancia». Se dio cuenta enseguida de que «grave» no era la palabra más respetuosa.

«Sin cita no hay cita. ¿Qué parte de eso no entiendes?».

Julia se acaloró. «La parte que no entiendo es por qué tienes que ser tan grosera. Tengo que hablar con el Sr. Roper, es sobre una investigación de asesinato».

Un guardia de seguridad estaba a su lado en una fracción de segundo. Lo cual era toda una hazaña teniendo en cuenta su tamaño. Su cara roja la fulminó con la mirada. «¿Acabas de decir asesinato? ¿Has venido a matar a alguien?

La recepcionista señaló a Julia con el dedo y dijo: «¡Quiere ver al Sr. Roper! ¡Debe de estar planeando asesinarle! Llama a la policía».

El guardia de seguridad hinchó el pecho. «No hace falta, Daphne, yo puedo encargarme de este asunto». Volvió a mirar a Julia. «¿Planeas asesinar al señor Roper?»

«¡Claro que no!» dijo Julia. La situación se estaba volviendo ridícula. «Quería hablar con él sobre un amigo mío que fue asesinado».

«¿En serio?» Las pobladas cejas del guardia de seguridad se alzaron tanto que parecía que querían salir volando de su cara. «¿Y crees que el señor Roper mató a tu amigo?».

Julia lanzó un grito de frustración. Caín se adelantó y dijo con calma: «Creemos que el señor Roper podría tener información que nos ayudaría en nuestras pesquisas. Somos conscientes de que está ocupado, y es alentador ver que está siendo tan eficiente en sus tareas, pero no le quitaremos mucho tiempo». Se acercó un poco más al guardia y dijo: «La verdad es que estamos en una encrucijada y el señor Roper es nuestra única esperanza. Estoy seguro de que puedes comprender nuestra difícil situación, teniendo en cuenta que te dedicas a hacer cumplir la ley».

El guardia de seguridad se dio un golpecito en la nariz. «Entiendo, no digas más. El señor Roper está en la planta siete, es el despacho del final».

«Pero», chilló Daphne, “¡no tienen cita!”.

El guardia de seguridad se desentendió de su preocupación. «No es asunto tuyo».

Daphne trató de convertirlo en asunto suyo. Julia agarró a Caín del brazo y tiró de él hacia el ascensor mientras la recepcionista, con la cara colorada, atacaba verbalmente al guardia de

seguridad.

En cuanto las puertas del ascensor se cerraron tras ellos, Julia le dijo a Caín: «¿Qué ha sido todo eso? Les has hecho creer que trabajábamos para la policía».

Caín levantó un dedo. Ja, pero nunca dije que lo hiciéramos, ¿verdad? Hicieron sus propias suposiciones. He descubierto que si hablas con convicción, es más probable que la gente te escuche». Se miró los pies y murmuró: «Y pensé que sería mejor decir algo, parecía que ibas a pegar a alguien».

Julia se rió. «¡Me lo estaba pensando! Pero no lo habría hecho, ¡no pongas esa cara de preocupación!».

«¿Ya has pensado lo que le vas a decir al señor Roper?».

Julia asintió. «Voy a decirlo sin rodeos».

«¿Decir qué? preguntó Caín con una nota nerviosa en la voz. «¿Vas a preguntarle si mató a Hugo?».

Capítulo 20

Julia vaciló ante la puerta con el nombre de William Roper. Miró a Caín y dijo: «¿Crees que es una buena idea? Quizá deberíamos haber ido a la policía con esta información».

Caín dijo: «Podemos hablar con él ahora que estamos aquí».

Julia asintió. Llamó con firmeza a la puerta. Inmediatamente se oyó una voz: «¡Entra, Julia Blake! Y trae a Cain Andrews contigo».

Cain y Julia se miraron. Cain dijo: «De repente me siento como en una película de terror. ¿Cómo sabe que estamos aquí? ¿Y cómo sabe nuestros nombres?». Dio un paso atrás y siseó: «¡Julia! ¡Es el asesino! Sabía que descubriríamos que había estado en casa de Hugo y ahora nos ha atraído hasta aquí y va a deshacerse de nosotros».

«Estás exagerando», dijo Julia, sin poder evitar que le temblara la voz. Le tembló la mano cuando agarró el picaporte y lo giró. ¿Iban a encontrarse cara a cara con el asesino de Hugo?

Si William Roper había matado a Hugo, desde luego no daba muestras de remordimiento cuando se levantó de detrás de su escritorio y les dio la bienvenida. Era un hombre alto y delgado que se estaba quedando ligeramente calvo. Les dedicó una gran sonrisa y caminó hacia ellos con la mano extendida. Hablaba con un ligero acento en la voz. «¡Apuesto a que os he dado un susto! No estés tan preocupada. Encantado de conocerte, Julia».

Julia le estrechó la mano con inseguridad. «¿Cómo sabes nuestros nombres?»

«Me lo dijo Hugo Barnes. Tú debes de ser Caín, encantado de conocerte».

Caín estrechó la mano de William y dijo: «¿Cómo sabías que estábamos aquí?».

William se rió y les indicó que se sentaran. Volvió a su asiento tras el escritorio. «He pedido té, llegará enseguida». Miró a Caín. «Y también he pedido galletas».

Julia se sentó. «Estoy muy confusa. ¿Puedes volver a explicarme de qué nos conoces?».

William sonrió. «Supongo que recuerdas haberme visto el lunes por la mañana en casa de Hugo. Prácticamente chocamos. Tenía algo que discutir con Hugo, pero antes de que pudiera ponerme a ello, Hugo me habló de ti y de Caín. Dijo que no me preocupara si me mirabas demasiado fijamente cuando nuestros caminos se cruzaron, por así decirlo. Hugo dijo que eras una persona entrometida por naturaleza y que no podías evitarlo».

Julia se encrespó. «¡Eso no es cierto en absoluto! Qué cosas dices!»

William abrió mucho los brazos. «Pero ahora estás aquí. Supongo que no te has pasado por aquí para hablar del tiempo».

Julia se cruzó de brazos. «Bueno, es que... te vimos el lunes y...». Levantó el dedo. «¿Cómo sabías que estábamos delante de tu puerta?

«Tengo cámaras de vigilancia por todas partes. Causasteis un gran revuelo en recepción. Aquí tienes el té y los aperitivos. Gracias, Sylvia».

Julia tuvo la oportunidad de ordenar sus pensamientos mientras William servía el té. Le acercó a Caín un plato de galletas cubiertas de chocolate. Caín se sirvió, Julia se sintió tentada pero tenía muchas preguntas para William Roper.

Él debió de intuir lo que ella estaba pensando porque dijo: «Adelante, empieza con tu interrogatorio. No me importa».

Julia no sabía si estaba siendo sarcástico o no, seguía sonriendo. Decidió intervenir de todos modos. «¿Sabes que Hugo Barnes fue asesinado? La policía sitúa la hora entre el lunes por la noche y el martes por la mañana». Se detuvo. En realidad no sabía cuándo había muerto Hugo, lo suponía. «Estabas allí después de que nos fuéramos. ¿Puedo preguntarte qué asuntos tenías con Hugo?».

William respondió: «Claro que puedes preguntar, pero ¿puedo preguntarte algo antes? ¿Por qué te interesa tanto? Si Hugo fue asesinado, ¿no debería interrogarme la policía? Les llamé el martes por la tarde, después de ver las noticias sobre la muerte de Hugo. Me puse en contacto con un tal DS Pendleton. Le dije que había estado en casa de Hugo el día anterior. Me ofrecí a ir y hacer una declaración completa sobre por qué estaba allí. Dijo que se pondría en contacto conmigo, pero aún no lo ha hecho».

Julia le dedicó una sonrisa irónica. «Eso responde en parte a tu pregunta. No creo que la policía esté tratando este asunto con la eficacia que podría. Pero el verdadero motivo de mi pregunta es que Hugo me hizo un comentario tonto aquel lunes por la mañana. Dijo que si alguna vez le asesinaban le gustaría que yo investigara su muerte. No creo que tuviera mucha fe en la policía».

Caín se zampó otra galleta.

William la miró pensativo. «¿Por qué crees que dijo eso? ¿Le preocupaba haber descubierto un secreto familiar que no debía? ¿Había recibido ya una amenaza de muerte?

Julia dijo: «Eso es lo que intento averiguar. Intento rastrear sus últimos casos y ver qué había descubierto. Acababa de volver de Nueva York y dijo que a su cliente no le haría ninguna gracia lo que había descubierto. Se refería a su cliente como «ella». Me gustaría averiguar quién era ese cliente y por qué Hugo había estado en Nueva York».

William asintió y dijo: «Eso sería por mí y por mi vida secreta. Hugo descubrió algo sobre mi pasado, algo que había mantenido oculto durante años, algo que podría destruir a mi familia.»

«Ooo», dijo Caín con la boca llena de galleta. Captó la mirada de Julia y sonrió. «Lo siento, pero eso suena dramático».

«Espera a oír mi historia completa», dijo William. «Supongo que sí quieres oír mi historia».

Julia cogió una galleta y dijo despreocupadamente: «Si no te importa».

Capítulo 21

William empezó: «Puede que hayas detectado un ligero acento en mi voz. Soy originario de América, de Nueva York. Crecí en un barrio poco sabroso. Es una forma educada de decirlo. Digamos que el sonido de los disparos no era algo inusual en mi barrio. Me esforzaba mucho en la escuela porque estaba decidido a superarme, quería progresar en el mundo. No te hablaré del nivel de pobreza que vivió mi familia, no es algo que me importe recordar.

«De todos modos, como he dicho, trabajé duro y saqué buenas notas. Mis profesores confiaban en que podría solicitar el ingreso en la universidad. Incluso se habló de una beca».

Miró más allá de Julia, con una mirada lejana en el rostro. «Entonces conocí a María. Nunca había visto a nadie tan guapa. Me enamoré de ella en cuanto la vi. Venía de una gran familia y enseguida me hicieron sentir parte de ella. Seguía pensando en ir a la universidad. María dijo que estaba disgustada pero que me esperaría. Su familia pensó que debía olvidarme de la universidad y concentrarme en formar una familia con María. Incluso me ofrecieron un trabajo en su negocio».

«¿A qué tipo de negocio se dedicaban?» preguntó Julia. Miró de reojo a Caín, que tenía trocitos de chocolate en la boca.

William soltó una carcajada sin gracia. «Se dedicaban a un tipo de negocio del que nadie hablaba. Digamos que se dedicaban a la importación y exportación. Trabajaban a un nivel apenas superior al legal durante las horas diurnas. No quiero hablar de las cosas que hacían que eran ilegales al anochecer. Tenían fama de duros y yo estaba orgulloso de pertenecer a su familia. Pero estaba decidida a ir a la universidad.

«Entonces todo cambió un mes antes de irme a la universidad. María me dijo que estaba embarazada».

«Ah», dijo Julia. «¿Aún así fuiste a la universidad?» Le pasó rápidamente a Caín un pañuelo de papel por debajo de la mesa.

William se encogió de hombros. «¿Cómo iba a ir? No podía dejarla atrás. Le ofrecí llevarla conmigo, pero dijo que no podía dejar a su familia». Sacudió lentamente la cabeza. «Y su familia no la dejaría marchar, me lo dejaron claro. Recuerdo que sentí miedo por primera vez en su presencia. María me suplicó que me quedara, pero su familia insistió en que me quedara. ¿Qué podía hacer?».

Julia añadió: «Parece que no tenías elección».

«No tuve elección, tienes razón, tuve que quedarme. Nos casamos rápidamente, para regocijo de todos, y la familia empezó a introducirme en su forma de hacer negocios. Escucha esto, de hecho me dieron una pistola como regalo de boda. El hermano mayor de María me dijo que debía llevarla siempre conmigo».

Caín se limpió la boca. «Suena a mafia».

William lo miró con dureza. «No eran la Mafia, pero estaban muy cerca de ella».

Julia dijo: «¿Erais felices María y tú? ¿Era niño o niña?»

William negó con la cabeza. «Ninguno de los dos. No estaba embarazada. Me dijo que había perdido al bebé, pero la oí hablar con su madre. Me dijo que me tenía justo donde quería. Me sentí como una tonta. No tardé en ver su verdadera naturaleza, yo no era más que una empleada para ella. Y no pasó mucho tiempo antes de que la familia me pidiera que... me deshiciera de un problema».

Caín se inclinó hacia delante y dijo: «¿Te pidieron que mataras a alguien? ¿Que acabaras con ellos?»

William sonrió. «Ésa es una buena expresión. Sí, me lo pidieron. Fue entonces cuando supe que tenía que escapar».

«Antes de que acabaras llevando zapatos de cemento y nadando con los peces», añadió Caín con complicidad.

Julia miró a Caín con el ceño fruncido. Todo aquel azúcar se le había subido a la cabeza. Estaba a punto de apartarle el plato lleno de galletas cuando se dio cuenta de que ya estaba vacío.

William dijo: -He planeado mi huida. Iba a ir de polizón en un barco a Liverpool. Cargué con todas las pertenencias que pude y luego hice una escapada a medianoche. Estaba listo para subir al barco cuando vi a los hermanos de María en el muelle. Debían de haberme seguido. Me escondí detrás de unas cajas y les observé mientras subían a bordo. Volvieron a bajar un rato después. Oí a uno de ellos murmurar que yo debía de estar a bordo en alguna parte y que me seguirían hasta Inglaterra más tarde y me encontrarían. Se quedaron a un lado del barco mientras éste se alejaba. Mi corazón latía tan deprisa que estaba segura de que me oirían.

«Al final abandonaron los muelles. Me enteré de que el siguiente barco zarparía dentro de tres días, así que me quedé en los muelles haciendo trabajillos, todo el tiempo mirando por encima del hombro. No puedes imaginarte el alivio que sentí cuando subí al barco tres días después. Incluso conseguí ahorrar suficiente dinero para un billete de tercera clase. No quería correr el riesgo de que me cogieran como polizón.

«Cuando llegué a Liverpool descubrí que el barco en el que pretendía navegar se había hundido. No había supervivientes».

Julia jadeó. «¡Qué horror!»

William le dedicó una sonrisa avergonzada. «Me avergüenza decir que la noticia me llenó de alegría. Ahora María y su familia pensarían que estaba muerto. Podía empezar una nueva vida. Y eso fue lo que hice. Me cambié el nombre, conseguí un trabajo y empecé a trabajar todo lo que pude. Me casé y tuve una familia. ¡Ya lo sé! Cometí bigamia. Pero apenas pude pedirle el divorcio a María. No sé si has visto un programa sobre buenos jefes. Salió en la tele el año pasado».

Julia asintió. «Sí que lo vi. Por eso te reconocí».

«No tenía ni idea de que se estaba rodando ese programa. Tenía miedo de que alguien me reconociera. Por suerte, nadie me reconoció. Pensé que mi secreto estaba a salvo. Entonces Hugo Barnes se puso en contacto conmigo. Mi hija, Bethany, le había contratado para que investigara nuestro árbol genealógico como regalo de cumpleaños para mí. Nunca hablé de mis antecedentes

y creo que ella sentía curiosidad al respecto. Hugo dijo que había estado en Nueva York tras descubrir que yo había nacido allí. Cómo lo averiguó, ¡no lo sé! Había encontrado un certificado de matrimonio pero no de divorcio. Sabía que me había vuelto a casar y supuso que mi mujer no lo sabía. En eso tenía razón. Quería avisarme antes de decírselo a Bethany».

A Julia empezó a escocerle el cuero cabelludo. «¿Por qué fuiste a casa de Hugo?».

«Quería convencerle de que no se lo contara a Bethany. Estaba enfadada, lo admito. Tuvimos una buena charla y Hugo dijo que lo mejor era desvelar el secreto. Al final le di la razón. Me fui una hora después». Captó la mirada de Julia. «No, no le maté, si es lo que estás pensando».

«No se me había pasado por la cabeza», mintió Julia. «¿Le has hablado a tu familia de tu pasado?».

William suspiró. «Fue una situación difícil, pero se lo tomaron bien. Debería habérselo contado hace años. Tendré que ponerme en contacto con María y su familia, arreglar las cosas legalmente. Eso no me apetece nada».

Se levantó. «Ahora ya lo sabes. Perdóname, pero tengo que ir a una reunión. Te daré mi número por si tienes más preguntas».

Julia se levantó y cogió la tarjeta que le ofrecía.

William los acompañó fuera de su despacho y hacia el ascensor. Dijo: «No fui el único visitante aquel día. Cuando me iba, se detuvo un coche descapotable. Lo conducía un hombre joven. Lo que más me llamó la atención fue su pasajera, una mujer. Al principio pensé que le ardía el pelo. Pero me di cuenta de que era el sol que se reflejaba en él como un espejo. Nunca había visto un pelo tan brillante. Ah, aquí está el ascensor. Un placer conoceros a los dos. Espero que atrapéis al asesino de Hugo».

Mientras les daba la mano, Julia esperaba no estar dándosela al asesino de Hugo.

Mientras el ascensor descendía, Caín dijo: «Vaya, qué historia. ¿Crees que no mató a Hugo?».

«No estoy seguro. Ha hecho un buen trabajo mintiendo a su familia durante años, podría estar mintiéndonos a nosotros ahora. Ahora sabemos que Dinah Wells visitó a Hugo el lunes, y un coche descapotable parece el tipo de vehículo que conduciría Gilbert. Tendremos que enfrentarnos a ellos».

Capítulo 22

Julia y Caín tenían que visitar a unos cuantos clientes más. Mientras terminaban con el último, sonó el teléfono de Julia.

«Hola, papá. Sí, los dos estamos bien». Miró a Caín y luego continuó con su conversación. «Sí, vale, seguro que le gustaría. Papá, gracias por hacer esto».

«¿Hablabas de mí?» preguntó Caín.

Sí, papá quiere saber si quieres pintar un poco más tu casa. No tiene nada que hacer esta tarde. Ha dicho algo de empezar con el jardín».

A Caín se le iluminó la cara. Miró esperanzado a Julia y dijo: «¿Puedo ir? ¿Hemos terminado por hoy?».

Julia no sabía si reír o llorar ante su expresión. «No necesitas mi permiso. Ya hemos terminado, ahora te dejo. Parece que mi padre y tú os habéis hecho buenos amigos».

Caín asintió. «Ray es un gran tipo».

Esta vez Julia sí se rió.

Lo llevó a casa. Papá les estaba esperando en el jardín delantero, con el cortacésped a su lado. Julia saludó rápidamente, le dijo a Caín que se divirtiera y se marchó.

Llevaba todo el día pensando en la muerte de Hugo. No estaba del todo convencida de que William Roper dijera la verdad. William había ido a ver a Hugo aquel día, pero ¿y si había vuelto más tarde y había decidido silenciar a Hugo de una vez por todas?

Y aún quedaba el misterio sobre Gilbert y Dinah. Algo tramaban. Suspiró. Tendría que contarle sus descubrimientos al DS Pendleton. No quería hacerlo, pero sentía que debía seguir los «canales adecuados».

Condujo hasta la comisaría. No había sitio en el aparcamiento de la policía, así que aparcó en una tranquila calle lateral. Mientras se alejaba del coche, empezó a sentir cosquillas en la nuca. Se dio la vuelta rápidamente y escrutó la calle. Hubiera jurado que alguien la seguía. Volvió a mirar, pero no había nadie.

Se dirigió a la comisaría y pidió hablar con el sargento Pendleton. No tardó en aparecer, con un aire molesto. Julia se sacudió mentalmente: podía ser un buen hombre, pero tal vez no fuera más que un espectáculo. Si era un espectáculo, lo hacía muy bien.

El sargento Pendleton la miró y ladró: «¿Qué quieres ahora? Creía que el inspector Clarke te había dicho que no te metieras en esta investigación. Vuelve a tu limpieza».

Julia respiró hondo e intentó sonreír. «He encontrado información que podría ayudarte en tus pesquisas».

«No necesito tu ayuda. ¿Dónde está Caín el Apestoso? ¿Lo han vuelto a detener? No me extrañaría, es cuestión de tiempo que lo vuelvan a encerrar». Le dedicó una sonrisa de satisfacción. «Espero ser yo quien lo encierre. Lárgate, tengo trabajo que hacer».

«¡Jason Pendleton! No hables así al público».

El sargento Pendleton palideció al mirar al dueño de la voz. Julia también reconoció la voz. Se volvió y sonrió a la madre del sargento Pendleton.

Su madre le devolvió la sonrisa y dijo: «Ah, eres tú, la de la casa del otro día. Qué alegría volver a verte. ¿Cómo estás?

«Bien. ¿Te encuentras mejor después del susto?

La madre del sargento Pendleton se rió e hizo ademán de poner los ojos en blanco. «Me siento como una tonta. No debería haber entrado en casa aquel día. Debería haber dejado que Jason siguiera con su trabajo. Pero no puedo evitarlo, sigue siendo mi hijo pequeño».

El sargento Pendleton se puso al lado de su madre y siseó: «¡Deja de decir eso! ¿Qué haces aquí? Te he dicho que no me molestes en el trabajo».

Su madre entrecerró los ojos y dijo: «No me hables así, jovencito. Sólo pasaba por aquí. He ido al supermercado y tenían tu chocolate favorito en oferta, ese tan caro que te gusta». Metió la mano en el bolso y sacó una tableta envuelta en oro. La empujó hacia el DS Pendleton y dijo: «No estoy segura de que te la merezcas. ¿Sueles hablar a la gente de esa manera tan atroz? ¿Te han entrenado para hacer esto?».

El sargento Pendleton cogió la barra con los ojos bajos. Parecía avergonzado. Julia saboreó el momento. Vio una oportunidad. «He venido a hablarle a tu hijo de una información que he encontrado. Pensé que debía saberlo».

«¿Se trata de ese pobre hombre que vi el otro día? ¿Cómo se llamaba? ¿Hugo?»

«Lo era», confirmó Julia.

La madre del sargento Pendleton dijo: «Jason, ¿no es una buena noticia que los ciudadanos vengan por su propia voluntad a ayudarte? Espero que les hayas dado las gracias».

Julia tentó un poco más a la suerte. «Aún no ha tenido ocasión de escucharme».

«¡Oh! ¡Entonces no dejes que te detenga! Tengo un millón de cosas que hacer». La madre del sargento Pendleton se volvió hacia Julia y le dijo: «Encantada de volver a veros, espero que solucionéis lo del asesinato».

Les saludó con la mano y salió de la comisaría. Julia sintió que el sargento Pendleton la miraba. Se volvió hacia él y le dijo: «Bueno, ¿empiezo? Podemos compartir ese chocolate si quieres».

El sargento Pendleton soltó una carcajada. «Realmente eres una mujer molesta, la DI Clarke tenía razón sobre ti. Pero admiro tu determinación. Vamos, iremos a mi despacho. Y, no, puedes comprarte tu propio chocolate. Dos palabras que no van juntas en mi vocabulario son 'chocolate' y 'compartir'».

«Lo entiendo perfectamente», dijo Julia con una sonrisa. Se sintió aliviada de que la tensión entre ellas hubiera desaparecido. Quizá, después de todo, el sargento Pendleton pudiera resolver el asesinato de Hugo.

Escuchó atentamente mientras Julia le explicaba lo de Dinah Wells y Gilbert Barnes. Tomó notas mientras ella continuaba con su conversación sobre William Roper.

Dejó el bolígrafo y dijo: «Gracias por todo. Veo que tengo que hacer algunas preguntas». Hizo una pausa y pareció debatirse con algo en la cabeza. «Siento haber sido tan dura con Caín, no se

lo merece. Creo que me enfado cuando le veo porque me recuerda los terribles momentos que pasamos mamá y yo cuando vivíamos en la finca Clover. No estuvimos allí mucho tiempo, pero aún recuerdo cómo mamá lloraba de cansancio después de trabajar tres veces al día. Se sintió muy aliviada cuando por fin nos mudamos de aquella urbanización. Casarse con papá fue lo mejor que le pudo pasar».

«¿Papá? ¿Tu verdadero padre?»

La barbilla del sargento Pendleton se alzó orgullosa. «Mi verdadero padre murió en combate, fue un héroe de guerra. Murió cuando yo era joven, ni siquiera me acuerdo de él. Ahora considero que mi padrastro es mi padre, aunque he conservado el apellido de mi verdadero padre. Volvamos a la investigación. Quizá puedas ayudarme con algo que encontramos en la cocina, o debería decir, algo que no encontramos».

El sargento Pendleton se interrumpió al abrirse de golpe la puerta de su despacho. Un policía con la cara roja dijo: «Sargento, siento interrumpir, pero su madre está aquí».

El sargento Pendleton maldijo y dijo: «¿Qué quiere ahora? Dile que estoy ocupado».

El policía prosiguió. «Lo siento, señor, no puedo hacerlo. Está un poco alterada. Dice que acaba de matar a un hombre».

Capítulo 23

El sargento Pendleton salió corriendo de la habitación y Julia lo siguió.

Encontraron a su madre sentada en una silla de la recepción principal, con la cabeza entre las manos. Sollozaba desconsoladamente. Los policías que estaban a su lado parecían incómodos.

«¡Mamá! ¡Mamá! Soy yo, cálmate. Respira hondo», el sargento Pendleton se arrodilló a su lado, con la mano en la espalda.

Los sollozos disminuyeron y su madre acabó por levantar la vista. Julia le tendió un pañuelo. Menos mal que siempre tenía alguno a mano.

El sargento Pendleton volvió a hablar: «Mamá, cuéntame qué ha pasado. Tómate tu tiempo».

Su madre se secó los ojos y le miró. Con voz apenas por encima de un susurro, dijo: «¡Lo he matado! ¡Salió de la nada! ¡No pude parar el coche! Jason, lo siento mucho».

El sargento Pendleton le acarició la espalda mientras un nuevo torrente de llanto se apoderaba de ella. Esperó pacientemente hasta que ella estuvo preparada para volver a hablar.

Le tembló la voz cuando dijo: «Cuando te dejé, fui a mi coche. Había aparcado en aquella callecita a la vuelta de la esquina. Me monté en el coche y estaba a punto de salir cuando vi a un hombre desaliñado que intentaba entrar en un coche azul claro más adelante. Creo que he visto ese coche antes, tiene un pequeño logotipo en la parte de atrás».

Los labios de Julia formaron una línea sombría. Parecía su coche. No quería interrumpir a la madre del sargento Pendleton.

Su madre continuó: «Bueno, no sabía qué hacer. No quería volver a la comisaría porque temía que se escapara. Así que conduje despacio y le hice sonar el claxon. Dio un respingo y me miró. Me aseguré de que las puertas estaban cerradas. Volví a pitar varias veces. Tuvo el efecto deseado. Salió corriendo por la carretera y dobló la esquina. Te aseguro, Jason, que mi corazón latía muy deprisa».

«Mamá, deberías haber vuelto aquí para avisarme, o podrías haber llamado por teléfono. Te has puesto en peligro, no vuelvas a hacerlo».

Ella le dio unas palmaditas en la mano y le dedicó una sonrisa de agradecimiento. «Ya lo sé. Lo siento, no estaba pensando». Su sonrisa se apagó. «Seguí conduciendo y, al doblar la curva en lo alto de la carretera, el mismo hombre... ¡Oh! Jason, saltó hacia mí. ¡Parecía tan enfadado! Grité y me llevé las manos a los ojos. Entonces...», se estremeció. «Oí un ruido sordo y sentí el

ruido sordo. El tiempo pareció detenerse cuando me di cuenta de lo que había hecho. Le había atropellado. No me había detenido cuando saltó hacia mí. Creo que le he matado».

El sargento Pendleton dijo suavemente: «Tranquila, mamá, nadie va a culparte. ¿Dónde está ahora?»

Su madre tragó saliva y trató de serenarse. «Sigue en la carretera. Le he tomado el pulso y le he gritado para ver si se movía. Pero no respondió».

El sargento Pendleton se enderezó. Señaló a los policías que estaban detrás de su madre y dijo: «Id a echar un vistazo. Os seguiré en un minuto o dos». Se volvió hacia Julia y le dijo: «¿Te importaría vigilar a mi madre un rato? Llamaré a papá y le diré que venga a buscarla».

Julia asintió. «Por supuesto. ¿La llevo a tu despacho?».

«Sí, gracias. Haré que os traigan una taza de té». Le dio a su madre un rápido apretón en los hombros y le dijo que no tardaría.

Julia llevó a su madre a su despacho y la sentó en una silla. Dijo: «Creo que no nos han presentado bien. Soy Julia Blake, tengo un negocio de limpieza. Eso es lo que estaba haciendo en casa de Hugo el martes».

«Yo soy Vivianne. Debes de pensar que soy una tonta. Parece que siempre estoy llorando delante de ti».

«No pienso eso en absoluto». Julia estaba desesperada por preguntarle qué aspecto tenía el hombre que había intentado entrar en el coche de Julia. ¿Era el Hombre Fumador? ¿La había estado observando antes? Miró a Vivianne, unas lágrimas frescas rodaban por sus mejillas. Julia necesitaba distraerla. «Háblame de Jason, debes de estar muy orgullosa de él».

Vivianne se animó de inmediato. «Estoy muy orgullosa. Muy orgullosa. No tuvimos los mejores comienzos, pero ha trabajado muy duro para llegar a donde está. Está decidido a ascender. No para de decirme lo bien que lo está haciendo y lo contenta que está la DI Clarke con sus progresos».

Julia no hizo ningún comentario. La puerta se abrió y un agente de policía de aspecto amable dejó una bandeja con cosas para tomar el té.

Julia preguntó a Vivianne cómo tomaba el té. Vivianne le hizo un gesto con la mano y dijo: «Suelo tomar un chorrito de limón, intento impresionar a la gente con mi sofisticación. No quiero que la gente sepa de dónde vengo». Suspiró y luego sonrió a Julia. «Al diablo con el limón, échale leche. Y también un par de terrones de azúcar».

Julia así lo hizo. Escuchó cómo Vivianne hablaba más de su hijo. Parecía que se estaba olvidando del hombre al que acababa de derribar.

El sargento Pendleton volvió diez minutos después. Tenía el rostro serio. Dijo: «Mamá, el hombre ha muerto. No quiero que te preocupes más por él. Me has contado lo que pasó y eso me basta. Tendré que tomarle declaración formal más tarde, quizá mañana. Papá está aquí, espera fuera en el coche. Vamos, te has llevado un susto terrible». Se volvió hacia Julia. «Gracias por cuidar de ella. Me pondré en contacto contigo por el otro asunto. ¿Puedes acompañarme?»

«Por supuesto», dijo Julia. Esperó mientras el sargento Pendleton acompañaba a su madre a la salida. Vivianne se despidió de ella.

Dos minutos después, Julia se dirigió con cautela hacia su coche. Esperaba que el hombre no hubiera dañado la cerradura del coche. Le vendría bien no tener que llamar a un mecánico. Inspeccionó la cerradura. Todo parecía en orden. Entró y arrancó el motor. ¿Por qué querría alguien forzar su coche? Miró hacia delante. La policía había acordonado la mitad de la carretera, así que se vio obligada a conducir despacio por el lado contrario. Un policía de rostro adusto le hizo señas para que pasara.

Julia no quería mirar al hombre tendido en el suelo, pero un instinto la obligó a hacerlo. El hombre que yacía en un charco de sangre era el Hombre Fumador.

Capítulo 24

En cuanto llegó a casa, Julia telefoneó al sargento Pendleton. Como no contestaba, le dejó un mensaje sobre el Hombre Fumador. En su mensaje no se refirió a él como tal, sino que dijo que lo había visto merodeando y que eso había ocurrido después de la muerte de Hugo. Terminó su mensaje diciendo que creía que el hombre estaba relacionado de algún modo con el asesinato de Hugo. Pidió al DS Pendleton que le devolviera la llamada.

No lo hizo. Julia supuso que estaba demasiado ocupado. Esperaba que cuando la policía descubriera la identidad del hombre, averiguaría su relación con Hugo. De repente se le ocurrió una idea: ¿era el Hombre Fumador el asesino? ¿Por qué no se lo había planteado antes? Sabía por qué, estaba demasiado obsesionada con que Dinah, Gilbert o William Roper fueran los posibles asesinos.

Papá llamó más tarde para ponerse al día. «Me lo he pasado genial con Caín. Aprende rápido y trabaja mucho. Hemos empezado bien a pintar la carpintería de su casa. Debo decir que tiene mejor aspecto que cuando le conocimos. Ahora parece menos embrujado, más una persona normal. Me alegro de que le dieras una oportunidad».

«Yo también», admitió Julia.

Papá continuó: «Mañana empezaremos a trabajar en el jardín, puedes ayudar si quieres».

Julia puso mala cara, contenta de que su padre no pudiera verla. «No estoy segura, ya sabes que la jardinería no es lo mío».

Papá se rió. «Ya lo sé. Pero hay algo más. Lo mencionaré ahora porque creo que a Caín le da vergüenza decirlo».

«Continúa», dijo Julia, picada por la curiosidad.

«Es el interior de su casa, la cocina en particular», explicó papá. «No tiene valor para limpiar los armarios. No quiere ver las cosas de su abuela. Se enfadó y me dijo que los armarios necesitaban una buena limpieza y que a su abuela no le haría ninguna gracia que estuvieran tanto tiempo abandonados.»

«Y le gustaría que yo los limpiara», terminó Julia por él.

«Si puedes. Pero, ¿puedes hacer ver que es idea tuya? No digas que te lo he dicho yo. No quiero que piense que hablo a sus espaldas, aunque sea así. Creo que está empezando a abrirse a mí, no quiero perder la confianza que hemos creado entre nosotros».

Julia sonrió. «Eres muy amable, papá. Te mando un abrazo por teléfono».

«No hace falta que seas tan sentimental», dijo él. Luego soltó una risita. «¡Lo he pillado! Ha sido un gran abrazo. Hasta mañana. Bien temprano».

Julia se arrepintió de su ofrecimiento en cuanto abrió los ojos a la mañana siguiente. Se había acostumbrado a acostarse los sábados. Gimió y se levantó de la cama.

Treinta minutos más tarde se detuvo frente a la casa de Caín. Tenía mejor aspecto. Habían pintado las ventanas y parecía que Caín y papá estaban lijando la puerta principal.

Julia se acercó a los dos y le entregó un sobre a Caín.

«¿Qué es esto?», dijo.

«Tu salario».

«Pero yo...» empezó Caín.

«Y una oferta formal de empleo, con un contrato para firmar si decides aceptar el trabajo», dijo Julia.

«Pero yo...» Caín levantó la vista del sobre, con los ojos húmedos. «Gracias, muchas gracias».

«Yo debería darte las gracias», dijo Julia. «Me has ayudado mucho esta semana. Si seguimos trabajando juntos a este ritmo, podremos aceptar más clientes. Y, por supuesto, tendrás que aprender a conducir para poder tener tus propios clientes. ¿Te parece bien?»

Caín asintió, con la barbilla ligeramente temblorosa. Parecía como si no confiara en sí mismo para hablar.

Julia dejó atrás todos los pensamientos sobre su cómoda cama y dijo: «He pensado en venir a echarte una mano, hoy no tengo nada más que hacer. Aunque no voy a hacer ningún trabajo de pintura ni de jardinería. ¿Qué tal algún trabajo dentro?» Esperando que su tono siguiera siendo informal, añadió: «¿Hay que limpiar algún armario?».

A Caín se le iluminó la cara. «Bueno, iba a limpiar los armarios de la cocina. Podrías hacerlo por mí, si no te importa. Gracias».

«Considéralos hechos», dijo Julia con una sonrisa. Papá le envió un guiño secreto. Julia se dirigió hacia la puerta trasera y la cocina. Papá gritó: «Pon la tetera mientras estás ahí, cariño».

Julia preparó bebidas para todos y empezó a ordenar los armarios. Echó un vistazo a la cocina, había que renovarla, pero tenía un aspecto antiguo y acogedor. Sacó todos los utensilios y los apiló sobre la mesa. Limpió a fondo los armarios. Se sentó sobre los talones y asintió para sí misma.

Mientras colocaba las cosas en su sitio, vio una vieja lata de galletas en el rincón más alejado de un armario. ¿No tendría galletas? Mejor que lo comprobara, no quería que su nueva empleada se intoxicara. Dentro de la lata había un cuaderno maltratado. Como era una entrometida, Julia lo abrió y leyó la primera página. Se le saltaron las lágrimas. Tendría que enseñárselo a Caín.

Terminó de ordenar la cocina y sacó el cuaderno fuera. «Caín, he encontrado esto en uno de los armarios. Creo que deberías tenerlo».

La cara de Caín se ablandó al mirar el cuaderno. Lo cogió y sonrió. «Me había olvidado de esto. Era el libro de instrucciones de la abuela para los productos de limpieza. Le gustaba hacer los suyos». Miró a Julia. «Igual que a ti. Puedes quedártelo».

«¡No! Pertenece a tu abuela. No puedo quedármelo».

Caín le tendió el libro: «Creo que a ella le gustaría que lo tuvieras. Te pareces mucho a ella. A mí no me sirve de nada, no tengo paciencia para buscar todos esos ingredientes. Y si preparas algún producto, me encantaría verlo y olerlo. Por favor, cógelo. Has sido muy amable conmigo, es lo menos que puedo hacer».

Julia cogió el libro, enjugando las lágrimas que habían aparecido de repente. Estaba deseando echarle un buen vistazo. «¿Hay algo más que quieras que haga en tu casa?».

Papá llegó a su lado y la rodeó con el brazo. «Vete a casa. Veo que quieres echar un vistazo al interior de ese libro. Prepararás algunas lociones y pociones antes de que acabe el día».

«Haces que parezca una bruja», dijo Julia. «Vale, si insistes».

Papá soltó el brazo y lo colocó alrededor de los hombros de Caín. El joven pareció crecer y su sonrisa se ensanchó al mirar a su nuevo héroe.

Julia tuvo presente aquella imagen feliz mientras se alejaba.

Era la misma imagen que la mantuvo en pie cuando el lunes recibió las malas noticias sobre Caín.

Capítulo 25

Era curioso. Caín solía esperarla en la puerta de su casa por las mañanas. Sabía que ella lo recogería a esa hora. Ella le había dicho que los lunes empezaban temprano.

Julia apagó el motor del coche y se bajó. Tenía las cortinas abiertas para que no pareciera que estaba en la cama. Frunció el ceño, algo no iba bien. Llamó a la puerta principal y luego a la trasera. Miró por las ventanas del salón y de la cocina. No lo veía por ninguna parte. Llamó a su teléfono, pero le saltó el contestador.

Julia regresó a su coche y subió. Llamó a su padre y le explicó lo que pasaba.

Papá parecía tan confuso como ella. Dijo: «Hablé con él ayer por la tarde y hablamos de ir a pescar. ¿Te puedes creer que nunca haya ido a pescar? Estaba muy emocionado. Me dijo que iba a acostarse temprano, que quería estar despierto para cuando le recogieras. ¿Dónde crees que está?

«No lo sé -respondió Julia. Un sentimiento de inquietud empezaba a crecer en su estómago, pero se lo guardó para sí. «Tendré que seguir con mi trabajo, Ivy va a ir a la peluquería esta mañana y quería que hoy llegara temprano a su casa».

Se despidieron y Julia colgó el teléfono. Estaba a punto de ponerse en marcha cuando su teléfono volvió a sonar. Lo cogió y dijo: «¿Cain? ¿Eres tú?

Lo era, pero apenas lo reconoció, su voz sonaba tan apagada y casi mecánica. Dijo: «Siento no haber estado allí esta mañana, pero me han detenido por el asesinato de Hugo Barnes. La policía me detuvo ayer. Siento mucho haberte decepcionado, Julia. Tengo que irme. Adiós».

«¡No! ¡Espera!» gritó Julia. Demasiado tarde, se había ido.

¿Cain detenido? ¿Después de lo que dijo el DS Pendleton el viernes sobre dejarlo solo? Julia sintió que la ira le recorría el cuerpo. Esto no podía estar ocurriendo. De ninguna manera iba a dejar a Caín solo.

Llamó rápidamente a Ivy para decirle que tenía que cancelar su visita. Ivy dijo que lo entendía y añadió: «Si estás investigando uno de tus asesinatos, ¡hazme saber todos los detalles sangrientos más tarde!».

Julia telefoneó entonces a papá y le contó la llamada de Caín.

«¡Qué disparate! ¿Por qué motivo le han detenido? ¿Qué pruebas tienen? ¿Tiene abogado?

«No lo sé», contestó Julia. «Pero ahora voy a la comisaría a averiguarlo».

«Nos vemos allí».

Esta vez Julia consiguió aparcar en el aparcamiento de la policía. Entró corriendo en la comisaría y fue recibida inmediatamente por el sargento Pendleton. La amabilidad que había mostrado el otro día había desaparecido por completo. Tenía una mirada acerada, casi calculadora. Dijo: «Pensé que aparecerías».

Julia estalló: «¿Por qué has detenido a Caín? ¿Qué pruebas tienes? ¿Y qué hay de lo que te dije el viernes sobre Dinah y Gilbert?

Él levantó la mano para silenciarla. «No necesitamos hacer más averiguaciones, hemos encontrado a nuestro asesino. Hemos encontrado las huellas de Caín en el arma homicida».

«¡Te lo dije en mi declaración! Os dije que Hugo le tiró el pisapapeles a Caín en nuestra visita del lunes. Por supuesto que sus huellas están en el arma del crimen!»

El sargento Pendleton la fulminó con la mirada. «Por favor, baje la voz, señorita Blake, está montando una escena».

Julia estaba a punto de decir: «¡Me da igual!», cuando alguien la agarró de la mano. Era papá. Le dedicó una sonrisa de apoyo y se volvió hacia el sargento Pendleton. «Buenos días, soy Ray Rosenthorpe. Soy el padre de Julia y un buen amigo de Cain Andrews. Creo que lo tenéis detenido. ¿Podríamos verle, por favor?»

La mirada del sargento Pendleton se desvaneció ante la cortés sonrisa de Ray. También pareció darse cuenta de que sus colegas le miraban fijamente. Julia no sabía si sus miradas eran de apoyo o de hostilidad hacia el sargento. El sargento Pendleton dijo: «Puedes verle unos minutos. Te llevaré hasta él».

«Muchas gracias», dijo papá mientras agarraba con fuerza la mano de Julia.

Siguieron al DS Pendleton por un pasillo y entraron en una sala que contenía cuatro celdas. A Julia casi se le partió el corazón cuando los condujo a la celda de Caín. La vida parecía haber desaparecido del joven. Estaba sentado en una cama estrecha, encorvado, mirando al suelo. Parecía como si ya le hubieran declarado culpable.

El sargento Pendleton dio un paso atrás y dijo: «Puede disponer de dos minutos. Y antes de que pregunte, señorita Blake, no voy a ir a ninguna parte».

Papá y Julia se acercaron a la celda. Cain levantó la vista y les dedicó una pequeña sonrisa. «No teníais que venir aquí. No quería que me vierais así, me siento avergonzado».

Julia dijo: «¿Puedes acercarte y contarnos qué ha pasado? ¿Por qué cree la policía que mataste a Hugo?».

Caín se levantó y se acercó arrastrando los pies. No parecía haber dormido en días. Dijo: «La policía encontró mis huellas en el pisapapeles».

Julia refunfuñó y dijo: «Sí, eso me han dicho». Esperaba que el sargento Pendleton estuviera escuchando atentamente. «Le dije a la policía en mi declaración inicial que habías tocado el pisapapeles».

Cain asintió. «Yo también. Pero encontraron más pruebas. ¿Recuerdas aquellas tazas antiguas que tenía Hugo? Nos sirvió té en ellas en nuestra primera visita».

«Me acuerdo. ¿Qué pasa con ellas?»

«La policía encontró dos de las tazas en el armario de mi cocina».

A Julia se le erizaron los pelos de la nuca, pero no dijo nada.

Cain continuó: «Al parecer, cuando la policía estuvo en la escena del crimen el martes por la mañana, descubrió que faltaban dos tazas de té y que había dos ganchos vacíos en el armario de Hugo. Supusieron que el asesino había bebido de las tazas el lunes con Hugo, y dejó sus huellas dactilares en ellas por accidente. La policía supone que el asesino se llevó las dos tazas, ya que no recordaba qué taza había utilizado. La policía me ha dicho que el asesino no se habría

limitado a lavar las tazas, ya que podría haber dejado ADN en ellas».

Julia asintió. «Ya veo. Vaya conclusión a la que ha llegado la policía». Casi podía sentir el aliento del sargento Pendleton detrás de ella. «¿Y cuándo te detuvo la policía?»

«Ayer por la tarde. Salí a dar un paseo y, cuando volví, el sargento Pendleton y sus hombres me estaban esperando. Dijeron que les habían avisado de que las tazas estaban en mi casa».

«Ya veo», volvió a decir Julia, manteniendo la calma. Se volvió hacia el sargento Pendleton. Dio un respingo, estaba a escasos centímetros de ella. ¿No había oído hablar del «espacio personal»? Dijo: «¿Has encontrado ADN de Caín en las tazas?».

«Aún no».

Julia dijo: «¿Y ésas son todas las pruebas que tenéis de Caín, las tazas de té y el pisapapeles?».

«Es suficiente», respondió el sargento con suficiencia. «Se acabó el tiempo».

Julia tenía una pregunta más. «¿Has averiguado la identidad del hombre al que atropellaron ayer?».

El sargento Pendleton frunció el ceño. «No, ¿por qué?»

«Intenté llamarte el viernes para hablarte de él. Ese hombre me había estado siguiendo, y sólo empezó después de la muerte de Hugo. Creo que tiene algo que ver con su asesinato».

«Y creo que deberías meterte en tus asuntos», dijo el DS Pendleton. «Ese hombre no era más que un viejo vagabundo. Ya puedes marcharte».

Julia se volvió hacia Caín y le dedicó una amable sonrisa. Bajó la voz y dijo: «Caín, sé que tú no lo hiciste. Y voy a demostrártelo. Aguanta, sé fuerte».

Caín asintió.

Papá se adelantó y dijo: «Organizaré nuestro viaje de pesca, muchacho. Y tenemos trabajo que hacer en tu casa. Mantén la cabeza alta».

«Lo intentaré, Ray. Gracias».

Julia odiaba dejar a Caín. Sentía un deseo irrefrenable de darle un golpe en la cabeza al sargento Pendleton, robarle las llaves y soltar a Caín. Sacudió ligeramente la cabeza y se recordó a sí misma que no estaba protagonizando una película del oeste.

No dijo ni una palabra mientras salía de la comisaría con papá. Cuando llegaron a su coche, se volvió hacia papá y le dijo: «Caín no mató a Hugo, eso lo sé seguro. Esas tazas de té estaban plantadas en casa de Caín. Limpié esos armarios el sábado por la mañana y no había ni rastro de esas tazas. Creo que el verdadero asesino las puso allí. Has visto la escasa seguridad de las puertas de Cain, cualquiera podría haber entrado».

Papá dijo: «¿Por qué no se lo dices a la policía?».

«Ya has conocido al DS Pendleton, ¿crees que me creería? Y le guarda rencor a Caín. Parecía muy contento de ver a Cain encerrado. No, voy a tener que investigar el asesinato de Hugo por mi cuenta. Quiero a Caín fuera de esa celda».

Papá la rodeó con el brazo y le dijo: «No estás sola, amor, yo te ayudaré».

Capítulo 26

«¿Adónde iremos primero?» preguntó papá.

Julia miró el reloj. «Suelo estar en casa de Hugo a esta hora los lunes». Se quedó pensativa un momento. «Tengo la sensación de que me estoy perdiendo algo, algo evidente. Creo que deberíamos ir a casa de Hugo y echar un buen vistazo, a ver si me he perdido algo».

En un tono excesivamente informal, papá dijo: «Ahí es donde graban Los secretos de Summersdale, ¿no?».

Julia sonrió. «No creía que fuera tu tipo de programa».

Papá se encogió de hombros: «Puedo tomarlo o dejarlo. A tu madre le encanta, yo la veo sólo para hacerle compañía».

«¿Quieres venir conmigo? Puedes echar un buen vistazo. Seguro que a Hugo no le habría importado. Creo que Hugo te habría caído bien, era un buen hombre». Julia parpadeó. ¿De dónde habían salido aquellas lágrimas?

Papá le dio unas palmaditas en la espalda y le dijo: «Venga, contrólate. Ya sabes cómo soy, si te pones a llorar, me pongo yo».

Julia se rió y asintió. «Perdona, ¿quieres seguirme hasta allí en tu coche? ¿Conoces el camino por si te pierdo?».

Papá volvió a encogerse de hombros. «Sé dónde está la casa. Puede que la haya mirado en Internet, una o dos veces».

Julia apretó los labios. Hablaría con mamá más tarde y vería exactamente quién insistía en vigilar Summersdale Secrets.

Llegaron juntos a casa de Hugo. Julia salió del coche justo a tiempo para ver la cara de asombro de su padre. Y, al igual que con Caín, su mirada se convirtió en decepción. Salió del coche y dijo: «Es mucho más pequeña de lo que parece en la tele. ¿Estás seguro de que es la casa correcta?

«Lo es. Es la magia de la televisión la que la hace más grande. Y los gráficos por ordenador. Vamos, aún tengo la llave».

Julia pasó unos momentos enseñándole la casa a papá. Le dejó recrear la famosa salida de la puerta trasera al jardín. Le pidió que hiciera unas fotos. «Por el bien de tu madre, no por el mío», le explicó.

Julia miró en la gran cómoda donde estaba guardado el antiguo juego de té. Dos ganchos

estaban vacíos. La tetera, la lechera y el azucarero seguían allí. Caín tomó azúcar y leche en su té. Si hubiera vuelto a casa de Hugo el lunes por la noche y hubiera tomado el té con él, seguramente también habría utilizado la jarra de leche y la azucarera. Y entonces también habría tenido que llevárselos. Esto no tenía ningún sentido.

Los dos se sobresaltaron cuando llamaron a la puerta principal.

Papá abrió mucho los ojos y susurró: «¡Hay alguien en la puerta! ¿Crees que es el asesino? Podrían estar siguiéndote y ahora han decidido deshacerse de ti de una vez por todas». Cogió un paño de cocina y lo levantó. «¡Pues no se lo permitiré!».

Julia negó con la cabeza. «¿Qué vas a hacer con eso? ¿Secarlos hasta la muerte? Espero que sea el asesino, tengo unas cuantas palabras que decirles».

La persona que llamaba a la puerta era un desconocido. Un hombrecillo de dientes blanquísimos les sonrió al abrirse la puerta. Julia se estremeció ante el brillo.

«Hola», empezó el hombre. Extendió la mano y dijo: «Soy Walt B. Montague. ¿O debería llamarme la montaña?».

«¿Cómo dices? dijo Julia mientras le estrechaba la mano; le parecía de mala educación dejarle la mano en el aire.

Walt B. Montague soltó una risita. «Ya conoces el dicho: 'si Mahoma no viene a la montaña, entonces la montaña debe venir a Mahoma'».

Julia retiró la mano. «¿Perdona? Estoy confusa».

Walt volvió a reírse. «He estado intentando ponerme en contacto con Hugo Barnes. Nos conocimos la semana pasada en Nueva York. Prometió llamarme por teléfono, pero no he sabido nada. He intentado llamarle muchas veces, pero sin éxito. Así que me dije: 'Walt B. Montague, tienes que coger el toro por los cuernos. Sé la montaña'. Y aquí estoy. Tengo la casa adecuada, ¿verdad?».

Julia se puso a un lado e indicó a Walt que entrara. Dijo: «Soy Julia Blake, limpio para Hugo. Y éste es mi padre, Ray».

Papá extendió la mano y dijo: «Ray T. Rosenthorpe, encantado de conocerte. Tienes unos dientes preciosos».

«T?» dijo Julia. «No sabía que tuvieras segundo nombre».

«Es Thomas», contestó papá, estrechando aún la mano de Walt.

Julia miró la cara sonriente de Walt. No quería ser ella quien le diera malas noticias, pero tendría que hacerlo.

Lo llevó a la cocina y lo sentó. Le explicó lo más suavemente que pudo la muerte de Hugo. No le dijo que lo habían asesinado.

«Qué pena», dijo Walt, sacudiendo ligeramente la cabeza. «Hugo me caía muy bien, era un gran tipo».

«¿De qué os conocíais?» preguntó Julia.

«Nos conocimos en una oficina de registros públicos. Yo estaba buscando algo y él también. Teníamos que utilizar la misma máquina, pero él insistió en que yo la utilizara primero. Nos pusimos a charlar. Me habló de su trabajo y de lo mucho que le gusta investigar la vida de la gente corriente. Yo trabajo en el mundo del espectáculo y sé lo que es bueno cuando lo huelo. Perdón por la expresión. Hablamos de que se trasladara a Estados Unidos durante un tiempo para poder trabajar allí en sus proyectos de árbol genealógico. Le dije que podríamos convertirlo en una especie de reality show, a la gente le encantan. Me dijo que estaría bien, siempre que él estuviera detrás de la cámara. Me las arreglé para firmar un contrato antes de que se fuera. Me dijo que primero tenía cosas que arreglar aquí. Quería informar a su ayudante de sus planes».

Julia dijo: «¿Iba a traer a su ayudante con él?».

Walt negó con la cabeza. «No, tenemos un equipo de producción completo, no necesitamos más personal. Iba a hablar con su ayudante cuando volviera al Reino Unido, y luego íbamos a organizar el viaje. Le quería de vuelta en América cuanto antes». Suspiró. «Es una pena por él, estaba deseando hacer el programa».

Julia pensó en lo que Hugo le había dicho el lunes pasado. Le había dicho que tenía una noticia que contarle, algo que afectaría a las horas que ella trabajaría. Debía de estar hablando de su nuevo trabajo en América. A ese pensamiento le siguió otro. Dinah había estado aquí el lunes por la noche. ¿Hugo le había contado sus planes? ¿Le había golpeado en la cabeza con rabia? Era una posibilidad. Tenía que hablar con Dinah. Había algunas cosas que debían aclararse.

Walt B. Montague se levantó. «Supongo que será mejor que regrese al hotel. Estaba deseando explorar esta parte de las Islas Británicas. He oído hablar muy bien de Yorkshire».

Papá se levantó. «¡No puedes venir hasta aquí y no ver Yorkshire! Puedo llevarte de excursión, si quieres». Miró a Julia y añadió: «Si no me necesitas».

«No, adelante», dijo Julia. Estaría mejor hablando sola con Dinah.

Walt juntó las manos. «Eso sería estupendo, Ray, gracias».

Los dos salieron de casa de Hugo, charlando amistosamente mientras avanzaban.

Julia tenía que ocuparse de algunas tareas de limpieza más. Cuando terminó, se dirigió a Leeds y pronto entró en la biblioteca con una mirada decidida.

No se marcharía hasta obtener respuestas de Dinah West.

Capítulo 27

Julia encontró a Dinah en el extremo opuesto de la sala de archivos. La risa de Dinah tintineaba en el aire como un delicado instrumento musical. Cuando Julia se acercó, vio a Dinah riendo con un joven vestido con una especie de uniforme de seguridad. Dinah se pasaba un dedo por el pelo imposiblemente brillante y sus ojos centelleaban ante el joven mientras hablaba.

Dinah dijo: «¡Oh, eres demasiado gracioso! Podría escuchar tus chistes todo el día».

«Tengo otro chiste para ti. Un gorila entra en un bar...», empezó el hombre.

«Ese ya lo he oído», interrumpió Julia. «Dinah, perdona que te moleste en el trabajo, pero ¿podría hablar contigo?».

Dinah sacó el labio y dijo: «Pero estoy ocupada. ¿No puedes volver otro día?».

Este ridículo acto no iba a funcionar con Julia. Se dio cuenta de que había otros miembros del personal paseando por la habitación. Julia levantó la voz y dijo: «Puedo volver mañana. No debería estar aquí. Debería informar a la policía de tus movimientos del lunes, cuando fuiste a visitar a Hugo. Sé que me dijiste que no lo habías hecho, pero tengo el nombre de un testigo que afirma que sí lo hiciste. Eso te sitúa en la escena del crimen más o menos a la hora en que asesinaron a Hugo».

Julia oyó unos cuantos jadeos en la sala.

La sonrisa de Dinah desapareció. La sustituyó una mueca de desprecio. Dinah dijo: «¿Por qué debería ir contigo?».

Julia se encogió de hombros. «No tienes por qué. Sólo pensé que querrías limpiar tu nombre, ya que eres sospechosa de asesinato. Haré saber a la policía que mentiste sobre tu paradero». Julia esperaba que Dinah no se echara un farol.

Dinah suspiró. «De acuerdo entonces, podemos hablar. ¿Te parece bien la cafetería de la biblioteca?».

«Me parece bien», dijo Julia, sintiendo la frialdad del tono de Dinah.

Sin decir una palabra al desconcertado hombre que tenía a su lado, Dinah se echó el pelo hacia atrás y pasó junto a Julia. Julia la siguió.

Dinah se pidió un café con leche desnatada en el mostrador de la cafetería. No se ofreció a pedirle una bebida a Julia. Julia pidió un té y cuando llegaron a la caja dijo: «Dinah, yo pago los dos».

Dinah soltó una carcajada, cogió su café y se dirigió a una mesa de la esquina.

Julia ignoró sus malos modales. Le convenía que Dinah hubiera abandonado el acto amistoso. Julia tampoco estaba de humor para ser amistosa.

Se sentó frente a Dinah y fue a por todas. «¿Qué hacías en casa de Hugo el lunes por la noche? ¿Fue para hablar de ese libro tuyo? Sé que Gilbert estaba contigo. Y sé que estáis confabulados, no lo niegues».

Dinah miró por la ventana. El sol tendría que brillar en aquel momento. ¡Maldito sea ese pelo tan impresionante que tiene!

Julia no se arredró y dijo: «Hoy he conocido a un hombre llamado Walt B. Montague».

El ojo izquierdo de Dinah se crispó. Julia dijo: «Sabes algo de él, ¿verdad? Sabes que le había ofrecido a Hugo un trabajo en América. ¿Te enfadaste cuando Hugo te lo contó? ¿Te sentiste traicionada porque no te llevara con él? Vamos, Dinah, habla conmigo».

Dinah giró la cabeza. «¡Vale! No sigas. Sí, sabía lo del trato que tenía con ese hombre de América. Y sí, ¡me molestó que no me llevara con él! Ése es todo el agradecimiento que recibo por trabajar tanto para él. Eso, ¡y un pisapapeles asqueroso de Nueva York! Ese hombre era tan insultante y ni siquiera lo sabía. Nunca apreció todo el trabajo que hice por él».

«¿Estabas enamorada de él?»

Dinah bajó la mirada hacia la mesa. «Supongo que lo estuve al principio. No tardé en descubrir que él no me quería». Levantó la vista hacia Julia y dijo: «Conocí a Gilbert hace un año. Estaba visitando a Hugo, pidiéndole un favor o algo así. Me enamoré de él enseguida, y él de mí, por supuesto. Hugo intentó advertirme, pero no le hice caso, nunca le gustó Gilbert. Gilbert me dijo que Hugo estaba celoso de él».

Julia lo dudaba. Dijo: «El libro que estás escribiendo, ¿es sobre casos que Hugo había investigado? Me dijo que un agente se había puesto en contacto con él para escribir un libro así, pero que él siempre había dicho que no. Decía que sus clientes merecían privacidad».

Dinah se removió en el asiento. «He cambiado los nombres, la gente no se reconocerá. Y, como dijo Gilbert, las historias son demasiado interesantes para archivarlas. A la gente le encanta leer sobre los trapos sucios de la vida de los demás. No hago daño a nadie».

«En eso tengo que discrepar contigo. Sabes que Hugo nunca lo habría permitido».

Dinah se encogió de hombros. «Hugo no está aquí. ¿Por qué iba a desperdiciar esta oportunidad? Tengo copias de todos los casos en los que trabajó Hugo, ¿por qué iban a desperdiciarse?».

Julia se dio cuenta de que no tenía sentido discutir con Dinah. Dijo: «¿Por qué estaba Gilbert en casa de Hugo?».

«¡Intentando conseguir el dinero que le debe! Hugo nunca ha sido justo con su dinero, sabe que Gilbert lleva un estilo de vida extravagante. Hugo no hacía nada con el dinero de la familia, se estaba pudriendo en el banco».

Julia apretó los labios. Parecía que a Dinah Gilbert le había lavado el cerebro. Julia dijo: «¿Qué relación hay entre tu libro y Secretos Summersdale?».

Las cejas de Dinah se alzaron. «¡Has sido una vaca entrometida! Si de verdad quieres saberlo, mi agente me está consiguiendo un contrato televisivo para acompañar el libro. Vamos a recrear la visita de los clientes de Hugo a su casa, y dejaremos que los espectadores echen un buen vistazo a Summersdale. También vamos a hacer que participen los actores de ese programa, para añadir algo de chispa de famosos a mi programa».

«¿Conocía Hugo tus planes?»

«Gilbert intentó decírselo el lunes por la noche, explicarle la maravillosa oportunidad de

negocio que era, pero Hugo no quiso escuchar. Nos echó».

«¿Cómo os hizo sentir eso?»

«¿Cómo crees que nos hizo sentir? Estábamos furiosos. Teníamos preparado un plan increíble para ganar dinero y ese idiota no quiso seguirnos la corriente». Dinah hizo una pausa y se tomó un momento para calmarse. De repente sonrió y señaló a Julia con un dedo. «Acabo de darme cuenta de por qué has preguntado eso. Crees que Gilbert o yo estábamos tan enfadados que le dimos un golpe en la cabeza al pobre Hugo».

«¿Lo hicisteis?» insistió Julia.

La sonrisa de Dinah aumentó. «No, no lo hicimos». Se levantó y se alisó el vestido. Y añadió: «¿O no? Eso es algo que tendrás que resolver tú misma, Julia Blake. No vuelvas a ponerte en contacto conmigo o llamaré a la policía».

Julia la vio salir de la habitación, con el pelo rebotándole sobre los hombros.

¿Dinah decía la verdad?

Julia no lo sabía.

Capítulo 28

El martes por la mañana Julia hizo una rápida visita a Caín. El sargento Pendleton la dejó verle a regañadientes.

Julia le preguntó si Cain había sido acusado oficialmente.

El sargento Pendleton respondió: «Aún no, hoy hablaré con mi jefe y le daré todos los datos del caso. Tienes dos minutos con él».

«¿Tu jefe? ¿Te refieres al inspector Clarke? ¿Ha vuelto? ¿Puedo hablar con él?»

«No. Ahora tienes menos de dos minutos. ¿Quieres ver al prisionero o no?».

Condujeron a Julia a las celdas y, como antes, el sargento Pendleton la seguía de cerca.

Cuando Julia vio a Caín no sabía si reír o llorar. Dijo: «¿Mi padre ha ido a verte hoy?». Miró el jersey azul que llevaba Cain, una manga era más larga que la otra.

Caín asintió y pasó una mano orgulloso por su nueva prenda. «Mira lo que me ha hecho. Dijo que no podía dormir y se pasó toda la noche tejiendo esto. Dijo que no era su mejor trabajo porque tuvo que darse prisa para terminarlo». Caín levantó una manga y asintió con admiración. «Me encanta».

Julia se alegró de ver que Caín parecía más feliz. Ignoró la presencia del DS Pendleton detrás de ella y le dijo a Caín: «Ayer hablé con Dinah, ese libro que está escribiendo trata de los casos de Hugo. Y Gilbert había ido a visitar a Hugo para pedirle más dinero. Les convierte en buenos sospechosos de asesinato, ¿no crees?».

Caín ponía una cara rara e indicaba con la cabeza al sargento Pendleton, como diciendo: «¡Cuidado con lo que dices, que está detrás de ti!

Julia esperaba que el DS Pendleton estuviera captando cada palabra. Julia no había terminado. Le contó a Caín la visita de Walt B. Montague y los comentarios posteriores de Dinah sobre la marcha de Hugo a América. «Otra razón más para matar a Hugo».

Se hizo un pesado silencio, Julia casi podía sentir las dagas de odio apuntando a su espalda. ¡El sargento Pendleton podía pensar lo que quisiera! Ella no iba a cesar en sus investigaciones hasta encontrar al verdadero asesino.

«Bueno, Caín, debo irme. Te sacaremos de ahí enseguida», dijo Julia con confianza. «Todos mis clientes te apoyan, nadie cree que hayas matado a Hugo. Hasta luego».

Cain le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

El sargento Pendleton la acompañó hasta la puerta principal e incluso le abrió la puerta. Julia

esperaba palabras duras, pero él no dijo nada.

La confianza de Julia se desvaneció mientras se dirigía a su coche. Aún le faltaba algo evidente, pero ¿qué era?

Ese pensamiento la atormentó todo el día mientras realizaba sus tareas de limpieza. Sus clientes tenían muchas preguntas sobre Caín, algunos estaban furiosos con la policía. Julia agradeció su apoyo.

Intentó hablar con el inspector Clarke, pero siempre le respondía el contestador. A pesar de dejarle mensajes, nunca le devolvía la llamada. ¿La estaba evitando? ¿Sabía que habían detenido a Cain? ¿Qué pensaba?

Al llegar a casa, Julia tenía un fuerte dolor de cabeza. Se tomó unos analgésicos y decidió tumbarse en la cama. Al hacerlo, se dio cuenta de que el cesto de la ropa sucia estaba a rebosar. Había estado tan ocupada con los asuntos de los demás que se había olvidado de los suyos.

Se levantó, no podía tumbarse tranquilamente con el cesto mirándola así. Echó algo de ropa y volvió a la cama. Como era su costumbre, miró en sus bolsillos. Más de una vez había encontrado pañuelos sin usar o incluso papel moneda en sus bolsillos.

Sacó el papel en el que Hugo había escrito, el que se había prendido a la chaqueta.

Volvió a mirar las notas que él había garabateado:

¿Papeles de divorcio? ¿Certificado de defunción? Pecados de los padres????».

La mención de los papeles del divorcio y del certificado de defunción tenía sentido ahora que había descubierto la verdadera historia de William Roper. Hugo debió de buscar un certificado de defunción o los papeles del divorcio de la primera esposa de William, María. Al no encontrar tales documentos, debió de darse cuenta de que William seguía casado. A eso debió de referirse aquel lunes por la mañana ante Julia y Caín. Había dicho que necesitaba hablar con su cliente, y que ella no estaría contenta. Debía de ser la hija de William, la que había contratado a Hugo.

Julia frunció el ceño al mirar las otras palabras:

¿Pecados de los padres?

¿De los padres? ¿En plural? No tenía sentido.

Julia empezó a darse cuenta. Quizá había más de un padre implicado en el árbol genealógico que Hugo había estado investigando. ¿Pero quién? Se dio un golpecito en la barbilla, ¿cómo se llamaba la hija de William? ¡Bethany! Ése era. ¿Y si Bethany había sido adoptada y Hugo había descubierto quién era su verdadero padre? Quizá su verdadero padre era alguien con un terrible secreto.

«¡Oh!» gritó Julia. «¡Hombre fumador! Eso es!»

Hugo podría haber descubierto que el Hombre Fumador era el verdadero padre de Bethany. Quizá el Hombre Fumador tenía un oscuro secreto y no quería que Hugo lo revelara. Quizá por eso el Hombre Fumador había estado siguiendo a Julia para asegurarse de que ella tampoco descubriera su secreto.

A Julia se le cortó la respiración. Quizá el Hombre Fumador mató a Hugo.

Tenía que averiguar más cosas sobre el árbol genealógico de William Roper. Necesitaba la ayuda de un genealogista. Suspiró con tristeza, le habría venido bien la ayuda de Hugo en esta fase.

Pero había alguien más, el acérrimo rival de Hugo, Fred Baker.

Julia dijo en voz alta: «Lo siento, Hugo, sé lo que sientes por Fred, pero no tengo a quién recurrir».

Iría a ver a Fred por la mañana.

Capítulo 29

A la mañana siguiente, mientras aparcaba delante de la casa de Fred Baker, Julia pensó en la única vez que había visto a Fred. Estaba limpiando los cristales de la casa de Hugo cuando vio a un hombre corpulento y con el rostro enrojecido que subía furioso por el camino de Hugo. Había golpeado la puerta tan fuerte que Julia temió que la rompiera. Hugo había llegado a la puerta antes que Julia.

«Buenos días, Fred Baker, ¿qué tal estás hoy? había vociferado Hugo.

Julia entró en el vestíbulo y vio al hombre pinchando con un dedo el pecho de Hugo mientras declaraba: «¡Ladrón! ¡Me has robado a mi cliente! No lo niegues, vagabundo!».

Hugo se rió y apartó el dedo acusador de Fred. «Supongo que te refieres a la señora Blackburn. Decidió acudir a mí, dijo que no estaba convencida de que pudieras encontrar en Internet toda la información que necesitaba. Dijo que quería un toque más personal, alguien que se esforzara por visitar los lugares donde habían vivido sus antepasados. Desde luego, no la robé».

Fred Baker había continuado durante un rato en la misma línea, y Hugo había defendido sus acciones. La conversación terminó con Fred declarando que no volvería a hablar con Hugo mientras viviera. Hugo asintió y sonrió amablemente. «Si alguna vez necesitas mi ayuda, Fred, ya sabes dónde estoy».

De eso hacía ya unos meses, Julia no sabía si habían solucionado sus diferencias. Por un momento se preguntó si Fred había matado a Hugo. Se echó a temblar. ¡Empezaba a sospechar de todo el mundo!

Salió del coche y subió con cautela por el camino empedrado del jardín. La puerta se abrió de golpe antes de que Julia pudiera llamar. Fred Baker la miró fijamente y dijo: «Pensé que te vería pronto. Pasa».

Julia hizo lo que le ordenaban. Fred le dijo que se sentara en su salón. Julia miró rápidamente a su alrededor. La habitación parecía más bien un despacho, con todos aquellos gráficos pegados a la pared y expedientes apilados por todas partes.

Fred señaló la habitación con la mano, como si leyera sus pensamientos. «Es un caos, pero un caos organizado».

«Suena como algo que diría Hugo».

Fred se sentó frente a ella, con los brazos apoyados en las rodillas, estudiándola. Julia no podía leer su expresión. Dijo: «¿Vas a preguntarme si maté a Hugo?».

«No se me había pasado por la cabeza», dijo Julia.

Fred se rió. «Eres una mentirosa terrible. No te culparía por pensar que, después de la escena que presenciaste entre Hugo y yo hace un rato, ¡realmente se lo dejé pasar!».

Julia asintió.

Fred dijo: «Éramos rivales, pero éramos amigos. Hugo estaba chapado a la antigua cuando se trataba de hacer sus averiguaciones en nombre de sus clientes. Le dije que podía encontrar la mayor parte de la información que necesitaba en Internet, que no necesitaba ir a todos esos edificios gubernamentales. Pero a él le gustaba hablar con la gente y conocer la historia del cliente. Yo, en cambio, prefería hacer las cosas rápidamente. El cliente recibía más rápidamente su árbol genealógico completo y yo podía pasar al siguiente cliente».

Julia volvió a asentir, intentando armarse de valor.

Fred se recostó en su silla. «Apuesto a que no sabías que Hugo y yo trabajábamos juntos a veces. Me pedía que buscara cosas en Internet de vez en cuando, y si yo necesitaba que visitara un lugar determinado, él me devolvía el favor». Suspiró. «Le voy a echar mucho de menos. ¿Quién crees que lo mató? ¿Te ha dicho algo la policía?»

Julia dijo: «La policía no ha sido de mucha ayuda. Estoy haciendo mis propias averiguaciones».

Fred soltó una carcajada. «Hugo siempre decía que eras una entrometida».

Julia ignoró su comentario. «Creo que Hugo puede haber sido asesinado por uno de sus clientes, o mejor dicho, por alguien relacionado con uno de sus clientes. Sigo pensando que su ayudante y su hermano podrían tener motivos, pero tengo la sensación de que debería investigar a su último cliente. Robaron todos los archivos de Hugo y le estropearon el ordenador. Lo único que tengo es el nombre de su último cliente y una nota escrita por Hugo».

«Cuéntamelo todo», dijo Fred. «Haré lo que pueda para ayudar a Hugo».

Julia le contó todo lo que sabía. Cuando hubo terminado, Fred asintió y dijo: «Tenemos que averiguar la identidad del Hombre Fumador, como tú le llamas. Sería estupendo que tuvieras algo con su ADN, tengo algunos contactos que podrían ayudarme en ese aspecto».

«¡Pero yo sí!» gritó Julia. «Tengo algunas de las colillas que dejó caer. Mira, están aquí, en mi bolso». Las sacó y se las dio a Fred.

Él las cogió y dijo: «¿Cuánto tiempo llevan envueltas en este pañuelo? ¿Es un pañuelo limpio?

Julia respondió: «Es un pañuelo limpio. ¿Crees que servirán de algo?».

Fred negó con la cabeza. «No estoy seguro. Pero podemos intentarlo». Los dejó en el suelo y se frotó las manos. «¡Muy bien! Empecemos. Investigaré la historia completa de William Roper, es una pena que no tengas su verdadero nombre».

«Lo siento, nunca se me ocurrió preguntar».

«No pasa nada. Rastrearé todos los certificados pertinentes. ¿Quieres ver cómo hago mi magia?».

Julia consultó su reloj. «Me gustaría, pero tengo que ocuparme de la limpieza. Te dejo mi número. ¿Cuánto crees que tardarás en tener información?».

«Antes de que acabe el día. ¿Por qué no llamas más tarde?».

Julia se levantó. «Lo haré. Muchas gracias por hacer esto».

Fred también se levantó y dijo: «Haría cualquier cosa por ayudar a Hugo. Cuídate, Julia. Hay un asesino ahí fuera que probablemente sepa que estás haciendo tus propias investigaciones».

Julia se estremeció ligeramente. No se lo había planteado.

Mientras se alejaba en el coche, trató de ignorar la sensación de que la seguían.

Capítulo 30

La sensación no la abandonó en toda la mañana, mientras conducía entre los trabajos de limpieza. Miraba los retrovisores mientras conducía, pero no veía que la siguiera ningún coche en particular. Quizá todo estaba en su mente.

Cuando volvió a casa a la hora de comer, tenía una visita esperándola en la puerta. Julia sonrió al salir del coche. «Hola, qué sorpresa verte, Vivianne. ¿Estás bien?»

La madre del sargento Pendleton no parecía estar bien. Se retorció las manos y miró por encima del hombro. «¿Podemos hablar?»

«Por supuesto, ¿quieres entrar?». se ofreció Julia.

Vivianne volvió a mirar por encima del hombro. «No, mejor no, no puedo quedarme mucho tiempo». Miró directamente a Julia y le dijo: «Se trata de Jason, se ha enterado de que estás haciendo tus propias averiguaciones sobre la muerte de Hugo Barnes. Está muy disgustado, no me gusta verle tan disgustado. Me ha dicho que tiene detenido al asesino, no sabe por qué sientes la necesidad de meter las narices. Perdona, era su expresión».

Julia se cruzó de brazos. «¿Qué intentas decirme exactamente?».

Vivianne miró hacia la calle y volvió a mirar hacia atrás. «Tienes que dejar este caso en paz. Jason sabe lo que hace. No quedará bien para él que te involucres, sus superiores podrían preguntarse si tiene encerrado al hombre adecuado. Eso no sería bueno para su carrera».

Julia frunció el ceño. «¿Es una advertencia? ¿Te ha enviado tu hijo para advertirme de que deje el caso?».

Vivianne soltó una carcajada quebradiza. «¡No! ¡Claro que no! Le preocupa tu bienestar, no quiere que te hagan daño». Forzó una sonrisa. «Ahora tengo que irme. Te pido disculpas por molestarte».

Julia no dijo ni una palabra mientras Vivianne entraba en su coche y se alejaba.

Algo iba mal. ¿Por qué estaba el sargento Pendleton tan empeñado en inculpar a Caín de este asesinato? ¿Y había enviado a su madre para advertirla? Vivianne parecía incómoda haciéndole el trabajo sucio.

Cuanto más averiguaba Julia sobre el sargento Pendleton, menos le gustaba.

Se le había quitado el apetito, así que decidió conducir hasta la comisaría para enfrentarse al sargento Pendleton. Entró en el aparcamiento principal y salió del coche. La pararon en seco.

«Vuelva al coche, señorita Blake, no tiene nada que hacer aquí».

«¡Tú! Me alegro mucho de verte», sonrió Julia a la inspectora Clarke. «Tengo mucho que contarte sobre Hugo Barnes. ¿Sabes qué ha estado haciendo tu sargento? ¿Sabes a quién ha detenido?».

La inspectora Clarke la miró con dureza. No había ni una pizca de amabilidad en sus ojos. «Mi sargento me ha puesto al corriente de todos los hechos. Tengo que informarte de que tu empleado, Cain Andrews, ha admitido haber matado a Hugo Barnes. Ha hecho una confesión completa al sargento Pendleton».

«¡No!» Las manos de Julia volaron hacia su pecho. «¡No es verdad! No puede ser!»

«Desde luego que es verdad. Sube a tu coche y vete».

«¡No! Quiero ver a Caín, quiero averiguar por qué ha confesado. No me sorprendería que tu sargento le hubiera obligado a confesar».

La inspectora Clarke se acercó un paso. Julia casi podía sentir la frialdad que desprendía su aliento. Dijo: «El señor Andrews no quiere verte a ti ni a tu padre. Fue muy claro al respecto. Ha confesado, y eso es todo. Escúchame claramente, señorita Blake, vete a casa y deja este asunto en paz. ¿Lo entiendes?»

«¡Claro que no lo entiendo! ¿Qué pasa con los sospechosos evidentes de este caso? ¡Te dejé mensajes sobre Dinah West y el hermano de Hugo! ¿Y qué hay del último caso en el que trabajaba Hugo?».

Los hombros de la inspectora Clarke bajaron ligeramente. «Cálmate, te estás poniendo histérica. Te lo diré por última vez, vete a casa y deja este asunto en paz». Avanzó y le abrió la puerta del coche.

Julia sintió que le escocían los ojos. Esto no podía estar pasando. ¿Por qué iba a confesar Caín? Sabía que no había matado a Hugo. ¿Y por qué la inspectora Clarke permitía que ocurriera? No quería llorar delante del inspector, así que se metió rápidamente en el coche y se marchó. Dejó caer las lágrimas mientras conducía.

Trabajó furiosamente en sus tareas de limpieza vespertinas, descargando toda su ira en ventanas y baños. De ninguna manera iba a dejar este asunto en paz.

Fred Baker la miró cuando estaba en la puerta de su casa y le dijo: «Parece que necesitas una taza de té fuerte o un whisky. Entra, parece que estás a punto de explotar».

«Creo que sí», dijo Julia apretando los dientes. «No te vas a creer lo que ha pasado desde la última vez que te vi».

«Ven a la cocina. Cuéntamelo todo mientras preparo un té. Tengo whisky, por si quieres».

«Estoy tentada, pero no, gracias».

Julia le contó a Fred la confesión de Caín. Mientras preparaba el té, Fred emitió los correspondientes gestos de disgusto. Puso una taza grande delante de Julia y dijo: «Parece que la policía se ha equivocado de hombre».

«Exacto», dijo Julia. Bebió un buen trago y dejó que el calor le recorriera el cuerpo. «Espero que me hayas descubierto algo. No soporto la idea de que Caín vuelva a ir a la cárcel por otro delito que no ha cometido».

Fred la sonrió, con un brillo en los ojos. «¡Oh, he estado muy ocupado, déjame decirte! He descubierto más de un secreto sobre el último caso de Hugo. Espera a oír esto!»

Capítulo 31

Fred puso un montón de papeles delante de Julia. «Creo que empezaremos con el Hombre Fumador. O le llamaremos Robbie, al fin y al cabo ése es su nombre».

«¿Cuál es su apellido?» preguntó Julia.

«Querida niña, déjame ser dramática, ¿quieres? Llegaré a eso a su debido tiempo. Bien, lo más interesante de Robbie es que murió dos veces».

«¿Perdón?»

Fred sonrió alegremente. «¡Exacto! Robbie vivía en la zona. He comprobado sus antecedentes. Era un hombre malo, un delincuente, pegaba a su mujer, se chivaba a sus amigos y, en general, era el tipo de delincuente del que todo el mundo quería ver la espalda. Se vio implicado en un atraco a mano armada que salió mal. Robbie acabó matando a un agente de policía. No había honor entre ladrones y mis fuentes me dicen que sus supuestos amigos estaban más que contentos de entregarlo a la policía. Y puedes imaginar que su sufrida esposa también estaba encantada de entregarlo a las autoridades. Pero se dio a la fuga y no apareció por ninguna parte».

«¿Qué le ocurrió?»

«Aquí es donde llegamos a su primera muerte. O una muerte fingida. El primer certificado de defunción de Robbie indica que se ahogó, un aparente suicidio. Se descubrió un cadáver que la esposa identificó como el de su marido. Parece que la esposa mintió porque, según me dicen mis fuentes, Robbie se trasladó al extranjero. Como criminal que era, pronto se dio a conocer en los círculos criminales. Se trasladó por Europa y, por supuesto, cambió de nombre. Luego volvió al Reino Unido hace dos meses».

«¿Por qué?

espetó Fred. «Me gustaría que dejaras de interrumpirme, no dejas de interrumpirme».

Julia dio un sorbo a su té y le indicó con la cabeza que continuara.

Fred así lo hizo. «Robbie había oído que alguien preguntaba por él, un tal Hugo Barnes». Levantó el dedo. «¡No digas nada! Sí, nuestro querido amigo había localizado a Robbie. Hugo debió de descubrir que el primer certificado de defunción era falso. Y la mujer de Robbie se había vuelto a casar, y al hacerlo había cometido bigamia. Seguro que Hugo pensó que la mujer sabía que había cometido bigamia. Había identificado erróneamente el cadáver de Robbie hacía tantos años. Quizá Robbie le dijo que desaparecería si ella prometía ayudarle con su falsa muerte.

«Pero ahora Hugo se había involucrado. Creo que probablemente se puso en contacto con

Robbie. Entonces quizá Robbie pensó que le gustaría volver al Reino Unido y ver de nuevo a su mujer. Quizá había caído en desgracia y quería sacarle algo de dinero».

Esta historia le recordó al padre de Caín, pero no quería desviarse del tema. «Siento interrumpir, pero ¿qué relación tiene Robbie con William Roper y su árbol genealógico?».

«¡Ajá! ¡Hablando de un festival de bigamia! Escucha esto. Me dijiste que William Roper seguía casado con esa tal María cuando vino al Reino Unido. Y ya ha admitido que cometió bigamia cuando se casó con su siguiente esposa. Y, presta atención porque esto se está complicando. Su segunda esposa es la madre de Bethany Roper, la mujer que pidió a Hugo que investigara su árbol genealógico. Pues bien, su madre, la segunda esposa de William, murió al dar a luz. William volvió a casarse diez años después, sin haber obtenido aún el divorcio de María».

Julia jadeó. «¡Volvió a cometer bigamia! Sabiendo perfectamente que seguía casado con María. No me lo puedo creer».

Fred sonrió y esperó dramáticamente. «Julia, William Roper se casó con la mujer de Robbie. Seguía casado con María, y ella seguía casada con Robbie».

«¡No! ¿La gente no tiene vergüenza?»

«No creo que la tengan. Dijiste que William Roper había confesado a su mujer su matrimonio con María. ¿Crees que su mujer se sincerará con él sobre su matrimonio con Robbie?»

Julia se lo pensó un momento. «No hace falta. Robbie está muerto, lo atropellaron. Supongo que habrás visto su segundo o verdadero certificado de defunción».

«Lo he visto. También tengo una fotografía de Robbie cuando era más joven. ¿Te gustaría verla?»

«Por supuesto», dijo Julia. «Aunque tengo la sensación de que ahora sé quién mató a Hugo, y por qué».

Fred empujó una fotografía hacia ella. Julia la estudió. Suspiró. «Joder, justo lo que pensaba. ¿Qué voy a hacer ahora?»

«Vas a conseguir justicia para nuestro amigo».

Capítulo 32

Estaba oscureciendo mientras Julia conducía hacia su casa. Sabía con certeza que la seguían. Al principio había dos coches, pero ahora sólo había uno.

No le sorprendió encontrar al sargento Pendleton esperándola delante de su casa. Salió del coche y le sonrió amistosamente. Julia le devolvió la sonrisa a la fuerza.

Le dijo: «Debe de sorprenderte verme aquí. ¿Te importa que hablemos? Quería darte todos los detalles de la confesión de Caín. Debes de estar preguntándote por qué mató a Hugo Barnes. ¿Puedo pasar?»

Julia cerró el coche, con la bolsa de la limpieza en una mano. «Por supuesto, sígueme».

Abrió la puerta trasera. El DS Pendleton estaba justo detrás de ella, podía oírle respirar. Ladeó la cabeza. ¿Era el ruido de un coche que frenaba cerca?

Julia entró en la cocina y encendió la luz. Miró el reflejo del sargento Pendleton en la ventana de la cocina; seguía sonriendo de un modo que parecía amistoso.

Se sobresaltó cuando él habló: «¿Te importa que me ponga unos protectores para los zapatos? Hoy he estado pisando barro y no quiero traerlo a tu casa». Sacó un par de fundas de plástico y se las puso sobre los zapatos.

Julia pensó que podría haberse quitado los zapatos. Le dijo: «¿Quieres una taza de té?».

Él le hizo un gesto con la mano, con la sonrisa aún dibujada en la cara: «No, gracias. No quiero robarte mucho tiempo».

Julia le dijo que iba a colgar el abrigo en el pasillo. Así lo hizo y luego volvió a la cocina. Puso su bolsa de cosas de limpieza junto a una silla de la cocina y se sentó. «Por favor, siéntate».

Negó con la cabeza. «Me quedaré de pie, llevo todo el día sentada. ¿Esperas alguna visita esta noche? No quisiera estorbar».

«No, no espero a nadie. Me ha sorprendido saber que Caín confesó haber matado a Hugo, ¿cuál era su motivo?».

El sargento Pendleton se llevó las manos a la espalda y se acercó a la ventana. «Dijo algo sobre que Hugo había descubierto algún secreto de su pasado, algo relacionado con esa acusación suya de homicidio involuntario. Tienes un jardín precioso, por lo que puedo ver con esta luz. ¿Tienes algún vecino que te vea?».

«No, está bastante apartado. Me sorprende que Caín haya dicho eso. Ha cumplido su condena en la cárcel, así que no entiendo qué secreto podría haber descubierto Hugo».

El sargento Pendleton se volvió hacia ella, con las manos aún entrelazadas a la espalda. «Ya no importa. Todo ha terminado».

«Bueno, en realidad no lo está. ¿Alguna vez interrogaste a Dinah Wells o al hermano de Hugo sobre su visita a Hugo el día que murió?».

Se encogió de hombros. «No, no importa. Caín mató a Hugo, tenemos su confesión».

Julia continuó: «¿Y qué hay del último caso en el que trabajaba Hugo? Le pidieron que investigara el árbol genealógico de un hombre llamado William Roper».

Julia notó un ligero tic en el ojo izquierdo del sargento.

Su sonrisa se apagó un poco. «Como ya he dicho, ahora no importa».

«Sí que importa», dijo Julia. «William Roper tenía un motivo para matar a Hugo porque Hugo había descubierto que William había cometido bigamia, dos veces. Pero entonces Hugo también descubrió que la actual esposa de William también había cometido bigamia».

La sonrisa del sargento Pendleton había desaparecido por completo.

Julia no se detuvo: «El marido de la segunda esposa de William me había estado siguiendo últimamente, creo que estaba esperando a ver qué descubría. Pero murió la semana pasada, tu madre lo atropelló. Y creo que cuando averiguaste su identidad decidiste inculpar a Caín del asesinato de Hugo».

Con voz fría, el DS Pendleton dijo: «¿Y quién crees que era ese hombre?».

«Era tu padre, Robbie Pendleton. Vi una foto suya de cuando era más joven, se parece mucho a ti. He averiguado que tu padre fingió su propia muerte, con ayuda de tu madre, y abandonó el país. Volvió hace poco, cuando se enteró de que Hugo estaba haciendo preguntas sobre él. Por lo que he visto de él, no tenía mucho dinero. ¿Se puso en contacto contigo o con tu madre? ¿Os pidió dinero?».

El sargento Pendleton se metió las manos en el bolsillo y se acercó un paso. «Has sido un entrometido, ¿verdad? No importa, esa escoria ya está muerta. Nadie más que yo va a conocer su verdadera identidad. Fue víctima de un atropello y fuga, caso cerrado».

Julia negó con la cabeza. «No fue una víctima. Tu madre lo atropelló a propósito. Lo mató, igual que mató a Hugo Barnes».

En voz baja, el sargento Pendleton dijo: «No sabes de lo que hablas».

«Tu madre es la segunda esposa de William Roper. Se enteró por la hija de éste, Bethany, de que ésta había contratado a Hugo para que reuniera el árbol genealógico de William. A tu madre debió de preocuparle que Hugo descubriera la identidad de su primer marido, y también que siguiera casada. Creo que podría haber soportado que William se enterara de eso. Pero lo que le preocupaba eras tú. Tu padre era un criminal, no un héroe de guerra como ella te había dicho. Está muy orgullosa de ti y de todo lo que has conseguido. ¿Qué pasaría con tu brillante carrera cuando tus superiores descubrieran la verdadera identidad de tu padre? ¿Y que tu madre había cometido un delito? Tu puesto de trabajo estaría en peligro, podrían suspenderte. Tu madre no estaba dispuesta a arriesgarse a eso».

El sargento Pendleton sacó un par de guantes de cuero y se los puso.

El corazón de Julia se aceleró. Respiró hondo y continuó. «Creo que sus temores se hicieron realidad cuando Robbie apareció en escena. Fue a ver a Hugo y le rogó que mantuviera oculto su secreto. Conociendo a Hugo, le habría dicho que no podía, que tendría que contarle todos los hechos a Bethany. Tu madre debió de seguir a Hugo hasta su despacho y le golpeó en la cabeza con aquel pesado pisapapeles. Después cogió todos los papeles que encontró y echó agua en el ordenador, con la esperanza de destruir cualquier prueba del trabajo de Hugo. Llevaba guantes de conducir, así que no habría dejado ninguna huella dactilar.

«Excepto las tazas de té. Hugo debió de llevarla a la cocina y prepararle una taza de té. Probablemente le enseñó la puerta trasera y le dejó abrirla. Hace eso con todas las visitas nuevas y les deja recrear aquella escena de Secretos de Summersdale. Tu madre debió de darse cuenta el martes por la mañana de que había dejado sus huellas dactilares en una taza de té. Sabía que la puerta trasera estaba abierta y entró en casa por allí. Cogió las dos tazas porque probablemente no recordaba de cuál había bebido. Recuerdo que llevaba un bolso grande, en el que podría haber metido fácilmente las dos tazas. No se llevó la jarra de leche porque normalmente no toma leche».

El sargento Pendleton asintió. «Lo tienes todo calculado, ¿verdad? Tienes razón. Mamá mató a Hugo Barnes, tenía que hacerlo, él iba a revelar su secreto. Y tienes razón, habría arruinado mi carrera. Cuando descubrí la identidad del hombre al que había atropellado el viernes, supe que lo había hecho a propósito. Me lo confesó todo. No sentí nada por Robbie Pendleton. Ni por Hugo Barnes, debería haber escuchado a mamá. Y tienes razón en lo de que planté esas tazas de té en casa de Stinky Cain. Está acostumbrado a la vida en la cárcel, no le haría daño volver a entrar». Flexionó los dedos dentro de los guantes. Sonrió, pero esta vez no era una sonrisa amistosa. «Ya está todo resuelto. Caín irá a la cárcel. Mamá ya no está casada con Robbie. Y yo tengo una condena en mi haber. El único lío que hay que arreglar eres tú».

Julia se agarró a la silla. «¿Vas a matarme?»

«Por supuesto. Por eso llevo estos protectores de zapatos y por eso no he tocado nada de tu casa. Y sé cómo montar una escena del crimen, haré que parezca un robo que ha salido mal. Eres un incordio desde el momento en que te conocí».

El sargento Pendleton se lanzó contra Julia.

Julia gritó cuando sus manos enfundadas en cuero le rodearon la garganta.

Capítulo 33

«¡Alto ahí!», retumbó una voz.

El sargento Pendleton se apartó de Julia y sus manos se abalanzaron sobre ella.

Ella se apartó mientras dos policías uniformados agarraban de los brazos al sargento Pendleton y lo arrojaban al suelo.

Julia se frotó el cuello. El inspector Clarke llegó a su lado y se arrodilló con cara de preocupación. «Sra. Blake, ¿se encuentra bien?

Ella asintió. «Creo que sí.

«Gracias por dejar la puerta abierta. ¿Cómo sabías que estaba cerca?

«Me has estado siguiendo durante los últimos días. Reconocí tu coche. ¿Por qué has tardado tanto? Casi me mata».

La inspectora Clarke se miró la mano. «Dudo que lo hubiera conseguido. ¿Tienes en la mano uno de tus sprays especiales de limpieza? ¿Uno con zumo de limón? Me parece que estabas a punto de cegar al sargento Pendleton».

Julia dejó el spray sobre la mesa. «Me estaba protegiendo. Pensé que iba a atacarme en cuanto le vi esperándome fuera. Debió de saber que había sumado dos más dos».

El inspector Clarke se enderezó. «Te dije varias veces que dejaras este asunto en paz. Sabía que algo iba mal en la investigación. Pero no me hiciste caso, ¿verdad? Hice que mis hombres te siguieran para tu propia protección».

Julia dijo: «¿Por qué no me dijiste que te ocupabas de ello? Te habría dejado seguir con tus investigaciones».

Las cejas de la inspectora Clarke se alzaron: «¿En serio? ¿Está segura, señorita Blake? Tienes facilidad para meterte en líos. ¿Necesitas ir al hospital para que te examinen?».

«No, estaré bien. ¿Qué vas a hacer ahora?

DI Clarke dijo: «Ya tenemos a Vivianne Roper detenida. Es una pena, es una mujer encantadora. Creía que estaba ayudando a su hijo. Tenemos todas las pruebas que necesitamos para conseguir una condena. Te pediremos una declaración completa dentro de un momento, si te apetece».

«Prefiero hacerlo ahora». Julia se levantó y vio cómo se llevaban al sargento Pendleton. «¿Y Caín?»

«Le soltaron hace unas horas. Tu padre vino a recogerlo. Les dije que no te dijeran nada al

respecto. Sabía que el sargento Pendleton iba a enfrentarse a ti, esperaba que confesara».

Sus palabras calaron hondo. Julia soltó un grito ahogado. «¡Me utilizaste como cebo! Para que confesara».

El inspector Clarke no pestañeó. Mantuvo la voz baja mientras decía: «Yo nunca haría eso, es muy poco profesional, señorita Blake».

Julia lo fulminó con la mirada. Él le guiñó un ojo y dijo: «Te dejaré en las hábiles manos de uno de mis oficiales. Espero no volver a verte demasiado pronto. Adiós, señorita Blake».

murmuró Julia para sus adentros mientras salía de su casa.

«Parece que necesitas una taza de té», le dijo una mujer policía. «¿Pongo la tetera y seguimos con tu declaración?».

No tardaron mucho en tomarle declaración. Julia estaba desesperada por hablar con Caín.

En cuanto se fue la policía, cogió el teléfono y le llamó.

Se disculpó por haberla angustiado tanto. Le dijo que se dejara de tonterías. Le puso al corriente de todos los hechos del caso.

Caín tenía algo que decirle. «Hay noticias en Internet sobre Summersdale Secrets, parece que se van a trasladar a otro lugar para rodar. Así que parece que Gilbert no ganará dinero con ellos».

«Bien», añadió Julia. «¿Y qué pasa con el contrato del libro de Dinah?».

«Lo he comprobado en la página web del agente, el acuerdo no sigue adelante».

«Bien», repitió Julia. «Me alegro de que esos dos no vayan a ganar dinero con la muerte de Hugo. Pobre Hugo, sólo hacía su trabajo. No merecía que lo asesinaran».

Caín dijo en voz baja: «Nadie lo merece. ¿Has pensado por un momento que yo maté a Hugo?».

«Ni por un segundo». Ella bostezó. «Necesito dormir. Y tú también, mañana tenemos que madrugar. Y estoy segura de que algunos de nuestros clientes querrán oír toda la historia de la muerte de Hugo. Te recogeré a las ocho».

«¿Todavía quieres que trabaje para ti?».

«¡Por supuesto! Asegúrate de haber firmado el contrato».

Podía oír la risa en la voz de Caín cuando dijo: «¿Y me prometes que no nos encontraremos con más cadáveres?».

Julia se lo pensó un momento. Como había dicho la inspectora Clarke, tenía facilidad para meterse en casos de asesinato. «No puedo prometértelo, Caín. ¿Sigues queriendo trabajar para mí?».

«Por supuesto. Hasta mañana».

Julia se despidió y terminó la llamada. Volvió a bostezar y se frotó el cuello. Esperaba no encontrarse con otro cadáver demasiado pronto.